

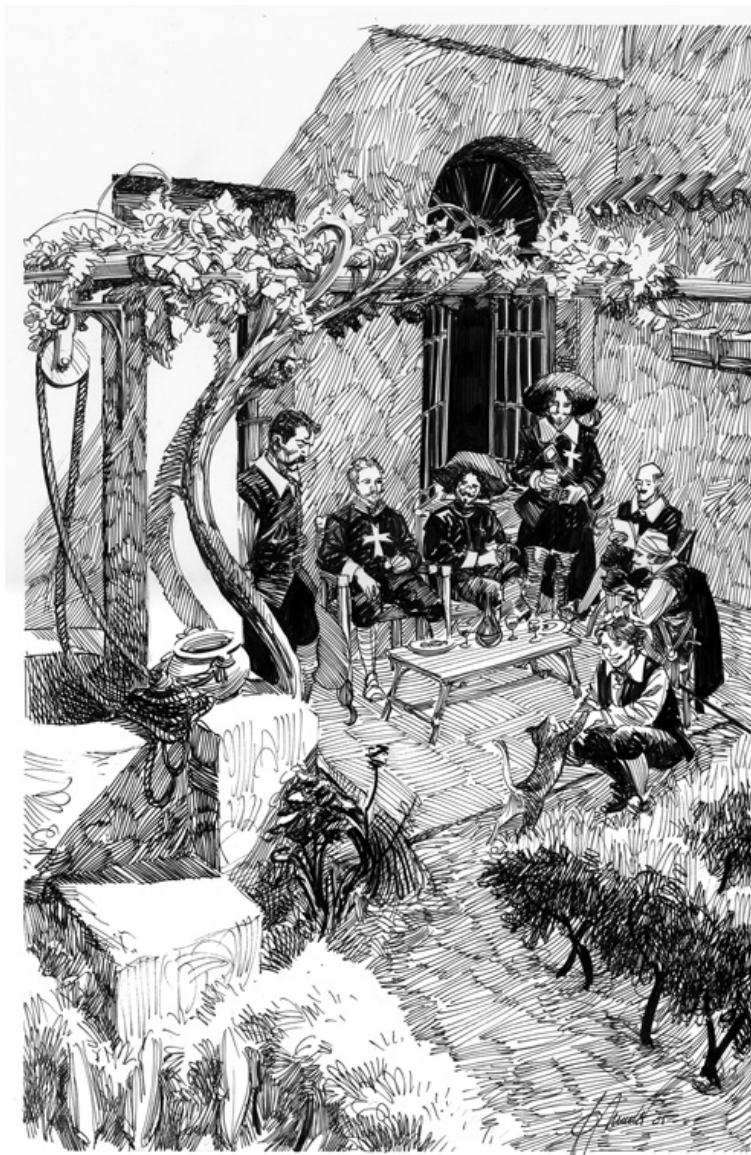
Quinto

Segado



por Iago

La Bestia



De Verin



La Bestia de Verín

Allá por el mes de Noviembre... ¡Día arriba... Día abajo! Año de Nuestro Señor de 1.622.

Todo comienza con la clara idea de introducir en la trama un peligro que esté mas allá de lo que se espera de una aventura de Capa y Espada, y mi idea estaba muy clara sobre que era ese "peligro". Las leyendas de lobisomes o de hombres-lobo son parejas a cualquier cultura y como no en la española... Estuve buscando información en la propia historia, pues lo "irreal" a veces es muy real, y me encontré con la Bestia de Gevaudan. Tengo que decir que tuve suerte pues buscaba información pareja a la película "El pacto de los lobos" y encontré lo que al final ha sido la columna vertebral de esta parte de mi Crónica: un módulo de rol de José Carlos de Diego Guerrero, llamado "La Bestia de Lockhorn". Aunque finalmente, no se parece tanto...

Y comienzo...

De lo que se Versa

Simplemente se trata de una Conspiración de las altas esferas de la zona de Verín y que se extiende mas allá, llegando a casi todos los rincones de la nación. Muchos nobles están descontentos con la política llevada por Su Majestad Felipe el Cuarto en su aun corto reinado y están planeando una revuelta en el que derrocarlo a él y a su familia. Los Ulloa junto con Enrique de Laza dirigen desde Verín la Conspiración, y la están financiando con el oro que extraen de las minas cercanas a las ruinas de la Abadía, en la que trabajan con mano dura los portugueses.

Juan de Ulloa, es un lobisome y el "líder" de la revuelta, que gracias a su "don" planea dividir la opinión primero en Galicia y así extenderse por toda España. Pero no todo es así de sencillo, pues la historia tiene otro punto de vista y es el de Enrique de Laza, que sigue las órdenes de Rodrigo de Piedrasacra para llevar un plan más amplio que el que observa Juan de Ulloa. La Sociedad Secreta ha desatado la Bestia durante los últimos meses en el Concejo de Verín para asegurarse la incondicional sumisión de su atemorizada gente y socavar la autoridad del Monarca. Conforme el prestigio del Rey de las Españas vaya disminuyendo y cuantas más tropas envíe a Verín menos protegido estará en su residencia de Madrid, momento que aprovecharan para asestar el golpe definitivo. Ellos han sido los culpables, entre otras cosas del centenar de muertes y desapariciones en Verín.

El hijo de los Condes de Ulloa, siempre oscuro, taciturno e introvertido, se ha alejado del mundo de la Corte. En lugar de ello, ha centrado su gran intelecto en una gran Conspiración con la cual espera vengarse de aquellos que se opusieron a su familia en el pasado. Todos sus esfuerzos están dedicados a convertirse en el nuevo "Valido" de España, desde donde desencadenar el caos sobre el condenado y



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

desprevenido mundo. ¡El triunfo de ese día está cerca! Pero aún queda mucho trabajo por hacer y el tiene toda la eternidad.

Para llevar sus fines a cabo, ha creado una nueva organización que se llaman a sí mismos la “Hermandad de los Lobos”, se ha instituido en Verín, captando como miembros a gran parte de la crema de la sociedad gallega de la comarca, entre la cual se encuentran varios respetables líderes de la comunidad, tanto políticos como religiosos, como son el Conde Sancho de Ulloa, la Condesa Beatriz de Ulloa, Juan de Ulloa, el Señor Maceda, el Señor La Fuente y Enrique de Laza.

La Hermandad se reúne periódicamente los días múltiplos de cinco de cada mes, y lo hacen en un Templo bajo las ruinas de la Abadía que hay en el Bosque de Verín.

Cabe destacar como parte fundamental, que todo tiene su comienzo desde tiempos inmemoriales, la familia Ulloa ha sido despreciada debido a la fuerte influencia extranjera de su sangre (principalmente portuguesa). La única oportunidad para redimir su linaje se desvaneció hace apenas un siglo cuando el bisabuelo de la Condesa, se manifestó claramente en contra de la línea Real que encabezaba Carlos I, siendo condenado al destierro por traición. Como castigo al resto de la familia Ulloa, el Rey de todas las Españas les quitó muchas de sus rentas y posesiones, recompensando a la familia de Acevedo a la que otorgaba el control sobre el Concejo de Verín.

Nadie descubrió las razones de los Ulloa para oponerse o traicionar al Monarca, aunque se especuló de deudas, venganza, dinero, amenazas, locura e incluso el afán de llegar a posiciones cercanas a la Corona. De todos modos, la reacción en toda Galicia y por ende, de toda España, desde aquel acontecimiento ha sido clara: le repugna la familia Ulloa.

Desde entonces sólo han tenido un contacto limitado con el resto de España y en especial con la Corte de Felipe, el Cuarto de su nombre. Sus nobles no son bienvenidos en ninguna parte de la nación. Son una familia olvidada y vilipendiada, sin ningún peso en la Corte de Madrid.

Pero la intención de Juan de Ulloa es cambiar todo esto y pretende crear tal estado de caos en Galicia que llame la atención en la propia Villa y Corte, para poder luego extender este caos a toda la Nación y poder llegar a conseguir una posición de privilegio cuando “milagrosamente la familia Ulloa salve la situación”. El plan lo gestaron Juan de Ulloa y Enrique de Laza conjuntamente y los puntos principales del plan serán los siguientes:

- ❖ Amparándose en la facultad de Juan de Ulloa de transformarse y de convertir a otros en “lobisomes”, asolar toda Galicia de crímenes y actos sangrientos para llamar la atención de la Villa y Corte.
- ❖ Cuando los crímenes de la Bestia sean constantes y la burla se cebe sobre el Monarca, este se desesperará y mandará tropas de su propia Casa a Verín para eliminar a una Bestia que se mofará de los intentos de este “ejército”.
- ❖ Los gastos de Felipe el Cuarto manteniendo este ejército serán tremendos y resentirá aun mas su imagen en la Corte, a la que bien poco importa lo que suceda en un pequeño rincón de Galicia. Y el pueblo dejará sentir por igual su descontento.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

- ❖ *A la par que la Bestia aterroriza el Concejo de Verín, protegerá la mina de oro que hay en las montañas cercanas a la Abadía abandonada del Bosque y los portugueses podrán extraer el metal precioso que enviarán a Madrid. Con este oro financiarán una revuelta que derrocará al Monarca o le colocarán en una situación que deba acatar los deseos de los Conspiradores. Aunque bien es cierto que Juan de Ulloa sabe poco o nada de cómo se están desarrollando los planes para llevar esta revuelta en la Villa y Corte, dejando esta tarea en manos de Enrique de Laza.*
- ❖ *Enrique de Laza seguirá las órdenes de Rodrigo de Piedrasacra y enviará todos sus cargamentos y misivas a Luis de Alquezar, Secretario Mayor, quien sabrá disponer para fomentar esta revuelta. El sacerdote no sabe mas y tampoco va a preguntar nada mas, pues sabe que a Piedrasacra no le gustan los “curiosos”.*



Lo Sucedido hasta Hoy

A principios del mes de Junio del año 1.622, una mujer de Verín que cuidaba su ganado a las afueras de la ciudad, fue atacada por una Bestia feroz. Debido al aspecto de la Bestia, los perros, temblando de miedo, huyeron con la cola entre las patas; por el contrario, las vacas, valientemente agrupadas alrededor de la dueña, hicieron huir al animal. Finalmente la mujer, que no recibió herida alguna, regresó a Verín muy consternada, con el vestido y el corsé despedazados. De la descripción que hizo del monstruo que la había embestido, se dedujo que el miedo la había trastornado. Era un lobo rabioso. El hecho no tenía nada de extraordinario y no se volvió a hablar de ello.

Sin embargo, algunas semanas después, el rumor de que la Bestia había aparecido nuevamente se difundió por todo el Concejo. El 3 de Julio, en Ábades, dentro del Concejo, devora a una jovencita de catorce años; el 8 de Agosto ataca a una joven de Cabreiroá, y la destroza; tres jóvenes de quince años de la aldea Feces de Abaixo, una mujer de Feces da Cima, una muchacha de la aldea de Mandín y un pastor de Mourazos aparecen muertos en el campo y sus cuerpos horriblemente mutilados apenas pueden reconocerse. En Septiembre desaparecen una muchacha de Pazos, un hombre de los Queirogás y una mujer de Queizás de la que se recogen sus restos y los jirones de sus ropas esparcidos por el campo y el bosque. El 8 de Octubre un joven de Rasela regresa medio muerto y aterrorizado al pueblo, había encontrado en el huerto a la Bestia que le desgarró la piel del cráneo y del pecho. Dos días después un niño de trece años se presenta, al igual que los otros, con la frente abierta y sin el cuero cabelludo. El día 19 del mismo mes, una muchacha de veinte años aparece despedazada en una pradera de los alrededores de Tamagos: la Bestia se había ensañado con ella bebiéndose toda su sangre y devorado sus entrañas.

Todo el Concejo se estremeció. El Capitán Alfonso de Viana, autoridad militar de las tropas de la zona y encargado de velar de la seguridad de un miembro del Consejo de Estado, con el fin de atrapar a ese misterioso animal encabezó a un intrépido grupo de campesinos, cercó y mató a un gran lobo, por lo que obtuvo una recompensa de dieciocho Ducados. Sin embargo, la gente del campo no se tranquilizaba



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

pues ese lobo no era la Bestia, como pretendían hacerles creer. Y de hecho se supo casi inmediatamente que ésta se burlaba de los cazadores y continuaba con sus destrozos.

Una tarde de Octubre, Juan Pedro Pozos, campesino de la aldea de Tamaquielos, se encontraba arreglando unos bultos de forraje en su granja. La tarde caía y la nieve cubría la aldea. De pronto, una sombra pasa delante de la estrecha ventana del cobertizo. El pánico se apodera de Pozos que se dirige a descolgar su fusil, se coloca en la buhardilla de la caballeriza y distingue cerca de la fuente un animal monstruoso, de una especie que nunca había visto. "¡Es la Bestia!... ¡Es la Bestia!", se dice a sí mismo. Aunque era muy fuerte y valiente, temblaba tanto que sus manos apenas si podían sostener el arma. No obstante, una vez hecha la señal de la cruz, se prepara, apunta y dispara. La Bestia cae, se levanta, sacude la cabeza sin moverse de lugar y mira hacia todos lados furiosa. Pozos vuelve a disparar, la Bestia lanza un grito aterrador, dobla las patas y huye haciendo "un ruido parecido al de una persona que se separa de otra después de una disputa". Desde esa tarde, Pozos quedó muy convencido de que a no ser por un milagro todos los habitantes del Concejo serían devorados...

Relatos como éstos propagaron el terror hasta los lugares más recónditos, el trabajo del campo fue abandonado y la gente sólo salía de sus casas en grupos bien armados. El Capitán Alfonso de Viana y sus soldados exploraban los bosques todos los días junto a mas de mil doscientos campesinos, con mosquetes, guadañas, lanzas y garrotes que le servían de escolta. Tan pronto como se tenía noticia de algún daño causado por la Bestia, se lanzaban en masa a su persecución.

El Señor La Fuente, alcalde de Verín, el Señor Maceda, Comandante de las tropas de la provincia de Orense, el Señor de Ulloa, un noble de la región y Mourazos, el cazador más intrépido de todo Orense, se habían puesto en campaña. Recorrieron el lugar desde Verín a los puntos mas alejados dentro del Concejo y sus portavoces iban de pueblo en pueblo reclutando a los campesinos que se movilizaban y salían decididamente por los senderos en busca del monstruo.

Un día, la cuadrilla comandada por el Sr. La Fuente se detuvo súbitamente después de haber caminado setenta y dos horas muy cerca del castillo de Monterrei. ¿Qué ocurría? Acababan de ver a la Bestia escondida tras un muro. Recostada sobre su vientre mientras acechaba a un joven pastor que cuidaba el ganado en la pradera. Pero la Bestia olfateó al enemigo y con unos cuantos saltos llega a un bosquecillo cercano. Esta vez la tienen pues cien campesinos cercan el pequeño bosque mientras que otros con precaución se deslizan en su persecución. Un cazador a diez pasos de la Bestia la dispara y la Bestia cae y se levanta, recibe un segundo disparo, cae de nuevo y una vez más se levanta y regresa al bosque cojeando. La persiguen, la disparan por todos lados y sale de nuevo a la pradera, cayendo con cada descarga, pero reincorporándose siempre. Por último, la ven regresar al bosquecillo y desaparecer. La buscan hasta la noche sin poder encontrarla. Como la dan por muerta vuelven al día siguiente en busca de sus restos y al amanecer, doscientos hombres bien armados exploraron todos los rincones de la zona. Pero pronto se supo que dos mujeres que se habían arriesgado a ir al campo tras conocer la buena nueva de que habían matado a la Bestia, la vieron pasar llena de vida.

Dos días después a tres leguas de allí, habían traído a un joven ensangrentado con la piel del cráneo desgarrada y el costado abierto. El mismo día, una niña de Tintores recibía una mordida en la mejilla y otra en el brazo en un campo cercano a la vivienda del Sr. de Ulloa y también encontraron el cadáver despedazado de una muchacha de veintiún años a la que a pesar de su terror, sus padres habían obligado a ir a ordeñar las vacas. Era para desesperarse, pues de los diez mil cazadores que a finales de Octubre se habían puesto en campaña, no había uno solo que no pensara que todo intento sería inútil y que debían resignarse y sufrir con devota paciencia esta cruel calamidad.

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



Ahora sí se sabía que la Bestia no era un lobo. Mucha gente la había visto y las descripciones que daban concordaban: era un animal fantástico del tamaño de un becerro o un asno, tenía el pelo grisáceo, la cabeza grande muy parecida a la de un cerdo, el hocico siempre entreabierto, las orejas cortas y rectas, el pecho blanco y muy ancho, la cola larga y peluda con la punta blanca. La Bestia parecía tener el don de la ubicuidad y en un mismo día la habían visto en lugares separados por ocho leguas de distancia. Le gustaba sentarse y hacer "muecas", a veces parecía alegre como una persona y fingía no tener maldad, incluso alguien aseguraba que la había escuchado reír y hablar. Si tenía prisa atravesaba los ríos de dos o tres saltos, pero cuando tenía tiempo se la veía caminar sobre el agua sin mojarse. Era ya una tradición que cuando una madre regañaba a su hijo y lo amenazaba diciéndole que la Bestia vendría por él. Por otro lado, casi nunca devoraba el cadáver de sus víctimas: se conformaba con desgarrarlas, chupar su sangre, rasgar el cuero cabelludo, llevarse el corazón, el hígado y los intestinos.

La calamidad que afligía al Concejo de Verín estremecía a todo el reino. La noticia había pasado de los rumores de Verín a las gacetas de la Villa y Corte donde la Bestia era el tema de conversación. Unas rimas resumían trágicamente la situación con su invariable estribillo:

*Ha comido tanta gente
la Bestia de Verín,
¡ha comido tanta gente!*

El problema era tan grave que los aristócratas locales, realmente inquietos por esa situación solicitaron la intervención de la Corona para dar caza al o a los asesinos. Los lugareños recurrieron al propio Monarca recién coronado Felipe el Cuarto, quien ofreció una recompensa elevada al que pudiese darla caza. Ésta noticia trascendió las fronteras del país provocando la llegada masiva de cazadores de toda España así como de diversos lugares cercanos como Francia y Portugal. Como todos codiciaban la generosa recompensa ofrecida por el Monarca, la competencia individual fue tal, que incluso los numerosos rastreadores dejaban pistas falsas para engañarse unos a otros.

El propio Rey, aunque tenía otras preocupaciones, quiso compartir las desgracias de sus fieles habitantes de Galicia y su Valido, Baltasar de Zúñiga ordenó asignar una tropa. De acuerdo con estas instrucciones, el Capitán Alfonso de Viana, "encabezando" la partida, llegó a instalar su cuartel general en Verín y se reunió con los mejores cazadores de la región. Se prometió una gratificación de dos mil y luego de seis mil Ducados a quien matara a la Bestia. Al término del sermón dominical de cada parroquia se dio lectura a las disposiciones tomadas y el anuncio de tan ingeniosas medidas reconfortó en cierta forma a los campesinos. A menos que hubiera sido engendrado por el infierno, el monstruo sucumbiría. Para mayor seguridad, los Miembros del Consejo de Estado de su Majestad ordenaron que los restos de la Bestia fueran presentados durante una de sus reuniones, con el fin de que todos pudieran darse cuenta de que la Bestia había sido finalmente exterminada.

Este panorama fue aprovechado por los países enfrentados a España para ridiculizar al Monarca español, como los rebeldes de Flandes, quienes con sorna repitieron hasta la saciedad que "cómo un país puede proporcionar nada a sus súbditos en tierras lejanas, cuando su ejército no es capaz de cazar una simple fiera en su propio país". Las burlas indignaron a Su Majestad Felipe IV, quién para acabar definitivamente con la Bestia encargó a su hombre de confianza, el Conde de Olivares, dar captura e investigar a la Bestia una vez muerto su tío Don Baltasar de Zúñiga.





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Se Dice en los Mentideros

Donde se cuece: *Mentidero de "las Losas de Palacio"*

Quienes lo guisan: *Diversos cuevachuelistas para el Mentidero de "las Losas de Palacio"*

El pasado siete de Octubre ha ocurrido una desgracia para la nación, ha muerto Don Baltasar de Zúñiga y eso nos lleva a perder la poca cabeza pero sobre todo el poco corazón que tenía esta Corte. Según dicen, el propio Conde de Olivares se ha negado en este momento a tomar formalmente las riendas del poder y ha decidido crear un pequeño Consejo Privado, que lo forman el Marqués de Montesclaros, Don Agustín de Mexía y también Don Fernando Girón, que se encargarán de realizar entre todos, las labores que desempeñaba Zúñiga. Ahora está claro que nadie duda de quién es el hombre fuerte del gobierno. Muchos dicen que Olivares es tan absoluto con este Rey como lo era Lerma con su padre.

Dicen por ahí los viajeros que de allí vienen, que el Sultán Otomano Osmán II, ha emprendido reformas progresistas en el Imperio Turco que le han supuesto el alzamiento de todos los sectores de la clase gobernante otomana, incluyendo a los jenízaros, que lo destronan, lo exhiben públicamente por las calles de Constantinopla y lo han ejecutado con tan solo dieciocho años.



Donde se cuece: *Mentidero de las gradas de San Felipe*

Quienes lo guisan: *Diversos poetas, clérigos y soldados para el Mentidero de las gradas de San Felipe*

Dicen que Lope de Vega, inspirándose en la victoria española de Fleurus, ha terminado de escribir su obra "La Nueva Victoria de Gonzalo de Córdoba", que se propusieron estrenar y estrenaron pocos días después en la Corte, en presencia de la Reina.

¡Menudo panorama! En Galicia dicen que los problemas de Flandes se quedan cortos en comparación con lo que allí se cuece, pues en Flandes nuestros Tercios cierran la boca a quienes se intentan mofar de nosotros pero en Orense, ha surgido un rumor que aprovechan los países enfrentados a España para ridiculizar al Monarca español, como los rebeldes de Flandes y muchos de la pérfida Albión, quienes con sorna repiten hasta la saciedad que "cómo un país puede proporcionar nada a sus súbditos en tierras lejanas, cuando su ejército no es capaz de cazar una simple fiera en su propio país". Dicen que las burlas han indignado a Su Majestad Felipe IV y ha decidido que se debe acabar con el foco de dicho rumor y ha encargado a su ahora hombre de confianza, el Conde de Olivares, dar captura e investigar a la Bestia de Verín.

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



Hasta tal punto llega a molestar el caso, que por las calles corre una rima sobre la Bestia gallega y muchos puede que están consternados, pero la gran mayoría solo se carcajea y repiten:

*Ha comido tanta gente
la Bestia de Verín,
¡ha comido tanta gente!*



Donde se cuece: *Mentidero de los Cómicos junto a la iglesia de San Sebastián*

Quienes lo guisan: *Diversos cómicos para el Mentidero junto a la iglesia de San Sebastián*

Se dice entre los allegados al Conde de Olivares que la maldita Bestia de Verín tiene que ser su tío Don Baltasar de Zúñiga, que se ha encarnado en cuerpo de monstruo para recordarle al Conde que siempre va a estar “cerca” y que después de tantos meses de desprecios, dejándole solo los asuntos de protocolo en asuntos exteriores, ahora ha decidido crearle problemas desde el corazón de su tierra pues no olvidemos que Don Baltasar procedía de aquellas tierras gallegas y es más, hasta el propio Conde está casado con una Acevedo... ¡Mal pintan para los gallegos si esperan ayuda de Olivares y los Acevedo!

A partir del día cinco del pasado mes, han ordenado que sean representadas comedias en el aposento de la Reina Isabel todos los domingos, jueves y días festivos, y se han elegido a las más reputadas Compañías de cómicos de todo el Reino, a quienes se dicen que van a pagar más de trescientos Reales por actuación.





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Cronología

<i>Empezando la Aventura</i>	<i>Tarde-Noche del 19 de Noviembre</i>
<i>La Nevada</i>	<i>Anocheecer del 19 de Noviembre</i>
<i>La Dama de las Nieves</i>	<i>Anocheecer del 19 de Noviembre</i>
<i>El Campamento Gitano</i>	
<i>Los Habitantes de Verín</i>	
<i>La Bienvenida</i>	<i>Noche del 19 de Noviembre</i>
<i>En Casa del Conde de Fonseca</i>	<i>Noche del 19 de Noviembre</i>
<i>El Asesino</i>	<i>Noche del 19 de Noviembre</i>
<i>Danielo, el Gran Cazador</i>	<i>20 de Noviembre</i>
<i>La Bestia Ataca de Nuevo</i>	<i>20 de Noviembre</i>
<i>La locura de Tamagüelos</i>	
<i>El Bosque de Verín</i>	<i>A partir del día 20 de Noviembre</i>
<i>El Poblado de los Leñadores</i>	
<i>La Abadía en Ruinas</i>	<i>A partir del día 20 de Noviembre</i>
<i>El Campamento Portugués</i>	
<i>El Funeral</i>	<i>Mañana del 21 de Noviembre</i>
<i>El Cementerio</i>	
<i>La Cabaña de Xuxa</i>	
<i>La Iglesia</i>	
<i>El Código Vinégere</i>	
<i>El Pícaro</i>	<i>Entre 21 de Noviembre y 24 de Noviembre</i>
<i>La Posada de las Siete Cruces</i>	
<i>María Juana Valle, la Superviviente</i>	<i>22 de Noviembre</i>
<i>La Cárcel</i>	
<i>El ataque de la Bestia</i>	
<i>La Casa de Juan de Ulloa</i>	
<i>Las Cacerías</i>	<i>Entre 23 de Noviembre y 24 de Noviembre</i>
<i>Las Niñas de Castrelo do Val</i>	<i>24 de Noviembre</i>
<i>El Leñador Borracho</i>	<i>Entre 24 de Noviembre y 26 de Noviembre</i>
<i>Juan desencadenado</i>	
<i>Una nueva medida</i>	<i>25 de Noviembre</i>

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



El héroe pastor

Mañana del 25 de Noviembre

La maldición a los Fonseca

Noche del 25 de Noviembre

La Hermandad de los Lobos se reúne

Noche del 25 u 26 de Noviembre

La Casa de Conversación

Mañana del 26 de Noviembre

El Juicio

26 de Noviembre

La Gran Cacería

¿Quién es la Bestia?

Noche del 26 de Noviembre

La Fiesta de Disfraces

26 de Noviembre

El Ermitaño

La Emboscada

Sin supervivientes

La Llegada de Vilariño

27 de Noviembre

La incapacidad de un Rey

La ley de la Bestia

El Duelo Salvaje

Noche del 28 de Noviembre

La Familia Ulloa

Cazar a la Bestia

30 de Noviembre

El Embalsamamiento

30 de Noviembre

Que sucederá con la Bestia si los Actores fallan





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Una Petición Desesperada

Sucede a principios del mes de Noviembre de 1.622

Donde se cuece: Corral de la Pacheca

Quienes lo guisan: Gaspar Felipe de Guzmán Pimentel y Acevedo
Un montón de guardias
Algunos comediantes

En la madrugada, uno de los Actores recibirá una carta con el Sello del mismo Conde de Olivares, hombre de confianza del Rey Felipe el Cuarto, y le ha citado a él y sus amistades en el Corral de la Pacheca para el mediodía. Esto reza la misiva que llegará con Don Alvaro de Moscoso y Patiño, Criado Personal del Conde:

A su Merced:

Solicito de su grata compañía y de la de sus amistades, para mantener una conversación del máximo interés para mi persona y confío en que puedan conceder el tiempo que les apremio.

Si es del gusto de vuestra Merced, les emplazo este mediodía en las gradas del Corral de la Pacheca, donde disfrutaremos de los ensayos de la obra "La Nueva Victoria de Gonzalo de Córdoba" de Lope de Vega.

Suyo en el Servicio a España,

Gaspar Felipe de Guzmán Pimentel y Acevedo

Conde de Olivares

Gentilhombre de la Cámara y Sumiller de Corps del Rey Felipe el Cuarto

Rodeados de guardias del propio Conde de Olivares y respaldados por el rumor que producen los comediantes que ensayan la obra "La Nueva Victoria de Gonzalo de Córdoba" de Lope de Vega, los Actores se encontrarán con el Gentilhombre de la Cámara y Sumiller de Corps del Rey Felipe, quien les explicará someramente que el hermano de su esposa y miembro del Consejo de Estado, Don Manuel de Acevedo y Zúñiga, Conde de Monterrey, tiene un problema acuciante en su zona natal. Y si el rumor de dicho engorro se difunde, puede llegar a la Villa y Corte, donde pronto se escucharían voces sobre la



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

inutilidad del propio Conde de Monterrey, que es incapaz de evitar la tragedia que asola su hogar en el Concejo de Verín, en Orense y para el propio Conde de Olivares, el rumor vendría por no poder proteger a su propia familia pese al poder y medios que dispone. Y en estos momentos este rumor sería un gran imponderable en la ya preocupante situación en la que se encuentra la Nación.

Lo primero, después de todos estos formalismos, les comentará que desde Junio han venido sucediendo una serie de brutales desgracias en el Concejo de Verín y que pese a los esfuerzos por parte de su familiar el Conde de Monterrey, ningún avance se ha logrado. Que el rumor que ronda aquellos lares asegura que una gran Bestia campa a sus anchas, que nadie es capaz de pararla y hasta el momento parece que tienen razón, pues aunque envió al Capitán de Dragones Alfonso de Viana, este ha sido incapaz de lograr el objetivo de eliminar a dicha criatura. Que la misión es simple y clara: cazar a la Bestia de Verín y devolver la calma a la zona. Para ello deberán partir con la mayor inmediatez que les sea posible y llegar hasta Verín para presentarse ante Don Manuel de Acevedo y Zúñiga, Conde de Monterrey y miembro del Consejo de Estado, para informarle que han sido enviados desde la Villa y Corte para ayudarle con el problema de la "Bestia".

También les podrá comentar, que durante las últimas semanas, el agresivo "monstruo" ha continuado devorando más víctimas, hasta tal punto, que las gentes del lugar aseguran que en su currículum tiene ya la nada despreciable cantidad de cerca de cincuenta víctimas, sin contar a los desaparecidos y a los desdichados que durante los últimos seis meses ha dejado heridos o lisiados.

Nota del Cronista: Si Don Gaspar no ve excesivamente motivados a los Actores, siempre puede sacar el As que guarda en la manga y que prefiere dejarlo escondido, y no es otro que informarles que uno de los manuscritos del Infierno de Dante, de los impresos por Tadeo Escriba, está en manos del Conde de Fonseca y que casualmente reside en Verín. ¿Casualidad?



La Nevada

Sucede al anochecer del diecinueve de Noviembre

Donde se cuece: Los caminos del Concejo de Verín

Quienes lo guisan: Los Actores.

Se nota el frío invierno y la nieve cubre todo el camino, pues en los días anteriores no ha parado de nevar. Con la llegada del anochecer, un estruendoso trueno sacude el cielo que comienza como un bajo estrépito en la distancia y va creciendo hasta convertirse en una explosión que sacude la copa de los pocos árboles que hay en el linde del camino. El relámpago rasga el cielo, lanzando sombras amenazantes en su destello. No tarda en llegar la nieve, cayendo sucia y en grandes cantidades, y provocando que el camino de tierra rápidamente se torne en un barrizal y la interminable cortina de fina nieve cae con tanta fuerza que impide ver más allá de unos metros.

Por Iago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

El viaje en estas condiciones a través de la comarca es difícil y diversas veces los Actores deberán descabalar y hacer parte del camino a pie, pues la nieve tiene más de un pie de profundidad en algunas zonas del camino, ocultando raíces, pozos y grietas. Y poco a poco la noche comienza a posarse sobre el Concejo de Verín, cubriendo el camino de sombras. La nevada es tan fuerte que apenas se puede ver a más de un metro de distancia.

El camino parece mucho más oscuro que antes. Los árboles cercanos se han convertido en retorcidas sombras con ramas como garras que se alargan y un hedor inmundoso surge del agua lóbrega y pútrida encharcada bajo los pies. Pero aun es peor, sobre sus cabezas y a través de las enredadas ramas, el cielo parece lleno de rabia y la luna aunque casi está llena parece ocultarse entre las nubes.

***Nota del Cronista:** Solo destacar que lo descrito es solo para crear un ambiente de tristeza, de desesperación... En resumen, para que los Actores sientan que la alegría no acompaña a este lugar de Galicia.*



La Dama de las Nieves

Sucede al anochecer del diecinueve de Noviembre

Donde se cuece: Camino cercano a Verín

Quienes lo guisan: Giacomo
Emmanuelle
Juan Xobrelluna
Cinco hombres enfadados y ansiosos de sangre

Los Actores escucharán los gritos de auxilio de una mujer resonando a lo largo del camino y pese a las dificultades para determinar su procedencia... Es de suponer que acudirán con la mayor prontitud a donde crean que escucharon el grito:

Si los Actores eligen una dirección equivocada, un segundo grito los alerta de su error. Llegarán para ver a un anciano en el suelo, muerto en un charco de su propia sangre. Junto a él, está una joven llorando por su trágica y vil muerte. Son Giacomo y su hija Emmanuelle.

Si los Actores eligen el camino correcto, llegarán a tiempo para encontrar a un grupo de seis hombres intentando linchar a un anciano gitano y su hija. Según ellos, el anciano gitano al que llaman Giacomo es el culpable de las trágicas muertes sucedidas recientemente en la provincia. Él fue quien trajo la Bestia, argumentan.

Uno de ellos encapuchado con el objetivo de esconder su cara por completo (se trata de Juan Xobrelluna) acaba de apuñalar al anciano una vez, pero tiene que ultimarle todavía. El enmascarado al

Por Iago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

ser sorprendido deja a su víctima y escapa hacia la linde del bosque donde sabe a ciencia cierta que escapará. Juan Xobrelluna conoce la comarca mucho mejor que los Actores y tiene algunos escondites en donde ocultarse en el bosque, los cuales utilizará si observa que le persiguen. El asesino desaparecerá, dejando solo un rastro en el suelo, una daga con el escudo de armas de la familia de Acevedo. Destacar que la daga la robó en una de sus escaramuzas nocturnas pues en realidad no trabaja para él.

Si consiguen salvar la vida de Giacomo, este les invitará a su campamento sito en el bosque cercano, a no más de medio kilómetro de distancia. El anciano Giacomo les comentará que estaban recogiendo leña para la noche, como es habitual, cuando les sorprendió la nevada. Emmanuelle, su hija, es tímida y se mantendrá cabizbaja, sin articular palabra durante el resto de la noche. Si los Actores aceptan la invitación de Giacomo, el Cronista tiene una anotación al final, que servirá para diferentes momentos de la Crónica.

Sobre todo debe de ser claro y si no resaltarlo a los Actores, que los campesinos están enfadados con los gitanos debido ya que poseen un oso negro, y les culpan por ello de las muertes y desgracias de la provincia. Y también está claro que no dudarán en tomar cartas contra los gitanos si las cosas se siguen agravándose y no encuentran un culpable.

Carlo es el único de la familia que se atreve a entrar en los pueblos del Concejo y es el encargado de ir a comprar a los mercados la poca comida de la que disponen. Siempre y cuando los aldeanos deseen vendérsela, pues varios de la zona se la han negado vender.

El Campamento Gitano

Sucede en cualquier momento de la Crónica

Los gitanos son a quienes la población culpa de sus desgracias y este encuentro únicamente sucede de noche en el Bosque de Verín.

A lo lejos, los Actores ven una luz, que procede de una fogata en el centro del pequeño campamento gitano, formado por un colorido vagón gitano, dos yeguas viejas, un oso amaestrado y unas siete personas. Entonces un hombre viejo levantará la vista, y dirigirá la mirada de su ojo bueno sobre los Actores, sonreirá y hará movimientos con su mano marchitada, invitando a los Actores a unirse a su grupo.

El viejo Salvatore, el anciano gitano ciego de un ojo por culpa del garrazo de un oso, es el líder de esta pequeña prole. Son oriundos de Nápoles, y llevan medio año en Verín (coincidiendo su llegada con las primeras muertes de la Bestia), vagando de un lado a otro. Su esposa, Sofía, una mujer rolliza con pelo rojizo y ojos chistosos, también es casi tan vieja como él. Su hijo, Carlo, es un hombre joven fuerte de pelo negro y un mostacho. Los tres niños pequeños son sus hijos: Luigi, Mario y Laura. Carlo conduce los caballos, y está ansioso en alejarse la mayor distancia que pueda de Verín. La prima de Carlo, la sensual Emmanuelle, posee una extrema belleza de encantadores ojos negros y labios rojos que pueden poner a un hombre en llamas. Es la hija de Giacomo, el hermano de Salvatore, si es que le salvaron.

Salvatore, junto con su hermano Giacomo, son domadores de osos del antiguo circo en el que todos trabajaban. Sofía realizaba un finísimo acto de contorsionismo muy complicado y Carlo era el acróbata que hacía pareja artística con su fallecida esposa, muerta recientemente. Mientras Emmanuelle realiza un espectacular acto de aros.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Si los Actores preguntan a los gitanos acerca de la Bestia de Bosque de Verín, Salvatore y su esposa contarán que los cazadores están completamente equivocados. "La Bestia descansa en el lugar más impensado y seguro". Murmurando, Carlo agregará, "Es mejor permanecer en los bosques, y apartarse de Verín". Salvatore rehusará a decir algo más al respecto. Su esposa, Sofía, asentirá con la cabeza y añadirá "Hablar de maldad es como invitarla a cenar."

Entre los días diecinueve de Noviembre y veinticinco de Noviembre

Si lo desean, Emmanuelle les contará su fortuna y les dirá: "Quizás esto pueda ayudar a terminar con la maldad". Tomará un mazo de cartas y retira todas las cartas excepto las ases, las figuras, los treses, los cuatros y los seises. Cuando la adivinación de la fortuna comienza, deja que los Actores mezclen y corten las cartas. A cada Actor se le pide que toque las cartas.

"¡El viajero los ha llamado! jadea sudorosa Emmanuelle. Cada miembro de su familia hace apresuradamente un gesto protector. "La muerte caminará con la nevada venidera, y ustedes deben encontrar la manera de hacerla descansar. De lo contrario, la nieve se convertirá en sangre. Los ahogará, a ustedes y a todos los ciudadanos de Verín.

Tras su encuentro con los Actores y después del último señalado arriba, no se tendrá más conocimiento de la familia gitana ni de su campamento.



La Gente de Verín

Sucede a partir del anochecer del diecinueve de Noviembre

Donde se cuece: El Concejo de Verín

Quienes lo guisan: Los aldeanos de todo el Concejo

Verín es el lugar donde comienza realmente esta Crónica. Una vez los Actores llegan a la ciudad puedes describirla simplemente como un bonito lugar entre el frondoso verde, con un gran sentimiento de tristeza en el ambiente.

La gente de Verín es generalmente pequeña, de piel morena, sus rostros están curtidos y marcados por el húmedo y ahora frío clima de la provincia. Son extremadamente cautos con los forasteros, son personas tranquilas y ligeramente suspicaces. La gente es un grupo unido, temeroso de los extranjeros y extraños, que se conocen a la mayoría de sus ciudadanos muy bien, conocen a los parientes y amigos e incluso el árbol familiar de sus vecinos, tanto o mejor que el suyo propio.

Por Iago

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



Los nativos de Verín son primariamente campesinos y pastores de ovejas y cabras. Los recientes ataques de la Bestia de Verín, pues así ha sido bautizada, hacen de ésta una profesión peligrosa. Lino, avena, centeno, trigo... crecen en pequeños campos en el Concejo de Verín. Muchos son empleados como tejedores, molineros e hiladores de lana. La gente de Verín trabaja duro, pero tienen una vida relativamente confortable en el ambiente en que viven.

Los Actores tendrán en un primer momento alguna dificultad para comunicarse con los residentes de la ciudad de Verín, pues aunque son corteses, evitan la conversación. Les proporcionarán direcciones y les sugerirán un lugar para comida o albergue, o hablarán brevemente sobre la vida de la provincia, pero no dirán mucha información personal o rumores.

Si los Actores preguntan acerca de las muertes de la Bestia de Bosque de Verín, cualquiera de los ciudadanos sabrá de la existencia de una serie de muertes que han tenido lugar en el Concejo de Verín en los últimos meses. Aunque por sí solos no sacaran el tema de las matanzas y no eludirán en ningún momento las respuestas que se les pidan. Simplemente desconocen gran parte de lo sucedido.

Todos los ciudadanos son conscientes de la creciente afluencia de forasteros. Muchas de estas personas parecen ser de culturas similares a la de Verín, pero muchos otros no y en particular los gitanos y los extraños portugueses que se esconden en el Bosque, que casualmente son los que no caen presas de los peligros del Bosque de Verín.

Está claro que lo que conocen los aldeanos son por lo general rumores, algunos reales o útiles y otros solos son obstáculos en su camino, o hacen un poco de cada cosa. Si los Actores conversan con un cierto número de gente distinta, probablemente se darán cuenta de que no todo lo que se les dice es cierto, pero seguirán enfrentados al problema de distinguir que es verdad y que es mentira.

Conforme comprueben la bondad y amabilidad de los Actores, gran parte de los habitantes de Verín querrá que los Actores traten de detener las matanzas capturando a la endemoniada Bestia del Bosque de Verín. Por ello ayudaran a los Actores, sin pedir nada a cambio, dándoles ropa y equipo si lo piden. No habrá nada más que estas empobrecidas personas puedan dar a los Actores.





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Las pistas siguientes, verdaderas o falsas, pueden obtenerse de las esporádicas conversaciones con los ciudadanos de Verín que sean abordados. Las he dividido en grupos Cronológicos para controlar un poco la difusión de los rumores según el transcurso de la aventura.

Rumores del diecinueve de Noviembre al veinticuatro de Noviembre

- ❖ *De los nueve que murieron súbitamente, siete han sido sepultados en ataúdes sellados por orden de Enrique de Laza. Verdadero.*
- ❖ *Doce ciudadanos están desaparecidos. Verdadero. Esto lo ha hecho la Bestia del Bosque de Verín.*
- ❖ *Carlota, la hija de la anciana Xuxa, una de las desaparecidas, ha sido vista por su madre caminando frente al cementerio. Verdadero.*
- ❖ *Hace seis meses, Julio Blanco, un campesino, cayó muerto y la noche después de su entierro se levantó como un demonio. Falso. Desapareció el cadáver pues Juan de Ulloa lo sacó para crear pánico.*
- ❖ *Todos los asesinatos y desapariciones han tenido lugar por la noche. Falso.*
- ❖ *Todas las víctimas han sido mujeres y niños. Falso.*
- ❖ *Todas las víctimas han sido asesinadas cerca del Bosque de Verín. Falso*
- ❖ *Un enorme lobo, del tamaño de un asno, ha sido visto huyendo de algunos de los asesinatos Verdadero. No exactamente un lobo pero bueno...*
- ❖ *La criatura endemoniada incluso ha estado acechando las calles de Verín por las noches. Verdadero. Se trata de Juan que regresa a su residencia después de la caza.*
- ❖ *La gente que vive cerca del cementerio dice ver criaturas y seres que entran en él amparándose en la oscuridad de la noche para alimentarse de los cadáveres. Creen que alguno de estos seres ha sido el culpable de las desapariciones. Verdadero.*

Rumores del veinticinco de Noviembre al veintiséis de Noviembre

- ❖ *Una serie similar de asesinatos tuvo lugar hace 30 años. Verdadero. Pero en esa ocasión se trataba de un enorme lobo, aunque las gentes lo desconozcan.*
- ❖ *Los gitanos le dijeron a Xuxa que el fin de España se aproxima rápidamente. Verdadero.*
- ❖ *Enrique de Laza trabaja para la familia Ulloa. Verdadero en parte, es su consejero espiritual.*

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



- ❖ *El párroco Enrique de Laza va frecuentemente al bosque desde que suceden las muertes. Verdadero.*
- ❖ *Todos los asesinatos ocurrieron en luna llena. Falso.*
- ❖ *Un asesino escapó recientemente de la prisión y él es el asesino. Falso.*
- ❖ *Hay más víctimas que los dirigentes de la ciudad conocen y ocultan. Verdadero.*
- ❖ *Se han encontrado huesos roídos y tumbas abiertas en el cementerio. La gente dice oír gruñidos por la noche, como de animales salvajes. En Verín se empieza a hablar de brujería y el diablo. Falso.*
- ❖ *Los culpables de las muertes son los gitanos que habitan en el bosque. Falso.*
- ❖ *El culpable de las muertes es una Bestia salvaje amaestrada por Antonio Castillo. Falso.*

Rumores del veintisiete de Noviembre al treinta de Noviembre

- ❖ *La Bestia ha atacado el poblado de leñadores del Bosque de Verín, asesinando a gran parte de sus habitantes. Verdadero.*
- ❖ *Juan de Ulloa ha tomado el control total de los negocios de la familia Ulloa. Verdadero.*
- ❖ *Un viejo cuya visión es considerada deficiente jura que vio a uno de sus amigos ser raptado por una hermosa mujer. Falso.*
- ❖ *El cementerio local fue saqueado justo antes de que los hombres empezaran a desaparecer. Falso.*
- ❖ *En las últimas tres semanas, los ciudadanos saben de nueve muertes "súbitas" que han ocurrido Verdadero. Esto lo ha hecho la Bestia de Bosque de Verín.*
- ❖ *Ocultistas leales al Demonio están operando en el Concejo de Verín. Falso, en realidad son la Hermandad de los Lobos.*
- ❖ *Un nuevo culto está creciendo en la zona. Ellos pueden ser los responsables. Verdadero en cierta forma, se trata de la Hermandad de los Lobos.*
- ❖ *Isabel de Borbón, esposa del Rey tiene pensado realizar una visita a Verín a finales de Diciembre. Verdadero.*

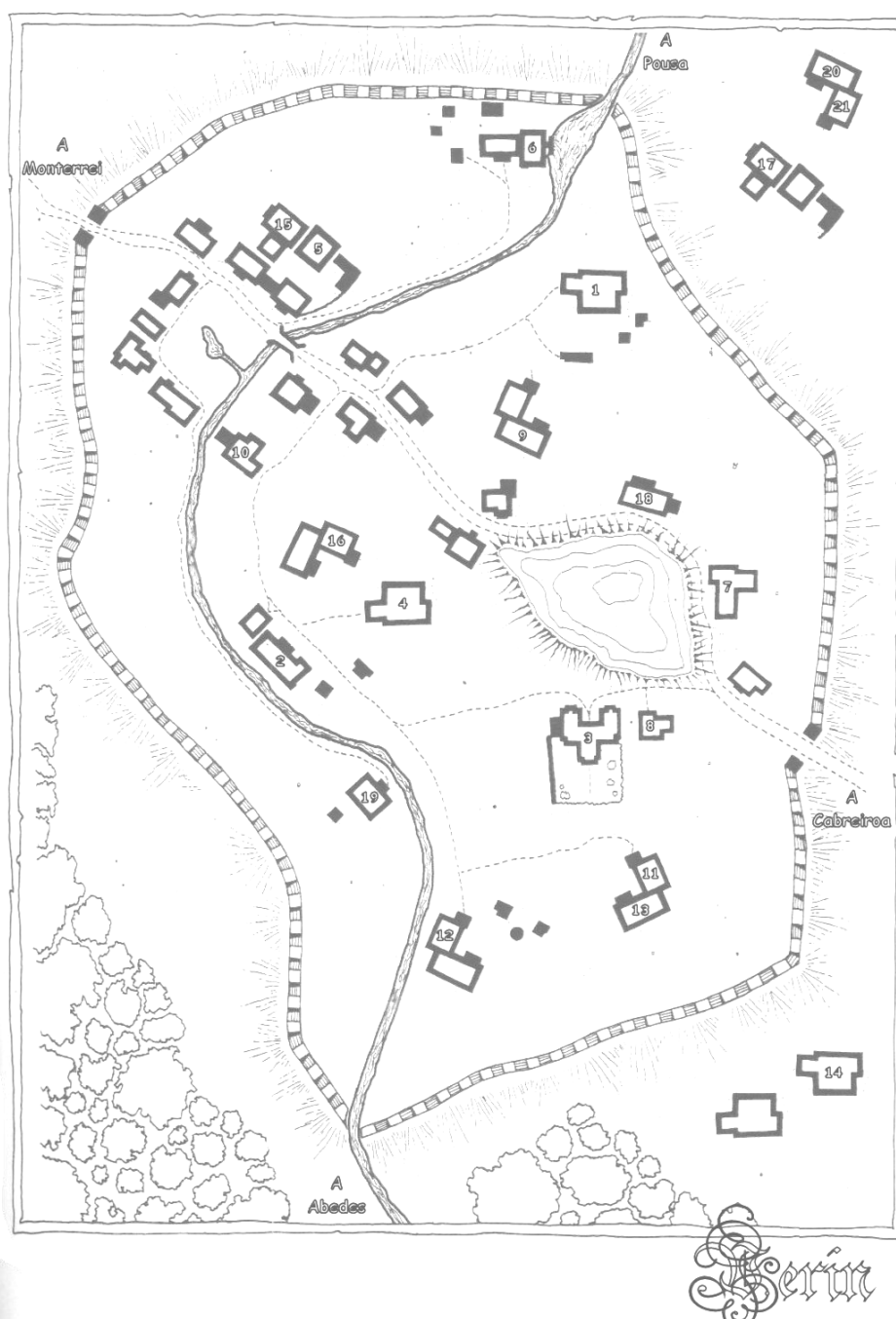


LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

- ❖ Un pastor del Concejo asegura haber visto juntas a más de una Bestia. *Verdadero*, pues Juan de Ulloa “experimenta” su hechizo de lobisome con otros para masacrar la zona... ¡Y posteriormente los rastrea y elimina!



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



Lugares de Verín:

- 1.- La Cárcel
- 2.- Cuartel de Dragones de Alfonso Viana
- 3.- Santa María la Mayor
- 4.- Las Siete Cruces
- 5.- Hospital de Verín
- 6.- La Casona de los Ulloa
- 7.- Casa de Conversación de Verín
- 8.- Casa del Obispo Amelio
- 9.- Casona de los Acevedo
- 10.- Casa del Comandante Maceda

- 11.- Imprenta de Montañés
- 12.- Residencia de los Bubal
- 13.- Casa de Armando Abaixo
- 14.- Casa de Pedro Salinas
- 15.- Casa de Rasela
- 16.- Casa de los Queira
- 17.- Casa de Tamagüelos
- 18.- Casa de Juan Pablo Martín
- 19.- Casa de La Fuente
- 20.- Casa de Mourazos
- 21.- Casa de Boca



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

La Biervenida

Sucede la noche del diecinueve de Noviembre

Donde se cuece: Castillo de Monterrey

Quienes lo guisan: Conde Manuel de Acevedo y Zúñiga
Capitán de Dragones Alfonso de Viana
Conde Sancho de Ulloa
Conde Bernardo de Fonseca
Tomás de Fonseca
Sr. La Fuente, alcalde de Verín
Sr. Maceda, Comandante de la Zona
Enrique de Laza, párroco de Santa María la Mayor
Juan de Ulloa
Mariana de Ulloa
Monseñor Juan Pedro Amelio.
Pascual

Tras el lamentable altercado en los bosques y su posible visita al campamento gitano, los Actores sea como sea lograrán llegar a salvo a la ciudad de Verín, la misma noche del día diecinueve de Noviembre. Una vez se encuentren en sus calles, los viandantes a los que pregunten no tendrán ningún inconveniente en indicarles la dirección donde se encuentra el Castillo de la familia de Acevedo a las afueras de la ciudad.

Si se han retrasado debido a su visita al campamento gitano, el Capitán Alfonso de Viana habrá organizado por orden del Conde de Acevedo una partida de búsqueda. Está visiblemente preocupado y será él quien les dirija al Castillo de Monterrei, hacienda de los Acevedo.

Cuando llamen a la puerta visiblemente empapados, les recibirá Pascual, el Mayordomo, quien les llevará en primer lugar a un recibidor donde podrán cambiarse de ropa y asearse, para finalmente dirigirles a un gran salón con chimenea donde les aguarda Conde Manuel de Acevedo.

Junto al Conde Manuel de Acevedo están presentes algunos amigos como el Conde Sancho de Ulloa, el Sr. La Fuente, el Comandante Sr. Maceda, el Conde Bernardo de Fonseca, su hijo Tomás de Fonseca y el párroco de la ciudad Enrique de Laza.

El Conde Manuel de Acevedo les pondrá en antecedentes:

"Desde hace ya varios meses, los habitantes del Concejo de Verín han estado desapareciendo, uno a uno y en pequeños grupos, sin ningún tipo de posible conexión entre ellos. Al principio pensábamos que estábamos siendo invadidos por una manada de lobos o algún otro tipo de criaturas salvajes de los

Por lago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

bosques cercanos, pero conforme iban llegando nuevas noticias llegamos a la conclusión de que estos ataques no es obra de simples animales. En nuestra opinión, el culpable es una Bestia de enormes dimensiones, cuya madriguera posiblemente se encuentre en el oscuro, maligno y tenebroso Bosque de Verín. Estoy orgulloso, y creo que hablo de todos los nobles de la ciudad, de que Su Majestad haya mandado a sus mejores hombres a solucionarlo. Solo, desearles suerte en su cometido. "

El Conde Manuel de Acevedo aceptará una breve sesión de preguntas y respuestas si los Actores lo desean, pero sólo hay algunos hechos que sepa realmente o desee contar.

Tras las presentaciones formales y siempre dependiendo de las preguntas de los Actores, que el Conde evitará de momento, les invitará a un opulento banquete de bienvenida y terminará de presentarles al resto de aristócratas de la zona, entre los que se encuentra Juan de Ulloa, su bellísima hermana soltera Mariana de Ulloa, el Capitán Alfonso de Viana de los Dragones de Verín y el obispo de Orense, Monseñor Juan Pedro Amelio.

La cena será opípara y excelente, los Actores podrán dialogar con los demás comensales y el ambiente estará en todo momento bastante tenso y enrarecido. Durante la velada el Conde Sancho de Ulloa y el Conde Bernardo de Fonseca no dejarán de intercambiar sutiles puñaladas, mientras que el Obispo Juan Pedro Amelio se dedicará a observar a Mariana con mirada de adoración y lascivia. El Conde Manuel de Acevedo permanecerá en todo momento a la escucha e intentará bajar los humos de sus comensales cuando la cosa se ponga turbia. El sacerdote Enrique de Laza no cesará de susurrar cosas al oído del Conde Sancho de Ulloa tapándose la boca con las manos para evitar en todo momento que puedan leerle los labios. El Capitán Alfonso de Viana no hablará en toda la cena pero estará sumamente atento a todo lo que se diga o haga.

El momento álgido de la reunión será cuando Tomás de Fonseca intente mostrarle a Mariana lo bella que está esta noche mediante un espejo de mano, cosa que Juan de Ulloa evitará cogiendo violentamente el brazo de Tomás y diciendo que la modestia de Mariana le impide hacer tal cosa. Tal hecho posiblemente hará plantear a los Actores el patente distanciamiento entre ambos nobles.

Esta reunión debe servir, entre otras cosas, para que alguno de los Actores se sienta atraído por la belleza de Mariana y sobre todo para que los Actores sientan más simpatía por el Conde de Fonseca, y empiecen a menospreciar al Conde de Ulloa. Tras una interesante charla, será precisamente el Conde de Fonseca o incluso su hijo Tomás, como muestra de buena voluntad quienes les inviten a hospedarse en su residencia en las afueras de la ciudad y así poder continuar la charla "más tranquilamente". Como gancho puedes usar que Tomás de Fonseca es un buen conocedor de la provincia y puede ayudarles en su labor a la hora de moverse por la misma. Si rehúsan la invitación, al menos la primera noche pues deben saber que debido a la etiqueta debieran hospedarse en el castillo del Conde de Acevedo.

Nota del Cronista: *Si los Actores no recuerdan nada, conviene dejarles caer el dato sobre el "libro" que posee el Conde Bernardo de Fonseca y que bien pudieran hacerse con el mismo si se alojan en su Hacienda.*





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

En Casa del Conde de Fonseca

Sucede la noche del diecinueve de Noviembre

Donde se cuece: Hacienda del Conde de Fonseca

Quienes lo guisan: Conde Bernardo de Fonseca
Tomás de Fonseca

Una vez concluya la cena y si acceden ir a la propiedad del Conde de Fonseca, este les llevará en su carruaje hasta su hacienda. Los Actores verán que salen de la aldea y a unos dos kilómetros se desviarán por un camino en dirección hacia Ábades hasta acabar en una hacienda bastante grande rodeada con un muro de piedra de unos tres metros de alto. Una hayedo conduce a la puerta de una gran mansión de aspecto siniestro donde en la puerta estarán la servidumbre del esperándoles. Estos se ocuparán de los enseres de los Actores mientras el Conde de Fonseca les invitará a pasar dentro y disfrutar de una copa de vino antes de acostarse.

Una vez dentro se acomodaran en un lujoso salón donde arde un gran fuego en la chimenea, mientras el Conde de Fonseca volverá a pedir disculpas por el incidente en casa del Conde de Ulloa, diciéndoles que espera que este sea un nuevo comienzo para todos.

Si preguntan acerca de la tensión entre los Ulloa y los Fonseca, Bernardo comentará en el tono más afable y conciliador posible:

"Viene de lejos. A mi parecer la familia Ulloa lleva años actuando deshonrosa y maliciosamente, realizando actividades al margen de la ley... Por todos es conocido sus antecedentes familiares. Y es más, me atrevo a decir incluso, que ellos son los culpables de que en Verín exista tanta delincuencia. Y puedo asegurar que financian de alguna forma a los nómadas portugueses. Antaño los denuncie a las autoridades acerca de estos delitos, pero al no poderlo demostrar en el Juicio, quedaron libres sin cargos. Desde entonces nuestras familias se odian... Si quiere un consejo, manténganse lejos de ellos o caerán bajo sus redes..."



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Cuando los Actores comenten sus intenciones para actuar en el Concejo, el joven Tomás de Fonseca se ofrecerá como voluntario para ayudarles a capturar la Bestia, argumentando ser un gran conocedor de la zona de Verín. Sin duda alguna, Tomás será de gran ayuda para los Actores pues el muchacho podrá orientarles por la provincia, y podrá contarles rumores y acontecimientos acerca de la mayoría de personalidades de Verín. Sin embargo, en ocasiones, podrá ser un estorbo que deberán solucionar los Actores sin herir sus sentimientos.

Debe ser notorio que la familia Fonseca hace todo lo posible para que sus huéspedes estén cómodos y no precisen de nada.

Si observan desde la ventana, podrán ver como en el jardín habrá siempre dos criados, uno de ellos sostiene a unos enormes perros de aspecto temible que no paran de ladrar y gruñir, mas cuando la noche es oscura y la niebla parece que crece y espesa con demasiada rapidez. La visibilidad en el exterior de la mansión es de apenas unos cinco metros.

El Asesino

Sucede el diecinueve de Noviembre o el primer día que se hospeden con los Fonseca

Por la noche, cuando los Actores estén durmiendo plácidamente, recibirán una traicionera visita en su habitación. Una figura embozada subirá ágilmente por las murallas de la hacienda sorteando a los guardias y perros, introduciéndose sigilosamente por una de las ventanas que dan a los pasillos de los dormitorios. En silencio se colará en la habitación de alguno de los Actores forzando hábilmente la puerta y confiando extremadamente en sus cualidades para no ser detectado asesinar a alguno de los Actores. Se trata de Juan Xobrelluna que ha venido a eliminar a los posibles testigos, siguiendo las instrucciones que le ha encomendado Enrique de Laza.

El asesino no dudará en abandonar sus intenciones si cree que se han percatado de su presencia, tirándose por la ventana y saltando por encima del muro de la hacienda, pues lo conoce bien y sabe por dónde es más factible, desapareciendo sin dejar rastro alguno en pocos segundos.



El Gran Cazador

Sucede el día veinte de Noviembre

Donde se cuece: Concejo de Verín

Quienes lo guisan: Danielo

Habita en Feces de Abaixo, muy cerca de la frontera con Portugal, un viejo noble llamado Danielo cuya reputación como cazador de lobos es grande: asegura que a lo largo de su vida ha cazado mil doscientos setenta lobos. Las hazañas de la Bestia del Bosque de Verín le quitan el sueño. Danielo decidió emprender el viaje a Madrid, consiguiendo presentarse ante el Rey y le ofreció sus servicios, que fueron aceptados. Juró a su Majestad que mataría a la Bestia y que la traería a Madrid disecada para que todos los Señores de la Corte fuesen testigos de su triunfo. El Monarca le deseó buena caza prometiéndole una gran recompensa y Danielo se puso en marcha.

Por lago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Unas semanas después llega a Verín con seis perros enormes. Para no fatigar a sus perros viaja sin correr prisa, de ahí que tardarán más de lo habitual en llegar, lo que la Bestia aprovechará para aumentar su número de víctimas.

Teniendo Verín como cuartel general, Danielo comenzará sus preparativos con una fría lentitud: quiere estudiar cuidadosamente la insólita presa que se prepara a cazar. Al verlo tan metódico, los aldeanos se consumirán de impaciencia. Empezarán a recuperar la confianza perdida con el anuncio de este hombre providencial enviado por el Monarca y no dudan que al primer disparo los librarán de la Bestia. Pero Danielo no tendrá prisa alguna, tiene decidido explorar detenidamente la región, recoger aquí y allá los rastros de la fiera. De ahí concluirá: "No es nada fácil matar a esta Bestia."

Sin embargo, Danielo muy tranquilo pretende actuar sin rivales y el Capitán Alfonso de Viana se obstinará en no abandonar el lugar... Finalmente el Capitán Alfonso de Viana se retirará con sus soldados y abandonará la caza, muy contrariado por haber cedido ante su adversario. Ahora nadie duda que teniendo el terreno libre, el temible cazador de lobos acabará con la Bestia.

Desgraciadamente se equivocan, Danielo se queja constantemente de estar mal secundado: los campesinos se burlarán de él diciendo que es incapaz de matar a un simple conejo. Los ánimos se crisparán, incluso el tono de la correspondencia oficial se tornará áspero y se le reprochará a Danielo cuidar demasiado sus pasos, su honor y sus perros.

***Nota del Cronista:** Finalmente será relevado por Vilariño o si lo prefiere el Cronista, muerto violentamente a manos de la Bestia del Bosque de Verín.*



La Bestia ataca de nuevo

Sucede el día veinte de Noviembre

Donde se cuece: *Alrededores de Verín*

Quienes lo guisan: *Aldeanos de Verín*
 Cadáver de Heriberto Roca

Horas antes de la llegada de nuestros Actores a la ciudad de Verín, un trampero de nombre Heriberto Roca es atacado por la Bestia del Bosque de Verín, resultando salvajemente destripado en los bosques cercanos al oeste de Verín. De esto se enterarán los Actores una vez se levanten para acudir al desayuno y esto es lo que les ofrecerá el Concejo de Verín en estas fechas.

Por Iago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Si los Actores van al campo de cultivo dónde se encontró el cadáver, estará Felipe “Mano de Dios”, quien encontró a Heriberto y podrán obtener alguna pista acerca de la naturaleza de la Bestia. Detalles como el tamaño de sus mandíbulas y garras, por las heridas que muestra el destrozado cadáver e incluso si registran a conciencia la zona obtendrán diversas pistas: una extraña y misteriosa pieza metálica algo oxidada que pudiera ser una parte de una armadura bastante tosca y antigua. También hay un trozo de tela de color burdeos y cualquiera que siga las tendencias de la moda podrá saber que ese color lleva varios años sin estar de moda y por último un botón de una casaca.

Un vistazo del cadáver revelará que fue asesinado por enormes garrazos y que muestra señales de mordiscos de tamaño considerable... Hay dos detalles de suma importancia: el primero es que el cadáver tiene una enorme herida de garra (de cuatro “dedos”) que cruza su espalda lo que indica que la Bestia es enorme, bastante más grande que su víctima y en segundo lugar, que la Bestia no se ha saciado con el cadáver pues no está devorado y hace evidente que no mata para satisfacer su hambre o comer, que lo hace por placer.

Nota del Cronista: El trozo de metal es del peto de armadura que lleva Jesús de Tamaquuelos con asiduidad, la tela es parte de su casaca y el botón igualmente. Si alguno de los Actores se preocupa de limpiar el botón, descubrirá el blasón de la Orden de Alcantara y si preguntan adecuadamente en la posada les indicarán que conocen a un Caballero de dicha Orden: Jesús de Tamaquuelos. Pero por el momento estará desaparecido.

Si preguntan a las personas que han tenido la fortuna de salir con vida del encuentro con la Bestia podrán escuchar la siguiente “descripción”:

“Es mucho más grande que un lobo, casi tan grande como una vaca y con una cabeza enorme. Su nariz es larga, puntiaguda y de un color rojizo. Tiene orejas cortas y los dientes muy grandes. El pelaje es oscuro y corto. El pecho es grisáceo y a lo largo de su lomo tiene una gran mata de pelo. Las patas tienen garras tan afiladas como navajas y la cola es tan espesa como la de un lobo. Además es muy ágil y sumamente fuerte. Ha sido vista, según testimonios de varias personas, en puntos muy equidistantes en un mismo día. Un pastor que la vio, declaró que podía ponerse de pie sobre sus patas traseras, como los osos, y podía sostener en el aire entre sus garras a una oveja adulta. Los perros huyen aterrorizados cuando la misma está cerca, como la mayoría de los animales que se dan cuenta de su presencia.”

De sus interrogatorios y los testimonios de los aldeanos, los Actores obtendrán una serie de informaciones no excesivamente detalladas de todas las víctimas de la Bestia de Verín durante el último

La locura de Tamaquuelos

Sucede el diecinueve de Noviembre y se descubre el veinte del mismo

Cuando la fiesta de bienvenida a los Actores termine en el Castillo de Monterrei, el primogénito de los Ulloa acechará en los alrededores de la Posada de las Siete Cruces a la espera de que alguien salga.

La desgracia es de Jesús de Tamaquuelos, a quien Ulloa coge desprevenido y lo deja inconsciente para llevarlo al Templo del Lobo, donde realiza el Ritual para convertir a Tamaquuelos en un “lobisome” y aterrorice el Concejo.

Y así es como el “monstruo” encuentra al trampero Heriberto Roca dormido en el bosque y allí lo mata. Luego escapa hasta que llegado casi el amanecer recobra su voluntad y solicita la ayuda de Juan de Rama – Cancela. Este le ata y encierra en el sótano de su posada a la espera de averiguar lo que sucede realmente.

Destacar que no lo entrega a las autoridades pues el posadero sospecha que hay más de lo que se observa y es una gran oportunidad de saber un poco de lo que realmente sucede en el Concejo de Verín.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

año., pero que hasta este momento nadie se ha preocupado de realizar, ni siquiera el Capitán Alfonso de Viana. Llegados a este punto el Cronista puede entregarles el documento "Antecedentes" a los Actores. El número de víctimas, entre muertes y heridos, asciende a cerca de sesenta.



El Bosque de Verín

Sucedé a partir del día veinte de Noviembre en adelante

Es un bosque poco transitado y el camino que conduce al Bosque de Verín avanza por un terreno herboso durante casi dos kilómetros antes de entrar en el propio bosque, siendo este camino lo bastante ancho como para que pasen dos carros uno al lado del otro.

Esta ligeramente habitado en sus lindes, por pequeñas poblaciones de leñadores, pero muy pocos se aventuran en sus profundidades. El bosque se vuelve más denso y profundo a medida que se adentra en él, además, ni siquiera la zona más al oeste ha sido despojada de su verdor por las operaciones de tala. Los leñadores han tenido mucho cuidado de no estropear el entorno, e incluso han plantado otros árboles jóvenes, que terminarán creciendo para reemplazar los árboles talados.

Este asentamiento de leñadores en sus lindes viven en precarias condiciones puesto que las manadas de lobos y algunos osos que habitan el bosque los asaltan con frecuencia.

Antiguamente había una abadía de monjes jesuitas pero abandonaron el lugar ante la imposibilidad de cultivar nada, los peligros del propio bosque para moverse por el mismo y una mala época en la que los portugueses cruzaban la frontera para rapiñar en el territorio gallego.

El Poblado de Leñadores

Atrás quedó el denso bosque de coníferas y ahora la vegetación es algo más dispersa que en las zonas inferiores. Los leñadores hacen guardías en la entrada del campamento pues no se fían de nadie y menos si es forastero, dejándoles entrar si son convencidos de ello.

Dentro del recinto se alza una cantidad considerable de chozas hechas de ramas y troncos atados con cuerdas. Destaca una estructura de troncos destrozados entre dos rocas enormes y que fue la cabaña de Honorio antes de que la destruyera la Bestia. Este fue el primer hombre que murió de entre el grupo de los leñadores, pues viendo que la madera apenas proporcionaba beneficios y recordando las historias que le narraba su abuelo sobre una mina en el centro del bosque, se fue en busca de oro a las montañas del interior. Recriminó a todos la falta de valor y que sus familias morirían de hambre por su cobardía. Nadie volvió a verlo con vida y su cadáver fue encontrado boca abajo, destrozado y ensangrentado en el riachuelo cercano a su campamento.

Todos los hombres del poblado son leñadores y algunos de ellos acompañados por sus hijos. Los leñadores parecen pesarosos pues la madera que sacan no compensa el miedo que sufren. Los hombres que hay dentro de la empalizada son los supervivientes de los cincuenta y dos leñadores que vinieron de la aldea y sólo quedan veintisiete.

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



A unos tres kilómetros al norte del borde del bosque, el sendero termina bruscamente. Esto señala el punto más lejos en el que los hombres han talado árboles. A partir de ahí no hay camino y se debe avanzar cada cual por sus propios medios. Se debe abrir camino entre densa maleza y árboles de tamaño mediano a grande, separados unos de otros entre dos y tres metros. La lluvia es muy frecuente y abundante en la zona, así que el bosque está siempre húmedo y el musgo crece fuerte en los árboles.

El bosque es el hogar de muchas clases de animales, desde ardillas hasta grandes ciervos, pero es fácil darse cuenta, sin embargo, de que no hay casi animales grandes, lo cual se debe, a la acción de los depredadores del Bosque de Verín, en particular, sus lobos.

Al principio los campamentos estaban bastante lejos unos de otros pues cada uno asentó su cabaña donde le pareció bien y empezaron a desaparecer o morir uno tras otro. La Bestia sólo ataca por la noche y nadie que la haya visto ha sobrevivido para contarla, pues además las pocas huellas que se han encontrado no son de animal y tampoco son de hombre... ¡Es algo entre uno y otro! ¡Un demonio!

Desde que se agruparon tras la empalizada los ataques han cesado aunque la Bestia todavía ronda el campamento y se la puede escuchar moverse en la oscuridad. Pero no se muestra a la luz de las hogueras que iluminan por la noche el perímetro y aunque se sabe que muchas veces pudiera entrar, parece que se nutre con saber del miedo que provoca sentir su aliento, escuchar sus pisadas...



La Abadía en Ruinas

Sucede a partir del día veinte de Noviembre en adelante

El Campamento Portugués

Los portugueses tienen su campamento cerca de la montaña solitaria y se les ha visto ocasionalmente en compañía de perros asilvestrados y lobos. Son muy peligrosos y suelen hacer guardia para que nadie se acerque a su campamento y por extensión, a la montaña solitaria de donde extraen el oro. Carlos Fado es severamente estricto en estos puntos y no se relajan en la vigilancia.

El rastro de la Bestia del Bosque de Verín no es fácil de seguir por el bosque, debido a que las huellas desaparecen rápidamente en el suelo húmedo. Ya sea por el ambiente húmedo habitual o en estos momentos por la caída continua de nieve que tapa cualquier posible rastro, pero si los Actores rastrearán con éxito llegarían a unas antiguas ruinas de la Abadía de la Compañía Jesús en el centro del Bosque y si buscan con detenimiento, podrán encontrar una entrada oculta hacia unos subterráneos bajo la abadía que conducen al "Templo del Lobo".

El Templo del Lobo

El Templo del Lobo es en realidad un lugar sagrado construido en la antigüedad por los celtas y con la caída de estos por el ejército romano, cayó en el olvido... Hasta que por casualidad lo descubrió Juan de Ulloa, que es donde descubrió la manera de realizar el Ritual que le transformaría en lobisome y

Por Iago

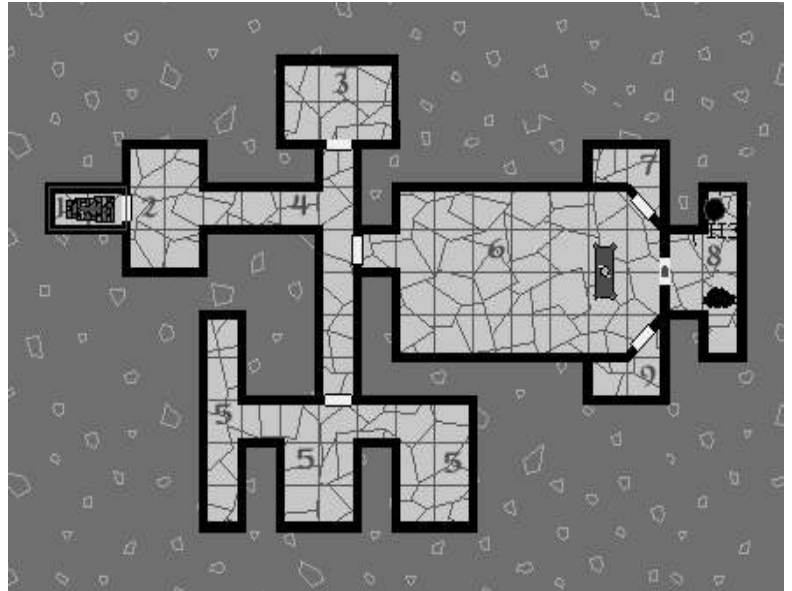


LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

lo utiliza para las reuniones de la Hermandad del Lobo. Ningún nombre más adecuado para la Hermandad, una vez sabido que ahora él es casi mas lobo que hombre y la adoración del lobo ha tenido lugar aquí durante siglos en el más absoluto secreto.

Escaleras (1): Si logran abrir la trampilla, en el interior del edificio podrán encontrar unas escaleras que bajan con una barandilla desvencijada por el paso del tiempo. Son de piedra muy desgastada por la erosión de la humedad y están llenas de musgo muy resbaladizo por lo que es dificultoso bajar.

Antecámara (2): Esta sala tiene una entrada en forma de arcada y cuatro columnas. La luz ilumina esta estancia filtrándose por un agujero en el techo, y esto les permite ver en cada una de las esquinas, estatuas de lobisomes en actitud desafiante.



Cámara de Adoración (3): La sala está completamente llena de cráneos de lobos en las paredes, constituyendo los mismos cráneos la pared.

Pasillo con Trampa (4): Cuando uno de los Actores pise una determinada piedra en el suelo de esta zona se activará una trampa que no funciona hace ya mucho tiempo, pues la cuchilla que debiera salir de la pared esta "atada" por el musgo y ramas que han crecido con el paso del tiempo.

Nichos (5): Esta es una estancia sin luz en forma alargada. Hay un olor bastante nauseabundo y desagradable y con algo de iluminación verán ocho filas de nichos y todos cerrados con pesadas losas. Aquí se encuentran los cadáveres de las víctimas de Juan de Ulloa, pues primero los convierte en "bestias" pero después los da caza pues no desea que nadie vea al monstruo. Aquí está Carlota, la hija de Xuxa, Felipe "Mano de Dios" y muchos más...

Sala de Reunión (6): Este inmenso salón de unos setenta metros cuadrados con el techo en bóveda y las paredes llenas de bajorrelieves de figuras extrañas, se encuentra iluminado por una gran lámpara en el techo. En el lado norte hay un gran altar y una gran puerta de roble.

Biblioteca (7): Es una sala triangular, con dos estanterías repletas de libros sobre Ocultismo e Historia escritos su mayoría en latín e incluso algún idioma mucho más antiguo y olvidado. En la Biblioteca se encuentran los dos Hechizos que conoce Ulloa para realizar sus Rituales: "Maldición de Lobisome" y "Metamorfosis".

Foso (8): Se accede a esta estancia a través de una puerta tras el altar y en esta habitación puede verse un foso de dos metros de ancho. Está totalmente oscuro y completamente inundado de agua. Una de las bocas llevará hasta el bosque y la otra cavidad llevará hasta otro pozo en la mina de oro.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Bóveda del Tesoro (9): Esta estancia triangular se guardan los objetos que veneraban los celtas, así como las túnicas y máscaras con las fauces de lobo que usan la Hermandad del Lobo. Además podrán encontrar una gran cantidad de sacos de oro, que podrían tener un valor cercano a los mil ducados.



El Funeral

Sucede la mañana del día veintiuno de Noviembre

Donde se cuece: Cementerio de Verín

Quienes lo guisan: Enrique de Laza
Un nutrido número de vecinos de Verín

Al día siguiente, los Actores podrán observar que los vecinos acuden a la Iglesia y esto puede llamar su atención. Una procesión fúnebre está sucediendo a pesar del cielo amenazador. Hasta que el funeral no finaliza, cada negocio y establecimiento en el pueblo deja sus puertas cerradas con carteles en sus ventanas que rezan "Cerrado por Funeral" y "Fui a la Iglesia". Cada casa o establecimiento de Verín se encontrará cerrado.

Si los Actores esperan en el frente de uno de los comercios hasta que el funeral termine, verán desde lejos como un grupo de personas siguen a un carro hacia el cementerio. Después de aproximadamente media hora, la muchedumbre reaparece y los negocios abren.

Si los Actores deciden aproximarse al Camposanto para observar más de cerca, los aldeanos con caras solemnes los miran con desconfianza, pero nadie dice una sola palabra. Los habitantes de Verín vuelven pronto su atención al párroco Enrique de Laza detenido sobre un ataúd envuelto en pesadas cadenas. El sacerdote habla con voz profunda y resonante a lo largo del Camposanto, como si de un lamento se tratase:

El Cementerio

El cementerio de la ciudad de Verín se ubica sobre una pequeña elevación que domina la ciudad, en lo alto de una colina llamada "Colina del Cementerio" por los aldeanos, cerca de la Iglesia. Una pared de piedra de tres metros de alto rodea por completo el camposanto, y una puerta de hierro en el lado sur provee el acceso. El cementerio está bien cuidado y abierto al público, que puede acceder cómodamente por un único sendero que lleva hasta la puerta.

La zona de las sepulturas se delimita por una verja de hierro fundido, instalada el 20 de agosto de 1.620 por el Conde Manuel de Acevedo, como consta en una inscripción grabada.

Si los Actores visitan cementerio durante el día, caminarán libremente entre las tumbas. A causa de la alta tasa de agua (hay que recordar que en esta región llueve bastante) los cuerpos son enterrados en nichos sobre la tierra. En vez de lápidas, el cementerio está lleno de nichos y mausoleos. El cementerio también tiene varias docenas de nichos amontonados, fuera de los edificios, proveyendo un entierro razonable para los ciudadanos comunes o plebeyos.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

"Amigos y familiares, nos lamentamos por la temprana muerte de Heriberto Roca. Tenemos que confortarnos ya que de hecho ha ido a un lugar mejor y recemos porque su eterno descanso sea con calma y sin incidentes. Heriberto, serás extrañado, pero no serás bienvenido otra vez aquí. Parte de este mundo terrenal y ve al Cielo con nuestras bendiciones."

Si los Actores simplemente observan, el sacerdote dirige la mula de tiro colina arriba hacia el cementerio y la muchedumbre lo sigue en silencio. En el umbral, Vicente, el cuidador del cementerio, recibe el carruaje y conduce la procesión hacia una bóveda abierta, donde los asistentes deslizan el ataúd adentro y rápidamente sellan la bóveda. Sin decir palabra, la multitud vuelve a la villa.

Las últimas víctimas de la Bestia de Bosque de Verín se encuentran enterradas en nichos adyacentes, excepto aquellas que por su condición social se hayan enterrado en mausoleos.

Si los Actores deciden investigar los nichos de las víctimas de Bosque de Verín:

Cuando los Actores visitan el cementerio para investigar los nichos de las víctimas de la Bestia de Bosque de Verín, y lo normal es que sea de noche, el cielo está muy nublado. No pasará demasiado tiempo cuando una ligera niebla comenzará a cubrir el suelo y espesará de una forma tan lenta que apenas se nota. Parece que con la llegada de la noche la niebla hace su aparición frecuentemente en este tétrico lugar.

En su investigación de la zona, los Actores pueden encontrar en el cementerio los nichos de muchas de las víctimas de la Bestia de Bosque de Verín. Si tienen la valentía o desfachatez de abrírlos, en su mayoría encontrarán ataúdes vacíos con bastantes arañazos desde el interior, como si hubieran luchado para salir. Pero cabe preguntarse, si tienen arañazos y están vacíos ¿Por qué están vacíos y no están destrozados si escaparon desde dentro?

Los nichos que contienen aquellos que murieron recientemente han sido sellados y cerrados, pues el párroco Enrique de Laza "sabe" con certeza que se convertirán en hombres-lobo.

Durante el día, Vicente, el cuidador y enterrador, podrá ser encontrado fácilmente en el cementerio. Si los Actores lo convencen para hablar amigablemente acerca de la familia de Acevedo, comentará que tienen el mausoleo más grande y que gracias a sus donaciones se puede mantener el cementerio. Si le preguntan sobre la familia Ulloa dirá que se trata de una familia respetable y asumirá que la familia Ulloa tiene su propio cementerio o mausoleo, pues ninguno de la familia ha sido enterrado en el cementerio, al menos mientras él está a cargo y de eso hace más de treinta años.

Si los Actores buscan huellas en la zona podrán apreciar pisadas en el barro seco de una criatura mucho más grande que un lobo pues por la profundidad de las huellas pesa alrededor de 90 kilos. Pero es claro que no son las huellas de un lobo... De hecho, son una mezcla extraña entre huellas de lobo y las de un hombre. Estas pisadas llevan desde el sureste del cementerio hasta las calles de Verín y fueron dejadas por la Bestia del Bosque de Verín salió llevándose a los cadáveres de sus "víctimas" para crear mas estado de pánico en las gentes.

Como es lógico, Juan de Ulloa los saca de su lugar de descanso, arañar por dentro el ataúd y así provocar más pánico en los aldeanos, pero destacar que Ulloa los desentierra por dicho motivo, pues las verdaderas Bestias son cazadas y enterradas por el mismo en el Templo del Lobo.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Después de un tiempo de búsqueda, los Actores se percatarán de que la niebla ha cubierto la totalidad del cementerio y que únicamente pueden ver a pocos metros de distancia. La niebla y una humedad fría cubren el cementerio. Sonidos lejanos como el aullido de un lobo, las ruedas de un carro que crujen en el camino y voces apagadas se amplifican en la niebla. Todo suena como si estuviera al lado de los Actores, pero no lo sabrán con certeza con este nefasto clima. Ésta es una excelente oportunidad para que el Cronista asuste a los Actores.

Cuando los Actores abandonen el cementerio para volver a Verín o donde quiera que vayan, podrán encontrar la cabaña de Xuxa o la cercana Iglesia de Santa María la Mayor y ambas zonas se describen más adelante.

La Cabaña de Xuxa

En las cercanías del cementerio vive en una pequeña y extraña cabaña una misteriosa anciana conocida popularmente como Xuxa. Está terriblemente atemorizada por los acontecimientos recientes y se niega a tratar con cualquiera: aldeanos y extranjeros por igual. Ha levantado barricadas y empalizadas alrededor de su cabaña y adornado las puertas y ventanas con decenas de símbolos sagrados.

Nadie sabe exactamente cómo definir a la anciana Xuxa y han especulado que es una bruja, una religiosa, tal vez una alquimista o una sanadora. La verdad es que Xuxa es una sanadora cuya habilidad con las plantas, animales y minerales le permiten preparar pociones y fabricar ungüentos.

Xuxa vende hierbas, incluidos ajo, belladona y acónito, por pocos Reales y sus servicios de sanadora no cuestan muchos Reales para los aldeanos del Concejo, los cuales sienten gran cariño por la anciana. Xuxa es testaruda y difícil de engañar. Los habitantes confían en ella y sus pociones, y los hombres, campesinos y pastores de los alrededores se aseguran de que nadie la avasalle o le haga daño.

A veces, Xuxa asegura que puede oír la llamada desesperada de su hija Carlota. Si los Actores convencen a Xuxa de hablar con ella, dirá que bestias endemoniadas han estado hurgando en el cementerio cada noche, es por ello las empalizadas alrededor de su hogar. No sabe que Juan de Ulloa maldijo a su hija transformándola en "lobisome" y que nunca volvió a casa desde su trabajo en la hacienda Ulloa. Obviamente después de dejarla crear pánico entre los aldeanos, el primogénito de los Ulloa la rastreó y cazó. Ahora está muerta y enterrada en los nichos bajo el Templo del Lobo.

Si los Actores han escuchado el rumor de que el Conde Manuel de Acevedo y Monseñor Juan Pedro Amelio dirigen una red de tráfico de reliquias celtas y romanas, podrán pensar que los intercambios o el almacenamiento de las reliquias se producen en el cementerio, ya que resulta sumamente sospechoso que haya una extraña actividad nocturna. Pero mala suerte, no es aquí donde se producen estos tan "gratificantes" negocios.





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

La Iglesia

La Iglesia Parroquial de Santa María la Mayor se abre todos los días del año, permaneciendo abierta ininterrumpidamente, desde poco después del amanecer hasta el anochecer y todos los días se celebra el Santo Oficio, tanto por la mañana como por la tarde, así todo el mundo puede acudir a su cita con el Señor.

Enrique de Laza es el párroco de Verín y lo es desde hace treinta y cinco años, teniendo su residencia en el edificio adyacente pero últimamente permanece bastante tiempo en la sacristía de la iglesia y en la mansión Ulloa.

Si es convencido, el sacerdote describirá los recientes sucesos en la ciudad. Contará que los ciudadanos han estado muriendo súbitamente, incluso aquellos que parecían fuertes y saludables no han podido resistir los ataques de la Bestia del Bosque de Verín. Echará en todo momento las culpas a los Lobos Negros y otras criaturas endemoniadas del maligno Bosque y aducirá que es consciente, junto con Vicente, el cuidador del Cementerio, de que bestias endemoniadas rondan por el mismo por la noche.

La primera de esas muertes, hace seis meses, fue la de un campesino llamado Julio Blanco. Días después de ser enterrado, Julio Blanco se levanto como un “lobisome” pues había arañazos en la caja y el lugar parecía excavado desde dentro. Obviamente el cadáver no estaba y es por esto que ahora siempre sella los ataúdes de los recientes muertos por si acaso.

No dirá absolutamente nada relevante a los Actores sobre la familia Ulloa en su primer encuentro y menos todavía si alguien de la familia de Fonseca está con ellos. Es evidente que las familias se odian y Enrique sabiamente no quiere entrometerse en la disputa.

Actualmente está sumamente preocupado porque le han llegado a sus oídos rumores de que la Inquisición está investigando en el Concejo de Verín, y piensa que él puede ser el objetivo de las mismas, aunque no lo dirá públicamente. Para desviar la atención de los Actores acusará a Monseñor Juan Pedro Amelio, su Obispo, de tener negocios ilegales y que supone sea tráfico de reliquias celtas y romanas con el Conde Manuel de Acevedo, pro lo susurrará en todo momento amable y afable e intentará ganarse la plena confianza de los Actores. Sí que es cierto que tanto el Obispo Amelio como el Conde de Acevedo trafican con las reliquias antiguas pero es más cierto aun que es el propio Enrique de Laza quien se las proporciona, las mismas las extrae del Templo del Lobo y que junto a Juan de Ulloa ha dispuesto “ofrecérselas” al Obispo y al Conde para que se enriquezcan pues llegado el momento pudieran precisar un “oportuno” chantaje o bueno... ¡Lo que se precisase en el momento adecuado!

Si lo interrogan o intimidan con las cosas que han averiguado o si tratan de convencerlo mediante acciones subsecuentes que muestren que ayudan a la ciudad, Enrique de Laza explicará nerviosamente un poco más sobre la Bestia que asola el Concejo y cree que desde la llegada de los gitanos se inició la cadena de horrores y culpará a Emmanuelle y su magia de bruja de las desgracias que se ciernen sobre Verín.

Si los Actores se las arreglan para colarse en la Iglesia después de que el Párroco se haya marchado, no encontrarán nada más interesante en las estancias privadas que relaciones de impuestos y registros de propiedad a nombre de la Iglesia en Verín. La puerta de la sacristía está cerrada cuando se ausenta y dentro resalta un gran mapa del Concejo de Verín que cuelga de la pared. Habrá una mesa cubierta de informes, papeles y dentro de un cajón secreto, hay una carta escrita en código cifrado donde se responde desde Madrid a los informes mandados desde Verín acerca de la Conspiración en contra del Rey Felipe IV. También en la carta se menciona la posibilidad de una visita a la provincia por parte de la esposa del Rey y sugieren estudiar la posibilidad de acabar con la vida de la misma.

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



La carta en cuestión dirá lo siguiente y la firmará L.A. ¿Podría ser Luís de Alquezar?:

"En la Corte todo marcha como se pensó. La gente comienza a cuestionarse la incapacidad del impostor para acabar con el problema gallego. Seguimos con el plan tal y como indicasteis en la anterior misiva, expandiendo el rumor y captando aliados. Se rumorea una posible visita de la francesa a Galicia para calmar a los corderos. Seria admirable poder eliminarla. L.A."

HQODFRWHWRGRPDUFKDFRPRVHSHQVRQDQHQWHFRPLHQCDDFXHV
WLRQDUVHODLQFDSDFLGDGGHOLPRVWRUSDUDDDFDEDFRQHOSURE
OHPDJDQOJR VHIXLPRVFRQHOSODQWDOBFRPRQLQGLFDVWHLVHQODDQ
WHULRUPLVLYPDHASDQGLHQGRHOUXPRUBFDSWDQGRDOLDFR VVHUX
PRUHDXQDSRVLEOHYLVLVWDGHODIUQFHVDDJDOLFDSDFUDFDDOPDUO
RVFRUGHURVVHULDDGPLUDEOHSRGHUHOPLQDUOD O.D.

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A
C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B
D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C
E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D
F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E
G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F
H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G
I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H
J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I
K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J
L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K
M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L
N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N
P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O
Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P
R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q
S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R
T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S
U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T
V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U
W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V
X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W
Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X
Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y

El Código Vinégere

El Código en cuestión es muy sencillo de componer y no tan difícil de descubrir su funcionamiento, aunque eso sí, precisa de su tiempo para descubrirlo. Se debe atender tan solo a dos cuestiones y es saber que letra indica el mensaje codificado o encriptado en la parte superior (o en la lateral, da exactamente lo mismo) y después, sabiendo la letra por la que se sustituye, buscar la línea de correspondencia., es decir, donde se crucen.

Por ejemplo, supondremos que la letra A será la M, y por tanto la palabra:

GXXAM

Será la encriptación de:

ULLOA

Obviamente, si se tiene el cuadro de esta encriptación o de las letras que se van a cambiar o saltar para sustituir todo es mucho más sencillo y en este caso la combinación es la resultante de buscar la letra en la columna "D".





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

El Bricaró

Sucede entre los días veintiuno y veinticuatro de Noviembre

Donde se cuece: Verín

Quienes lo guisan: Dominico

Cuando los Actores se dejen conocer en Verín debido a sus indagaciones, advertirán la presencia de un pillo callejero llamado Dominico que los seguirá donde quiera que vayan y no se esconderá. Si le dejan "unirse" al grupo, cargará con todas sus pertenencias, lustrará sus botas, traerá cosas y se desvivirá en cualquier tarea que se le solicite. Si los Actores tratan de espantarlo lejos, el volverá. Nunca se dará por vencido pues no tiene absolutamente nada que perder.

Dominico tiene once años y desea poder escapar de Verín y de su miserable existencia aquí, pues es huérfano y no tiene nadie que le cuide o a quien cuidar él. La Bestia del Bosque de Verín mató a su padre hace tres meses y desde entonces vive mendigando en las calles.

Aunque no es de familia noble, Dominico es capaz de leer y mal escribir en castellano gracias a las enseñanzas de su padre. Seguirá a los Actores a cualquier parte incluso al Bosque de Verín. Ante todo desea vengar la muerte de su padre. Será en todo momento fiel y leal.

La Posada de las Siete Cruces

Esta confortable posada tiene habitaciones privadas y la dirige Juan de Rama-Cancela desde que se licenció de su servicio en Flandes y dicen que de ahí trae recuerdos por los que en ocasiones suele verse dándole de comer gratuitamente a algunas personas que están pasándolo especialmente mal. La sala común es el lugar de reunión preferido de los aldeanos del Concejo y pasan parte de su tarde cada día aquí. Por ello cualquiera de los rumores "Lo que dicen los aldeanos..." pueden oírse en las Siete Cruces.

Juan de Rama-Cancela y Ricardo Rasela son las fuentes más probables de esos rumores, mas sabiendo que Rama-Cancela es la vista y oídos de Gaspar de Bonifaz en esta zona. Tampoco es extraño encontrar aquí algunos informadores o miembros de la banda de salteadores de Gaspar de Acevedo. Es habitual los concursos de dardos, cartas, dados y bebedores de cerveza... En fin, un ambiente de alegría en una tierra ahora triste.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



La Superviviente

Sucedé el día veintidós de Noviembre

Donde se cuece: Verín
Tamagos

Quienes lo guisan: María Juana Valle
Aldeanos del Concejo de Verín

Al siguiente día, María Juana Valle, una criada del cura de Tamagos, herirá de muerte a la Bestia con un cuchillo cuando el monstruo se disponía a atacarla y ella cree que poca vida debía quedarle a la Bestia cuando se alejaba pues perdía mucha sangre y tenía el cuchillo clavado en el pecho.

Los lugareños comenzarán a creer que ese “animal” es un ser sobrenatural y la encarnación de la Bestia del Apocalipsis, cosa de lo que tendrá bastante culpa el clero y en especial, Enrique de Laza. Los aldeanos de Verín son crédulos y supersticiosos, pues además de rezar y encomendarse a Dios, muchos practican la magia o al menos eso piensan y emplean talismanes para protegerse. Creen que el diablo interviene continuamente en la vida de la gente, que se introduce en el cuerpo de algunas personas y que, en ocasiones, adopta la apariencia humana para poseer sexualmente a las personas.

Poco a poco, llegarán a culpar a los misteriosos gitanos de haber dejado escapar una fiera de sus circos y no pasará demasiado tiempo cuando les toque el turno a los incivilizados nómadas portugueses que acampan en el mismo bosque gallego o de haber hechizado o domado un animal para que causase esos daños.

Pero de todos los rumores, el que más fuerza cobra con el paso de los días, es el que

La Cárcel

La cárcel es parte del complejo de barracones de la guardia de la ciudad y aunque al principio pretendía ser un presidio, la naturaleza de los crímenes en el Concejo la transformó en algo sustancialmente diferente. Actualmente, sólo hay encarceladas tres tipos de persona: los primeros son los asesinos y ladrones que están esperando el traslado a una prisión fuera de Verín, los segundos son los morosos que no quieren pagar sus deudas como sirvientes y campesinos y los últimos son aquel pequeño porcentaje de la población demasiado peligroso como para dejarlos sueltos: los maníacos. La mayor parte de los crímenes en Verín son castigados con el látigo si son leves o con la horca si son graves y no tienen otros asuntos pendientes en la plaza del Ayuntamiento.

La cárcel es un sitio desidioso dirigido por matones y rufianes que bien pudieran ser ellos los encerrados. Sus débiles muros casi no pueden apagar los gritos de los que viven dentro de ella.

El ataque de la Bestia

Este “lobisome” no es otro que Felipe “Mano de Dios”, quien es maldito y dejado libre por Juan de Ulloa para que cometa sus atrocidades por el Concejo de Verín. Posteriormente y muy debilitado por la herida que le ha infringido María Juana, el “lobisome” es cazado por Ulloa y enterrado en el nicho del Templo del Lobo.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

acusa a Antonio Castillo, un joven de carácter asocial que vive aislado en los bosques desde los diecinueve años criando perros asilvestrados y otras animales que la mayoría considera alimañas.

Por supuesto, Juan de Ulloa se prodigará en público durante estos días y así desvincularse de cualquier tipo de sospecha, pues es consciente que su "carácter" afable atraerá la atención de muchos.

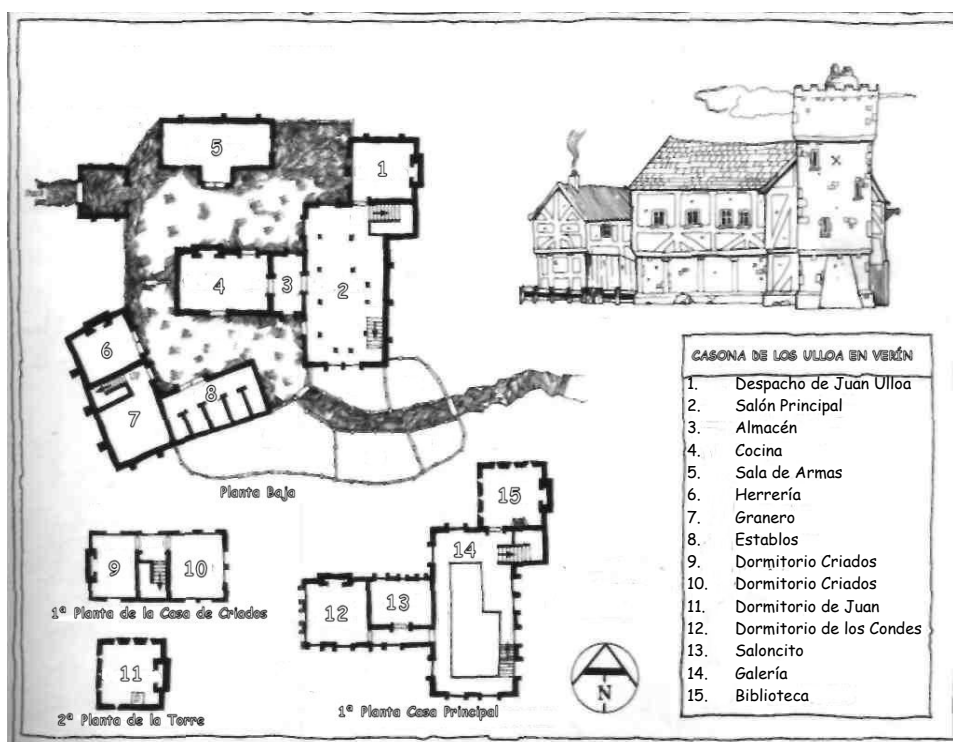
La Casa de Juan de Ulloa

Los Ulloa mantienen una hacienda en Cabreiroa y una casona en Verín de planta y piso con una torre añadida de un piso mas, siendo esta casona la residencia más habitual del primogénito de los Ulloa.

La casona de Verín está cerrada por completo con buenas cerraduras y pesadas cortinas cubren cada ventana que impiden ver una casa bien amueblada con caros aunque polvorientos muebles. Por lo general, si Juan de Ulloa está en la casa no contestará las llamadas a la puerta, simulando que no hay nadie en la casa y si los Actores se las arreglan para irrumpir mientras Juan está en casa, por lo general evitara a los Actores pues sabe donde esconderse. No atacara pero recordara esta trasgresión e ira tras los Actores.

Si los Actores consiguen registrar la casona, podrán encontrar un pequeño espacio oculto detrás de unos estantes de la biblioteca en el que hay una capa negra con capucha y una máscara de un lobo que es el atuendo de la Hermandad del Lobo.

Aunque lo realmente relevante de todo lo que hay en la casa es un recuento de lo que sucede en Verín y de las personas a las cuales ha "maldito" para conseguir aterrorizar al Concejo, además de llevar un exhaustivo control del oro que sale de la mina y se envía a la Villa y Corte. Pero sobre todo y lo más importante, un documento en el cual describe quienes son todos los miembros de la Hermandad del Lobo en Verín y su sospecha de que son un instrumento de algo mayor que desconoce pero que sabe que de seguir con el plan acordado con Enrique de Laza, acabará conociendo. Al menos en eso confía.





Las Cacerías

Sucedé entre los días veintitrés y veinticuatro de Noviembre

Donde se cuece: Concejo de Verín

Quienes lo guisan: Conde Manuel de Acevedo
Capitán Alfonso de Viana
Soldados de la zona
Juan de Ulloa
Mariana de Ulloa
Tomás de Fonseca
Un gran número de aldeanos del Concejo
Carlos Fado y alguno de sus hombres

Del veintitrés al veinticuatro de Noviembre, se efectuarán por orden del Conde Manuel de Acevedo, sendas cacerías. Inteligentemente encargará la dirección de las mismas al Conde Sancho de Ulloa, de esta forma, si algo sale mal tendrá a quien echarle las culpas y él saldrá ileso de las críticas.

Las cacerías serán una buena oportunidad para conocer en profundidad a los hijos del Conde Sancho de Ulloa: Juan y Mariana. El primero acudirá a dirigir las cacerías en nombre de su padre pues es ampliamente sabido, que es muchísimo mejor cazador que él y que la mayoría de la zona, y la hija del Conde acude a participar en ellas como buena jinete y como dama rebelde que es.

La Cacería del día veintitrés de Noviembre

El primer día de cacería será duro para alguno de los Actores, pues los portugueses provocarán un altercado con él, llegando si les es posible a las manos. Para llegar a esto le provocarán continuamente intentando ridiculizarle frente a los demás.

A la caída de la noche, el Conde Manuel de Acevedo dará órdenes al Capitán Alfonso de Viana de instalar el campamento y que se ocupe de la organización de las guardias.

Esa misma noche, el primogénito de los Ulloa se disculpará por encontrarse “indispuesto” y regresará a la casona de Verín antes del anochecer. Si alguien se propone seguirle podrá comprobar que no sale de la casa para nada y que permanecerá en la misma hasta bien entrado el mediodía, momento en el que regresará a la cacería.

Nota del Cronista: Juan de Ulloa no es idiota y sospecha que los Actores pueden sospechar de él y “vigilarlo”, por lo que saldrá de la casona por la noche extremando las precauciones y sin dejarse ver. Buscará a Armando Abaixo, el antiguo criado empeñado en inculpar a los Ulloa de los males de Verín,



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

y lo transformará en “lobisome” para que aterrorice el Concejo. Posteriormente volverá a la casona y se “dejará ver” en las ventanas, en la puerta... ¡Vamos, que alejará las sospechas!

La Cacería del día veinticuatro de Noviembre

El segundo día la partida de caza entrará en el peligroso y aterrador Bosque de Verín, donde se supone que reside la Bestia y por ello la batida será más extensa, tanto por el territorio que abarcan como por la duración, pues prácticamente estarán veinte horas batiendo la zona, hasta tal punto que al atardecer darán con un enorme lobo gris al que confundirán con la Bestia. Durante la persecución, Mariana de Ulloa se adelantará al grupo y perseguirá al lobo blanco a través de un pequeño sendero que ofrece un paso relativamente fácil a través de los horribles y retorcidos árboles y maleza hasta llegar a las cercanías de la empalizada de los leñadores en el bosque... Los Actores llegarán al lugar galopando instantes después a lomos de sus monturas. Ella haciéndose la despistada simulará tener un accidente con su caballo y provocar un breve y romántico encuentro con “su caballero”, interrumpido por la llegada de su hermano Juan de Ulloa, quien herirá de gravedad al lobo gris de un certero disparo de pistola y dejando claro que si el lobo estaba dispuesto para atacarlos. Una suerte que estuviera cerca él para salvarlos.

Tan pronto las tropas regresen a su cuartel, se sabrá que, durante la cacería, el mismo día veinticuatro de Noviembre al anochecer, la Bestia ha atacado en Castrelo do Val matando a cinco muchachas, una mujer y cuatro niños.

El terror en la población aumenta hasta tal punto que el Obispo de Verín dedicará una carta pastoral a esta desolación pública y ordenará orar a todo lo largo de la diócesis, con el fin de pedir a Dios que envíe un nuevo San Jorge para acabar con esta temible y maligna Bestia. Esa misma noche del veinticuatro realizará la Santa Misa para orar por lo sucedido.

Las Niñas de Castrelo do Val

Sucede el día veinticuatro de Noviembre

Dos niñas de Castrelo do Val se encuentran jugando frente a la casa de sus padres cuando la Bestia de Verín, llegando de improviso, se lanzará sobre una de ellas y la atrapará salvajemente entre sus colmillos. La otra pequeña, queriendo defender a su hermana, saltará sobre la espalda del monstruo, que huirá con la pequeña agarrada a su lomo al ver como los aldeanos acuden a los gritos de auxilio de las pequeñas.

Será demasiado tarde... La cabeza de una de las niñas ya está separada de su cuerpo y cuando los aldeanos persiguen el rastro de la Bestia, encuentran a la otra con el rostro completamente despedazado.

Después, la “Bestia” huirá por el bosque y cuando se dé cuenta de lo cometido se ahorcará y morirá sin que nadie sepa de lo sucedido. Esto complacerá más aun a Juan de Ulloa, pues no tendrá que cazarlo y mas el pánico provocado al evitar la Bestia la Cacería y seguir matando..



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



El Leñador Borracho

Sucede entre el día veinticuatro y veintiséis de Noviembre

Donde se cuece: Bosque de Verín

Quienes lo guisan: Cristóbal Grande

Si rastrean el bosque en busca de la Bestia, podrán encontrar a un hombre solitario que se tambalea lentamente por el sendero en dirección hacia los Actores. Lleva la cabeza baja y parece no saber ni dónde se encuentra ni qué está haciendo y cada pocos segundos solloza y se lamenta.

Se trata de Cristóbal Grande, uno de los hermanos Grande que se establecieron hace un par de años como leñadores en el Bosque de Verín. Está visiblemente trastornado y recientemente ha ahogado sus penas con lo que le quedaba del contenido de su bota de vino y por ello está visiblemente borracho.

Cristóbal, sin reparar en la presencia de los Actores continuará sendero adelante, a menos que estos le detengan físicamente y no les hablará a menos que alguno de los Actores lo haga. Esto, en resumen, es lo que sabe:

Ulloa desencadenado

Una vez concluidas las dos cacerías con el resultado más que nefasto y habiendo "alejado" la sospecha sobre su autoría en los "crímenes", el primogénito de los Ulloa se procura un entretenimiento y no es otro que seguir aterrorizando el Concejo.

Observa los movimientos del campamento de los leñadores y llega a saber de las intenciones de la familia Grande por eliminar a la Bestia del bosque. Sin más, rastrea, encuentra y masaca a dos de los hermanos Grande, dejando al tercero para que pueda contar lo sucedido.

Ulloa tiene más que claro que cuando Cristóbal Grande narre las intenciones de su familia por cazar a la Bestia y como encontró a sus hermanos despedazados en el bosque, provocará más pánico del que ya hay en el Concejo de Verín en estos momentos.

"Yo y mis tres hermanos intentábamos resolver el misterio que rodea Verín y el Bosque de Verín. Yo estaba explorando los bosques al noroeste del poblado cuando vi un enorme lobo con brillantes ojos rojos como inyectados en sangre. Lo perseguí durante un rato hasta que lo perdí de vista. Cuando regresé a nuestro campamento, mis hermanos habían desaparecido. No pude hallar ningún rastro o signos de lucha. He buscado durante cinco días en el bosque. . . Y ahora debo regresar al campamento y comunicarles a mi padre la pérdida de sus hijos."

Cristóbal no acompañará voluntariamente a los Actores y si éstos consiguen de algún modo forzarle a ir con ellos, escapará a la primera oportunidad. Su espíritu está completamente roto y lo único que le preocupa es regresar a su casa en el poblado de leñadores sito en el Bosque de Verín con sus malas noticias.





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Una Nueva Medida

Sucedé el día veinticinco de Noviembre

Donde se cuece: Castillo de Monterrey

Quienes lo guisan: Conde Manuel de Acevedo

El día veinticinco de Noviembre, el Conde Manuel de Acevedo anunciará una gran cacería con el objetivo de dar caza a la Bestia y el Capitán Alfonso de Viana será quien la dirija dando la orden en todas las parroquias del Concejo de Verín: presupone que más de cinco mil hombres acudirán a su llamada y sabe que los nobles de toda la región se pondrán a la cabeza de sus campesinos. La Gran Cacería tendrá lugar el veintiséis de Noviembre, así que los Actores tienen poco tiempo para prepararse para un evento de tal magnitud.



El Héroe Pastor

Sucedé la mañana del día veinticinco de Noviembre

Donde se cuece: Tintores

Quienes lo guisan: Andrés Porteño

En este periodo de incertidumbre y antes de la celebración de la Gran Cacería tendrá lugar un incidente que conmoverá a todo el país y así lo narrarán los aldeanos:

"Andrés Porteño, un joven pastor de doce años del cercano pueblo de Tintores, cuidaba el ganado cerca del río acompañado por cuatro amigos y dos amigas, más pequeños que él. Por temor a la Bestia, los niños estaban armados con garrotes en cuyas extremos habían clavado hojas afiladas de metal o piedra. De repente, una de las niñas gritó aterrada y la Bestia surge de un matorral a unos pasos de ella. Andrés Porteño agrupó a todos, los más fuertes adelante y con el hedor de las fauces de la Bestia rondándolos sin prisa. Observándolos. Los pequeños valientes, apretujados unos contra otros, se persignan e intentan defenderse a palos pero la Bestia, abalanzándose, toma a uno de los niños por la garganta y se lo lleva: era el pequeño Pantaleón, de ocho años. Heroicamente, Porteño se lanza a la persecución de la fiera y la ataca a cuchillazos obligándola a soltar a su presa.

Por Iago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Pantaleón se libra de la Bestia aunque pierde una mejilla que la Bestia devora de tres mordiscos en el mismo lugar. Acicateada su sed de sangre, ataca una segunda vez al aterrorizado grupo, derriba a una de las niñas y de un mordisco le arranca un pedazo de labio, a Juan, Verqajo lo agarra por el brazo y se lo lleva. Otro de los niños, atemorizado, grita que hay que sacrificar a Juan y aprovechar para huir. Pero Porteño grita que salvarán a su compañero o que también ellos morirán. Todos lo siguen, incluso Pantaleón, sin una mejilla y cegado por la sangre. Valerosamente, todos atacan a la Bestia e intentan reventarle los ojos o cortarle la lengua. La acorralan en un parrizal donde al hundirse suelta al niño. Porteño se coloca entre el monstruo y su amigo, le golpea el hocico con el palo, el engendro se echa hacia atrás, se sacude y huye".

El informe de esta hazaña será enviado de inmediato a Monseñor Juan Pedro Amelio a Verín, quien a su vez lo enviará al Rey. Unas semanas más tarde, el Monarca decidirá que a cada uno de los siete pequeños campesinos se le asignen 300 Ducados del Tesoro de la Corona y que los gastos de la educación del joven Porteño sean pagados por la patria, pero meses más tarde será internado en la Congregación de los Dominicos y su dinero bien "guardado".

Toda España conocerá de este épico combate por medio de gacetas, endechas e imágenes. Si la fama de Andrés Porteño es inmediata, la de la Bestia crecerá aún más. Con el fin de liberar Verín, se ofrecerán los héroes de todos los puntos del Reino, principalmente de Asturias, Castilla y Andalucía. Hasta el más insignificante cazador de alondras soñará con ser quien dé el tiro perfecto, más aún cuando el Rey Felipe el Cuarto prometa una recompensa de 1000 Ducados al feliz cazador que triunfe sobre el invencible y misterioso animal. Aun la gente timorata prestará interés a esta desgracia pública e imaginará las estrategias más prudentes.

Mientras se ingenian las estrategias para cazar a la Bestia, esta continuará sus destrozos: despedazará a un muchacho de catorce años, Juan Castillejo de la parroquia de Queizás. Se celebrará una misa en la iglesia del pueblo en memoria de la víctima y al anochecer, el padre de Castillejo compungido y cabizbajo se topará con la Bestia, que solo lo mirará y saldrá corriendo.

La maldición a los Fonseca

Juan de Ulloa sabe que lo sucedido hasta el momento es grave para la Corona y la gente de Verín, pero observa como "enemigos" de su familia, como son los Fonseca, siguen argumentando sospechas sobre la familia de los Ulloa.

Para crear mayor caos entre sus enemigos, acecha y maldice a Tomás de Fonseca para cumplir dos propósitos: el primero es que siga masacrando el Concejo y el segundo dejarle en la condición de "monstruo" para acallar a los Fonseca. Además, llegado el caso, bien pudiera darle caza con testigos y aparecer como el "salvador" del Concejo de Verín, aupando a los Ulloa y hundiendo a los Fonseca.

El joven Fonseca será la única víctima que Juan de Ulloa no tenga intención de encontrar y la dejará libre para que cometa todas las atrocidades posibles.

Tomás de Fonseca cuando sea consciente de lo que ha hecho con los pastores y posteriormente con el joven Castillejo, buscará el perdón de sus actos pero no consigue dominar a la Bestia. Por este motivo, su decisión es buscar a los Actores y contarles lo que le sucede, que ha cometido unos crímenes terribles y desea que le ayuden. Su deseo es que su familia no sepa nada de este suceso y en el peor de los casos, de no poder volver a ser "humano"... ¡Les pedirá que lo maten con honor! El joven de los Fonseca no quiere vivir siendo un asesino y más aun, si consiguiera "sanarse", su intención es dedicarse a subsanar todo el mal que ha hecho y ayudar a los demás.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

La Hermandad del Lobo se Reúne

Sucede la noche del día veinticinco de Noviembre

Donde se cuece: Cuevas bajo la Abadía en ruinas

Quienes lo guisan: Juan de Ulloa
Conde Sancho de Ulloa
Condesa Beatriz de Ulloa
Sr. Maceda
Sr. La Fuente
Enrique de Laza
Carlos Fado

Ante la insistencia por parte de los Actores por desvelar lo que está sucediendo en el Concejo de Verín, Juan de Ulloa convocará a la Hermandad de los Lobos en las ruinas del Bosque de Verín para la noche del veinticinco de Noviembre. La noche antes de la Gran Cacería. Las ruinas están en la parte más frondosa y profunda del bosque, y pocas personas se atreven a adentrarse hasta allí, de ahí que sea un lugar seguro.

Los integrantes de esta reunión privada son: Juan de Ulloa (como autentico líder de la Hermandad), el Conde Sancho de Ulloa, la Condesa Beatriz de Ulloa, el Sr. La Fuente, el Sr. Maceda, Enrique de Laza y Carlos Fado.

El sacerdote Enrique de Laza opina que hay que tomar medidas determinantes contra los Actores pues poco a poco caminan sin saberlo hacia ellos y no pueden arriesgarse a fracasar en su objetivo de eliminar al nefasto Felipe el Cuarto. Además sabe, que poco a poco la Conspiración está ganando adeptos a la causa en la misma Villa y Corte, pues está quedando patente la incapacidad del Monarca para acabar con el "problema gallego", como dicen en la Corte. Además es más que consciente de que en la Madrid todo se está encaminado a la destitución del actual organigrama político y que ellos serán recompensados por sus acciones.

Juan considera que la mejor manera es una acción directa en Madrid llegado el momento, una revuelta o un motín pero con un mayor control, pues piensa que les resulta imposible confirmar con certeza los pasos dados para la consecución de la Conspiración en la Villa y Corte. Tiene muy claro que la Bestia del Bosque de Verín debe seguir matando para que el Rey pierda el control y los nervios,

Por Iago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

provocando así que envíe sus mejores tropas al Concejo de Verín, dejando Madrid debilitado y haciendo ver al pueblo el gasto inasumible del envío de tropas para la captura de un "lobo". El "lobo" mata muy lejos de la Corte y el dinero de las tropas bien pudiera usarse para alimentar los estómagos de los que por allí moran.

La Condesa Beatriz de Ulloa opina que lo mejor sería liquidar al usurpador de la Corona. Eso haría que las familias de toda España se pelearan entre ellos para ocupar el puesto de Felipe y eso incluye su propia familia. Aduce además, que los tumultos se escapan al control de cualquiera y que ya su bisabuelo pagó caro el oponerse a las claras a Carlos I, y que lo mejor es destruirlos rápida y despiadadamente. Su única motivación es la venganza.

Al final de la reunión, todos los presentes mezclarán sus sangres como símbolo del compromiso que les une. Dejar claro que ellos mismos no tienen demasiado claro como llevar estos disturbios en la Villa y Corte, pero sí que debe quedar claro cuáles son las decisiones que se tomarán a corto plazo sobre su método de actuación en Verín:

- ❖ En primer lugar se decidirá exterminar y aniquilar a los gitanos, destruyendo por completo su campamento. Pondrán especial interés en asesinar a Emmanuelle dada su "extraña" capacidad de "vislumbrar" el futuro y dejar libre su oso amaestrado por el bosque, no sin antes herirlo para que sea mucho más peligroso pues de esta forma distraerá la atención de muchos.
- ❖ Ha llegado hasta sus oídos la existencia de un espía de la Inquisición en Verín que suponen que está investigando los sucesos de la Bestia pero que por casualidad, puede echar a perder la Conspiración si llegase a enterarse. Su intención es averiguar de quien se trata y hacerlo desaparecer. Las sospechas recaen en primera instancia sobre los Actores.
- ❖ De momento, hasta no saber si se trata del espía de la Inquisición o si comienzan a hacer demasiadas preguntas sobre la familia Ulloa y la Hermandad, no actuarán contra ellos. De todas formas si esto ocurre Juan tiene libertad para realizar lo que considere oportuno.





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

La Casa de Conversación

Sucede la noche del veinticinco o veintiséis de Noviembre

Donde se cuece: *Prostíbulo de Verín*

Quienes lo guisan: *Tomás de Fonseca
Chiara Giuliani*

Alguien conocido de los Actores, la noche del veinticinco o del veintiséis de Noviembre, les “invitará” a que visiten la Casa de Conversación de Verín y allí conocerán a la misteriosa Chiara. Si acuden antes de estas fechas, será el Cronista quien decida si la napolitana se encuentra en el lugar o no.

Debido a los últimos acontecimientos políticos en el Concejo de Verín, la Iglesia ha perdido poder y no puede actuar con dureza a través de la Inquisición, tal y como le gustaría. Por ello han mandado a su mejor espía a Verín, la cual haciéndose pasar por prostituta y eventualmente por Condesa napolitana, ha logrado intimar con la mayoría de nobles de la ciudad y enterarse de algunas cosas acerca de la Conspiración que se está tramando en Verín en contra de la Familia Real. Actualmente ejerce de amante de Monseñor Juan Pedro Amelio, lo que la sirve para enterarse de jugosos e interesantes rumores. Además, sus sospechas acerca de una revuelta en la Villa y Corte de Madrid son fundadas, teniendo sospechas sobre la implicación de la familia Ulloa en todo ello, pero desconoce lo que pinta la Bestia del Bosque de Verín en todo esto.

Como ha hecho con el resto de personalidades de Verín intentará seducir a alguno de los Actores con la única intención de sonsacarle información y ya se sabe, que en la cama los hombres hablan casi siempre más de la cuenta. Además, como espía que es del Vaticano, la ha informado Francesco de Césare, Vizconde de Medardo y Señor de Torralba del viaje de los Actores al Concejo y dependiendo de cómo le conozcan (o bien o mal de la aventura de “En Sagrado” del suplemento “Maestros de Esgrima”), la comentará cuales son las actuaciones recomendables para con los mismos.

Depende de cómo actúe el Actor escogido y si comparte o contrasta lo descubierto por él con Chiara, podrá encontrar en ella una aliada o una enemiga para el futuro. Ganarse la plena confianza de Chiara es prácticamente imposible aunque no estaría de más intentarlo.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



El Juicio

Sucede la mañana del día veintiséis de Noviembre

Donde se cuece: *Campamento de los gitanos en el Bosque de Verín*

Quienes lo guisan: *Conde Sancho de Ulloa
Aldeanos del Concejo de Verín
Giacomo
Salvatore
Sofía
Emmanuelle
Carlo
Los tres hijos de Carlo: Luigi, Mario y Laura*

De todos los rumores, el que más fuerza cobrará será el que acusa a Antonio Castillo, un joven de carácter asocial que vive aislado en los bosques desde los diecinueve años criando perros asilvestrados y otros animales. Para casi todos solo son alimañas y se le ha visto en los últimos meses varias veces en compañía de los gitanos italianos.

Algunos nobles menores encabezados por el Conde Sancho de Ulloa (que desea poder agradar a su familia y hacer algo por sí mismo) consiguen convencer a cientos de campesinos exaltados de que los verdaderos culpables de las muertes es Antonio Castillo y los gitanos. Les han juzgado como culpables y deben cumplir la "sentencia", pues está visto que si alguien no toma las riendas del asunto, nadie lo va a hacer.

El Conde de Ulloa ha conseguido convencer a los aldeanos para "resolver" la situación y si es preciso acabar con la Bestia, o lo que es lo mismo, atacar a los gitanos. Por eso, despuntando el sol se dirigen, sin ningún tipo de control, hacia la cabaña de Antonio Castillo, pero allí no encontrarán a nadie y por ello, sin demora, marchan hacia el campamento gitano para capturar a los mismos o en su defecto matarles si oponen resistencia.

Los disturbios son brutales y el campamento gitano arde por completo, las víctimas de toda esta locura por parte de los gitanos serán Salvatore, Giacomo (si estaba vivo), Sofía y Emmanuelle serán asesinados en el desafortunado ataque. Los tres niños serán hechos prisioneros y llevados a la cárcel de Verín mientras se espera a poder mandarlos a un orfanato, pues al fin y al cabo son víctimas inocentes de las actividades de sus padres. El único que logrará sobrevivir a la masacre será Carlo, quien huirá a ocultarse en los bosques junto a Elías, el Ermitaño. El oso herido "escapará" al bosque, tal y como se decidió en la reunión de la noche anterior de la Hermandad.

Cuando estos hechos lleguen a oídos de los Actores será demasiado tarde. Al final, aunque por otros motivos, se va a llevar a cabo la sugerencia de Juan de Ulloa en la última reunión de la Hermandad de los Lobos, aunque sin ningún tipo de control.

Por Iago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

La Gran Cacería

Sucede el día veintiséis de Noviembre

Donde se cuece: Concejo de Verín

Quienes lo guisan: Conde Manuel de Acevedo
Capitán Alfonso de Viana
Soldados de la zona
Sr. Maceda
Sr. La Fuente
Juan de Ulloa
Mariana de Ulloa
Tomás de Fonseca
Carlos Fado y alguno de sus hombres
Un gran número de aldeanos del Concejo

La comarca estará cubierta por las tempranas nieves que han caído este comienzo del invierno, por lo que será relativamente fácil rastrear a la Bestia siguiendo el rastro de sus huellas, hasta tal punto que cinco campesinos de Rasela lograrán dispararle. La Bestia caerá dando un gran aullido, pero se levantará enseguida, desapareciendo como endemoniada en el interior del Bosque de Verín. Nuevamente Juan de Ulloa se dejará ostensiblemente, pues sigue con su farsa de alejar sospechas.

Ese mismo día, se encontrará el cuerpo de una jovencita de catorce años, cuya cabeza había sido cercenada de un mordisco. Las autoridades, sin ningún tipo de escrúpulos harán del cadáver un señuelo y lo colocarán en un buen lugar, rodeado de hábiles tiradores, todos bien escondidos, pero la Bestia no aparecerá.

El desaliento será inmenso. Estas cacerías infructuosas, las exigencias de los soldados y los gastos que su estancia representará para los campesinos, arruinarán al país que, además, se

¿Quién es la Bestia?

Juan de Ulloa esta vez no desea que ninguna "bestia" ronde la zona debido a la gran cantidad de hombres que se van a movilizar en la zona y que no sería demasiada casualidad que se topasen con la "Bestia". Además tiene presente que tanto Jesús Tamagüelos como Tomás Fonseca siguen sin ser cazados y que bien pudieran ser "sorprendidos" durante esta "Gran Cacería".

Para ser más precisos, debemos decir que Jesús de Tamagüelos estará libre, pues ha conseguido liberarse de las cadenas y el encierro al que le había confinado Rama – Cancela. Y en su "alocada" huida ha sido sorprendido por los aldeanos, quienes le han conseguido herir y han provocado que se tuviera que esconder en lo más profundo del Bosque.

Respecto a Tomás Fonseca estará oculto, ya sea con los Actores o en el Bosque, buscando a su antiguo amigo Gaspar de Acevedo para que le otorgue la ayuda que necesita para "solucionar" su maldición. Sea para bien o para mal.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

paralizará al grado de que la gente ya no se atreve a llevar el ganado al pastoreo y los mercados permanecen desiertos. Nadie podrá prever el final de esta calamidad.

Donde se cuece: Concejo de Verín

Quienes lo guisan: Juan de Rama – Cancela
Jesús Tamagüelos



El posadero más atento de todo el Concejo, acudirá a los Actores y en concreto a Alvar de Piedrasacra o cualquiera de ellos con afinidad por Gaspar de Bonifaz, desvelándole que también trabaja para el Caballerizo Real y que debe contarle algo con urgencia.

Le narrará lo sucedido con Jesús Tamagüelos en los días previos y que ha escapado del lugar donde le tenía confinado, siendo un enorme peligro dejarlo suelto pues aunque su corazón es bueno... ¡El de la Bestia es el mismo Infierno!

Les ayudará a buscar a Tamagüelos pero todo será en vano hasta que Ricardo Rasela acuda a Rama – Cancela y le cuente que el “amigo común” ha regresado a la habitación del sótano... Vamos, que Jesús Tamagüelos está otra vez en las “Siete Cruces”, pero esta vez está sin ningún control y haciendo del sótano su “lobera”... ¡A ver quién entra!

Nota del Cronista: Aunque aun no es un “lobisome” completo, muchos rasgos ya los ha adquirido y será un temible enemigo...





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

La Fiesta de Disfraces

Sucede la noche del día veintiséis de Noviembre

Donde se cuece: Hacienda de los Ulloa

Quienes lo guisan: Conde Sancho de Ulloa
Condesa Beatriz de Ulloa
Juan de Ulloa
Mariana de Ulloa
Capitán Alfonso de Viana
Enrique de Laza
Obispo Juan Pedro Amelio
Conde Manuel de Acevedo y Zúñiga
Leonor María de Guzmán
José Maceda
Conde Bernardo de Fonseca
Tomás de Fonseca
Pablo Bubal
Jesús Tamagüelos
Chiara Giuliani
Un nutrido grupo de nobles y burgueses de la zona

El Conde Sancho de Ulloa organiza una fiesta para conmemorar el aniversario de la familia Ulloa y este año ha decidido hacer una fiesta de disfraces a la cual acudirán prácticamente la totalidad de la nobleza y burgueses del Concejo de Verín.

Uno de los Actores de camino a la hacienda Ulloa verá por casualidad como un individuo, amparándose en la oscuridad de la noche, desaparece saltando por encima de uno de los muros de la mansión Ulloa. Se trata de Carlo que busca venganza, pero esto no se sabrá hasta avanzada la fiesta.

La Fiesta de Disfraces comenzará a las nueve de la noche. En el patio interior de la hacienda hay un gran bufete, un baile dentro de la mansión y un grupo de artistas deleitan con sus dotes a los asistentes de la fiesta.

La presencia armada de los soldados de la ciudad se hace ver con facilidad y en la entrada a la hacienda hay un pequeño pelotón de guardias privados que mantienen el acceso principal bien protegido. No está permitido tener ningún tipo de armas en la fiesta y si es vista alguna, será retirada de inmediato para luego ser devuelta a su propietario.

Por Iago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



El mayordomo de los Ulloa, Palacios, los presentará al resto de la concurrencia según van llegando. Los invitados se van presentando uno a uno a los anfitriones.

Sobre las nueve y media de la noche aparece en la fiesta Mariana, la hija menor del Conde de Ulloa, radiante y sensual, acompañada de su dama de compañía. Mariana es una mujer bellísima con una apariencia casi divina y va vestida con un impresionante vestido rojo que deja a la imaginación adivinar que hay tras él. Su mayor preocupación en la fiesta es evitar a Pablo Bubal que ha sido invitado por su padre y que la ha intentado cortejar infructuosamente desde que la vio por primera vez.

El Cronista debería permitir que los Actores se codeen con todos los que allí se encuentran y charlen sobre los temas que deseen. La fiesta continúa con actores, malabaristas, acróbatas y traga fuegos... que harán la delicia de los asistentes. Bailes con jóvenes, juegos de destreza, juegos de azar, comida, bebida, todas estas cosas están a disposición de los Actores para que pasen una agradable velada.

Los Actores estarán conversando con diversos nobles cuando una bella dama entra en el salón principal. Se trata de Chiara. Es alta y su rizado pelo negro cae más allá de sus hombros, con un impresionante vestido de noche negro y rematado con un bellissimo collar de perlas naturales. Las conversaciones a su alrededor se detienen mientras avanza entre la gente y el mayordomo la anuncia como "Dama Chiara Giuliani". Alguno de los Actores podrá reconocerla como la prostituta de la casa de Conversación de Verín y obviamente no sabrá que pensar.

Los nobles españoles pueden estar familiarizados con Giuliani y sus costumbres o incluso haberse encontrado con ella en algún momento, pero lo que todos ignoran es que Chiara es una espía de la Inquisición que está investigando en el Concejo de Verín y de ella corren diferentes rumores:

- ❖ *Giuliani es Condesa de Mondavi de Nápoles y es famosa por sus causas filantrópicas. **Falso**, no es Condesa.*
- ❖ *Su única concesión a su posición es su apariencia. A pesar de sus medios que ahora son modestos, aún viste a la moda y lleva joyería cara. En estos tiempos sólo gasta dinero en ropas. **Verdadero**, ya que en Nápoles ser mujer no es nada, y además ni siquiera es noble.*
- ❖ *Su collar es una antigua herencia familiar que ha pasado de madres a hijas durante siglos. **Verdadero**.*
- ❖ *Cuando apenas tenía catorce años la obligaron a casarse con un hombre cinco veces mayor que ella y que a su muerte se trasladó de inmediato a España. **Falso**.*
- ❖ *Tuvo que huir de Nápoles al desafiar sus rígidas leyes al aprender a leer y escribir, luchar con el acero y falsificar la firma de su marido. **Falso**.*
- ❖ *Envenenó a su difunto marido para quedarse con sus propiedades y riquezas. Le apodan la Viuda Negra. **Falso**, aunque maneja venenos con asiduidad.*
- ❖ *Es la amante secreta del Obispo Monseñor Juan Pedro Amelio con quien mantiene relaciones sexuales con asiduidad. **Verdadero**, forma parte de su estrategia.*



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

- ❖ *Maneja la magia, como la bruja que es. Falso.*
- ❖ *Es una espía castellana. Falso a medias, es una espía de la Inquisición.*
- ❖ *Es peligrosa y pertenece a la Inquisición. Verdadero.*



Entrada la medianoche se pondrá en marcha el juego de la “Caza del Zorro”, una combinación de coger, escondite y gallina ciega. El Conde de Ulloa ha escondido una cola de zorro en algún lugar dentro de la hacienda de Ulloa y el primero que la encuentre se convierte en “zorro”, mientras que los otros invitados se convierten en “cazadores”. Si el zorro le devuelve la cola a el Conde de Ulloa en el salón principal, él o ella, gana. Cualquiera que toque la cola puede ser “cogido” por cualquier otro que entonces consiga la posesión de la cola, con lo cual se convierte en zorro y necesita ser discreto sobre ello para que el resto de los cazadores no lo capture. Esto producirá un montón de juegos verbales mientras los jugadores intentan descubrir dónde está la cola y quién la tiene, la cola es lo suficientemente pequeña como para que alguien pueda esconderla entre sus ropas aunque requiere cierta maña. El “zorro” debe moverse con sutileza en el salón principal pues cualquiera que se apure o se mueva con demasiada rapidez se descubrirá. Destacar que coger alguien que no tiene la cola te descalifica.

Una vez se ponga en marcha el juego, el grupo se disgrega para buscar la cola del zorro, que casualmente la tendrá alguno de los Actores, quienes podrán dividirse del modo que prefieran: algunos puede que deseen retirarse con compañía para relacionarse como deseen, jugar al zorro...

Con la caza del zorro en su apogeo, Mariana de Ulloa hará un gesto a alguno de los Actores para que la siga, quienes aprovecharán un despiste de la dama de compañía para escabullirse hacia el jardín de la parte trasera de la hacienda. Sin embargo, su hermano mayor Juan de Ulloa, se percatará del gesto y decidirá seguir a la pareja desde la lejanía, ya que en el fondo está enamorado de su propia hermana y



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

evita siempre que puede que los hombres se acerquen a ella. Una vez ocultos en una esquina oscura del jardín lejos de los otros invitados, Mariana le preguntará:

"¿Estas disfrutando de la fiesta de mi familia?"

Mientras, algún Actor que no esté "ocupado", podrá ver al ladronzuelo por unos instantes entre la gente y como se dirige también hacia el jardín trasero de la hacienda momentos después. Podrá reconocer a Carlo del grupo de gitanos.

El jardín esta levemente iluminado y se pueden ver a las parejas paseando por los exteriores del laberinto de setos que hay en su interior en busca del zorro. Si uno se aleja de la entrada y se dirige al laberinto se pueden oír los lejanos suspiros de algunos amantes.

Si el Actor que está con la joven de los Ulloa intenta sobrepasarse con la misma, y eso es un simple beso, esta con un ataque de ira lo dejará solo, no sin antes asestarle una bofetada y se marchará de vuelta a la fiesta.

Este será el momento preciso en el que Carlo intente asesinar a Sancho de Ulloa, pero obviamente no sucederá, aunque el "Señor" de los Ulloa será herido y Carlo aprovechará para escapar.

Cuando las cosas se calmen, el Conde Manuel de Acevedo pedirá a los Actores ayuda para encontrar al causante y ellos han sido testigos de excepción.

Esa misma noche al terminar la fiesta, Juan de Ulloa tendrá un encuentro privado con Carlos Fado, el líder de los portugueses y le hace saber de la existencia de Carlo para que haga todo lo posible por encontrarle y asesinarle. Posiblemente él sepa cosas acerca de la Hermandad de los Lobos ya que ha ido directamente a asesinar su padre y no a otro.

Durante toda la mañana siguiente no dejan de asistir personas a la mansión Ulloa para interesarse por lo ocurrido el día anterior y para interesarse por la salud del Conde de Ulloa. La Condesa se ha vuelto histérica y esta parapetada en una de las habitaciones del piso superior, sin dejar de chillar ni de romper todo lo que hay a su alcance. No recibirá a nadie y si algún incauto se atreve a entrar, puede que se lleve un buen golpe con los objetos que vuelan por la habitación. No soporta la idea de que un criminal haya intentado asesinar a alguien en su propia casa.

Mariana está completamente indiferente a lo ocurrido y no parece afectada en lo más mínimo por el intento de asesinato de su padre, pues no le aprecia profundamente y en el fondo desea que hubiera sido su hermano la víctima. Si algún Actor logra conversar con ella en privado, podrá percatarse fácilmente de ello y quizás le cuente cosas acerca de su familia y en particular acerca de su opresor hermano.

Carlo una vez que huya se esconderá en los bosques cerca del refugio del ermitaño. Se encuentra herido y decide esperar a curar sus heridas por unos días y una vez que eso suceda, de noche acudirá a rescatar a sus hijos de la cárcel de Verín, para abandonar la ciudad de Verín y regresar a Nápoles.

Carlos Fado movilizará a todos sus hombres por orden de Juan de Ulloa y buscarán a Carlo por los bosques. Su intención es encontrarle y darle muerte. Sin más.





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

El Ermitaño

Sucede la noche del veintiséis de Noviembre tras la Fiesta de Disfraces

Donde se cuece: Bosque de Verín

Quienes lo guisan: Elías

Atravesar apresuradamente el bosque de Bosque de Verín no debería ser bueno y es un buen momento para alcanzar el lado oeste de la montaña central del Bosque de Verín. Allí verán una destartalada cabaña con marcas de garras en la madera y se aprecian algunas de las bisagras en el suelo que se supone que han saltado fruto de la fuerza. De la chimenea sale algo de humo y dentro de la cabaña hay una cama, una silla rota, una mesita y una librería... En el centro de la estancia se ve un enorme charco de sangre pero ni rastro de ninguna persona.



Si los Actores se acercan a la cabaña con cuidado y en silencio, es posible que tengan una oportunidad de no ser percibidos por el oso herido de los gitanos. El oso, una vez liberado, acudió a la choza del ermitaño en busca de comida pues conoce el camino perfectamente, ya que Carlo ha estado en varias ocasiones aquí. Elías no tuvo más remedio que defenderse del hambriento oso, hiriéndole de una certera estocada.

Elías es algo más que un ermitaño extravagante, pues en realidad es un antiguo espadachín castellano que se ha instalado en lo más profundo del Bosque de Verín años atrás huyendo de sus enemigos en Castilla y pensando que en un lugar tan aislado y peligroso nunca le buscarían. Elías no tiene nada de valor en la choza excepto sus libros y uno de ellos es un diario en el que el espadachín cuenta la historia de su vida.

En el exterior de la casa hay huellas que vienen y van al sudeste, el rastro de huellas se extiende a través del bosque para acabar en las colinas. Los Actores salen del bosque y se encuentran en una zona de riscos donde no se ve ningún rastro de vida en la zona, pero en uno de los riscos puede apreciarse la abertura de un pequeño túnel.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Cuando los Actores investiguen la entrada del túnel, Elías saltará desde lo más alto del risco cayendo sobre ellos, toledana en mano. Carlo al percatarse de la presencia de los Actores saldrá del túnel bastante malherido con la intención de detener el combate. Una vez resuelto el malentendido y si los Actores no actúan violentamente, el ermitaño se presentará como Elías y mirando a los ojos, irradiará una gran aura de paz, diciéndoles:

"Dejadme aligerar la carga que os aflije"

El ermitaño los sanará o los ayudará como buenamente pueda, pues sabe que la causa de los Actores es justa. Y eso basta. Aunque lo descubran y tenga que huir de nuevo o lo maten por ello.

La emboscada

Sucedé tras el encuentro con el Ermitaño

Llegados a este punto de la Crónica, la Hermandad de los Lobos y más en concreto Juan de Ulloa, ha ordenado a Carlos Fado eliminar al gitano que ha atentado contra su padre. Cueste lo que cueste o al menos informarle de donde se encuentra, pues ya se encargará él mismo de aplicarle "justicia".

Los portugueses atacarán desde algún lugar del camino algún lugar del camino. Al paso de los Actores silbarán disparos a su alrededor y las balas golpearán los árboles cercanos o zumbarán por encima de sus cabezas sin alcanzarles. Habrá tres salteadores por cada Actor además de su líder Gustavo Fado, hermano de Carlos y que les dirige desde atrás.

Los portugueses se lanzarán como locos y no se retirarán bajo ninguna circunstancia, pues pueden pensar que van a morir a manos de los Actores pero les da mucho mas terror el escapar y que les "busque" su Amo, pues el si es una verdadera Bestia.

El que no dudará en escapar es Gustavo si ve que todo se está complicándose y los Actores se están haciendo "carga" del problema, de lo cual informará a su hermano con toda la rapidez que le sea posible.





LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

Sin supervivientes

Sucedé si acuden tras La Emboscada

Las aves carroñeras alzan el vuelo cuando los Actores llegan a los restos de un pequeño campamento y encuentran los cadáveres de los mineros portugueses, destripados por terribles heridas de garra y colmillos. No se observa signo alguno de vida, sólo un hoyo para hacer fuego y que está ya frío. También están los cuerpos sin vida de diversos perros salvajes y lobos que supuestamente adiestraban para el combate.

Los cadáveres son cinco y se observan deducirán que tres murieron por múltiples heridas de garras y mordiscos, uno tiene la cabeza seccionada del cuerpo de un descomunal garrazo y el quinto fue muerto por una puñalada por la espalda.

Se pueden encontrar dos rastros: uno de pisadas humanas que indica que alguien vino del bosque al campamento y otro que regresa en dirección a Verín de extrañas huellas que debe corresponder a la Bestia. La explicación es simple: el primer rastro de botas es el de Juan de Ulloa que llegó al campamento y fue informado del fracaso de los portugueses que no pudieron matar al gitano por intromisión de los Actores (se supone). Tras pensar por unos momentos, hunde la daga entre las costillas de Carlos Fado dejándolo a las buenas noches y sin dilación, transformado en el monstruo que es, despedaza al resto de los portugueses. Lleno de rabia regresa a Verín, con el único deseo de encontrar por el camino a alguien más para aplacar sus ganas de matar.



La Legada de Vilariño

Sucedé el día veintisiete de Noviembre

Donde se cuece: Verín

Quienes lo guisan: Antonio de Vilariño

Serán buenos momentos para la Bestia y la lista de sus matanzas es aterradora. En Laza devorará a una doncella que comulgaba por primera vez, Gabriela Pérez, a quien acomodará tan meticulosamente la cabeza cortada, la vestimenta y el sombrero, que cuando descubrieron sus restos pensaron que simplemente dormía.

En Rasela degollará a una mujer de cuarenta años y luego a dos muchachas, a quienes les chupará toda la sangre y les arrancará el corazón.

No hay aldea del Concejo de Verín cuyos registros parroquiales no inscriban varios siniestros de este tipo: "Acta de sepultura del cuerpo de... devorado por la Bestia feroz".

Por Iago

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



Siempre vigilada, acorralada, fusilada, perseguida, envenenada, hambrienta... vuelve a aparecer cada día. De lejos, agazapada cerca de un matorral, se la veía sentarse y hacer señas con sus patas delanteras como si se mofara de sus futuras víctimas. El escándalo de sus hazañas será tal que cruzará los mares y los ingleses sintiéndose muy seguros en su isla, se burlarán y mofarán hasta la saciedad del terror de Verín. Incluso una gaceta londinense anunciará jocosamente que una tropa española de ciento veinte mil hombres había sido derrotada por el feroz animal.

Era demasiado y el honor del país estaba en juego, por lo que el Rey Felipe el Cuarto, que hasta entonces no se conmovía fácilmente, entenderá que hay que actuar sin dilación pues el honor de España está en entredicho y le ordenará al señor Antonio de Vilariño, como favor personal, que se traslade de inmediato a Verín y consiga traer a Madrid los restos embalsamados del monstruo, para exponerlos en la misma Corte. Con esta estrategia, la gente se tranquilizará: la Bestia iba a perecer puesto que era el deseo de Su Majestad.

Empezará por despedir a quien le moleste, sea Danielo (si continúa vivo), el Capitán Alfonso de Viana o a los Actores e impedir la intromisión en sus investigaciones a los Actores, a quienes relevará del mando de la misma con una Orden firmada por el propio Monarca. Luego contratará una veintena mozos para transportar sus maletas y cuidar sus perros.

Actúa como gran señor, seguro de que para vencer sólo basta su presencia y la Bestia le lanzará un desafío a plena luz del día, pues se llevará a una anciana, Margarita Orestes, mientras hila con una rueca en un campo cerca de Tamagüelos y la abandonará ya muerta después de haberle arrancado la piel del rostro. En su calidad de Hombre de Confianza del Rey, de acompañante de sus cacerías y de Caballero de la Orden de Calatrava, Antonio se mantendrá impasible y organizará algunas exploraciones pero sin ningún resultado positivo.

Nota del Cronista: Debe quedar más que claro que el gran cazador Vilariño, siempre descargará su culpabilidad o ineficacia en los demás. Jamás en él. Y lo hará con descaro.

La incapacidad de un Rey

Es destacable la nulidad del Rey a la hora de resolver la situación y los últimos tiempos ha enviado a dos personas bajo su Potestad para acabar con la Bestia.

Pero mientras que el cazador Danielo se ofreció por un bien común (y fracasar en poder ayudar a los aldeanos), la intención de Vilariño es simplemente cazar a la Bestia porque se cree invencible en lo que hace. Mientras que Vilariño esté en "escena", actuará despóticamente, dando órdenes e intentado dejar patente que él manda y no acepta discusión alguna.

La ley de la Bestia

Si que debe ser notorio que la Bestia está mucho más activa estos días tras todo lo que suceda posteriormente a la Fiesta de Disfraces de la familia Ulloa. Esto es debido a que el primogénito Juan de Ulloa, cada vez está más furioso y la verdadera Bestia poco a poco toma el control de sus actos.

Todos los actos cometidos en estos días serán cometidos por Juan y posteriormente se esconderá en su casona de Verín. Allí espera el atardecer para continuar con sus actos de violencia y el pánico en el Concejo aumentará cada vez más.

Los Actores si buscan al hijo de los Condes de Ulloa, recibirán como respuesta que se encuentra realizando unas gestiones personales de la familia en Orense y que no esperan su regreso en unos días. Lo cierto es que los Condes no tienen idea alguna de donde está su hijo pero saben que la "Bestia" está cerca y eso quiere decir que Juan aun sigue vivo.



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

El Duelo Salvaje

Sucede la noche del veintiocho de Noviembre

Donde se cuece: Verín

Quienes lo guisan: Juan de Ulloa
Mariana de Ulloa
Enrique de Laza
Juan de Xobrelluna
Carlos Fado
Un grupo de portugueses

Después de hablar con los aldeanos durante días, relacionarán a Juan de Ulloa con algunos de los males de la provincia. Incluso si ellos no han logrado discernir o adivinar esta relación, Juan piensa que si lo han hecho y cree que la única manera de mantener a salvo la Hermandad de los Lobos es eliminar a los Actores.

Si alguno de los Actores ha logrado seducir a Mariana de Ulloa o viceversa, la noche del veintinueve de Noviembre, Juan tendrá un enfrentamiento violento por celos con su hermana menor quien resultará muerta en la disputa. Presa del odio, Juan intentará asesinar al Actor que se encontraba cercano a su hermana: la persona quien logro separarle de su hermana.

Enfurecido, Juan sigue al grupo alrededor del pueblo y su objetivo es tomarlos uno por uno, por lo que atacará cuando tenga la mejor oportunidad para sorprender a un personaje individualmente. Si no se presenta ninguna buena oportunidad, atacará desesperadamente cuando los Actores entren a una zona deshabitada o una calle poco transitada en Verín. En primera instancia, Juan se lanza primero contra el Actor que ha "provocado" todo esto, aunque luchara con cualquiera que se interponga en su camino.

Por Iago

El secreto de la Familia Ulloa

En algún momento, los Actores sabrán que los Ulloa, a excepción de Mariana, están lejos de ser personas normales y el Cronista debe elegir una situación apropiada para que los Actores sean testigos si les ven con sus máscaras de Lobo acudiendo a una de sus reuniones en el bosque, o podría ocurrir si los Actores se meten furtivamente en la mansión, observando en secreto a la familia.

La familia toma cada precaución para asegurarse de que los lugareños no sepan que ellos son miembros de la Hermandad de los Lobos y sólo dejan la hacienda de día cuando es estrictamente necesario y cuando lo hacen, se aseguran que nadie les siga. En la hacienda mantienen su fachada cuando que alguien les visita o comienza a trabajar en su propiedad.

Las familias de sirvientes que trabajan para los Ulloa son traficantes, contrabandistas... Esto es necesario para proteger el secreto pues cuando emplearon a personas normales tuvieron que deshacerse de ellas cuando su secreto podía ser descubierto.

Si los Actores entran al mausoleo de la familia de Ulloa, que se encuentra en el interior de la hacienda, descubrirán hace mucho tiempo que no fallece o es enterrado nadie de la familia Ulloa. La más reciente es Claudia, madre del Conde Sancho de Ulloa, que murió hace más de 30 años.

LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



La Bestia está loca de ira pero sería mejor o más interesante que cubierto por la negrura de la noche, no sepan bien con que se están enfrentando los Actores y cuando "acaben" con el problema, lo que encuentren sea el cadáver de Juan de Ulloa. Sin más.



Si los Actores deciden hacer una visita a la familia Ulloa, son recibidos en la casa principal por una criada. La Condesa parece normal salvo por una mirada embotada en sus ojos y el Conde de Ulloa les atiende cortésmente pero si solamente charlan o hacen preguntas de la familia Ulloa o algún miembro de la Hermandad de los Lobos, él les pide que se retiren. El Conde les explica secamente que él está ocupado y tiene muchos asuntos comerciales que necesitan de su atención y por si acaso, varios "criados" aparecerán para acompañarlos a la salida.



Cazar la Bestia

Sucede el día treinta de Noviembre

Donde se cuece: Bosque de Laza

Quienes lo guisan: Antonio de Vilariño
Guardias de Vilariño
Juan Pablo Martín
José Maceda

Pase lo que pase y llegados a este punto la Crónica se precipitará a su final pese a que los Actores no hayan logrado dar captura a la Bestia del Bosque de Verín. La Crónica concluirá.

Debido a los repetidos e innumerables fracasos de Antonio de Vilariño, los aldeanos, sin miramientos, afirmarán que es mucho más caro y sin embargo no logra hacer más que los otros. Se sorprenderán también cuando después de muchos días de vacilaciones y juergas, lo vean partir con todo su equipaje hacia una zona de Laza donde la presencia de la Bestia pocas veces se había visto. Llegará hasta el bosque donde se dispone con paciencia y al acecho, cuando ve venir hacia él un animal enorme con el hocico abierto y los ojos ensangrentados:

¡Es la Bestia!

Antonio dispara, la Bestia cae, la bala ha penetrado en su ojo derecho y sin embargo se levanta, pero una segunda bala alcanza su cuerpo. La Bestia rueda y cae sin vida.

Antonio y todos sus guardias se encargan de transportar un enorme lobo de alrededor de setenta kilos y más de un metro de altura hasta la cruz, con unas garras y dientes enormes. Un lobo enorme que

Por lago



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN

llevan triunfantes hasta Verín donde el "cirujano" Juan Pablo Martín se encarga de realizar la comprobación de que es realmente la Bestia. Llamaron a ocho niños que no hacía mucho habían visto a la Bestia y que severamente interpelados por el señor Vilariño, declararon que la reconocían. De inmediato se procedió a levantar un acta y el señor Maceda escribe a Su Majestad una carta entusiasta para agradecerle el haberse dignado a socorrer al fiel pueblo de Verín.

El Embalsamamiento

Sucedé el día treinta de Noviembre

Donde se cuece: Verín

Quienes lo guisan: Conde Manuel de Acevedo
Antonio de Vilariño

El cadáver de la Bestia es transportado sin demora a Verín, es disecado y enviado al Castillo de Monterrey donde se encuentra el Conde de Acevedo. El Conde se mofa de la simplicidad de los inocentes campesinos cuya superstición había transformado a un simple lobo en una Bestia apocalíptica. Sin embargo, por haber librado para siempre al Reino de esa pesadilla, Antonio fue nombrado Caballero de la Orden de Calatrava y recibió mil Reales de pensión.

Nota del Cronista: Además obtiene una fortuna por exhibir en París a "La Bestia de Verín", donde acudirá en breve. Diez años más tarde, continuaran presentándola en las ferias de provincia y de este modo, oficialmente estaba muerta y no se hablará más del asunto.

Excepto en Verín... Había ahí incrédulos que aseguraban, con todo respeto, que el señor Antonio era sólo un embaucador que, por cumplir con premura las órdenes del Monarca, seguramente había matado una Bestia, mas no a la verdadera. Sin embargo, la Bestia ya no se aparecía, pero la gente aseguraba que la volverían a ver muy pronto.

En efecto, la volverán a ver... Si los Actores no han tomado buena cuenta de la misma, la Bestia de Verín volverá a comenzar con su plan y esta vez será aun mas meticuloso... letal...

Que sucederá con la Bestia si los Actores fallan

El Concejo de Verín de nuevo suplicó por ayuda, pero el Señor Maceda no quería caer en desgracia por un asunto que Madrid daba desde hacía mucho por terminado. Volver a hablar de la Bestia hubiese sido contradecir al Rey o insinuar que lo habían engañado. La Bestia estaba muerta y el señor Vilariño la había matado: ya no había que remover el asunto.

La Bestia continuará atacando a la población con mayor asiduidad y cada vez mas brutalmente, así hasta que Elías la encuentre y se enfrente a la Bestia. El ermitaño se sacrificará y morirá junto a la Bestia.



Lo que Resta por Contar

Llegados a este punto de la Crónica y sin poder indicar mucho más de lo ya narrado, debemos aclarar una serie de puntos o al menos precisarlos:

- ❖ *Sobre Alonso Tintores nada podrá decirse pues ve lo que ha provocado su “venganza” sobre los Ulloa y al no poder arreglarlo, acudirá a confesarse con Enrique de Laza y este le absolverá, para sorpresa del viejo doctor. El sacerdote informará a Don Rodrigo de Piedrasacra de las “cualidades” del anciano y poco después, Alonso desaparece de Verín.*
- ❖ *Sobre la trama de la Conspiración, solo definir que todo lo que sucede tendrá una explicación sencilla y a la par escasa en este momento, todo lo ocurrido tenía como fin lo que ya hemos contado: la Bestia aterrorizaría todo el Concejo donde residen los Acevedo y eso provocaría que el Monarca tomase cartas en el asunto, enviando tropas, gastando recursos... ¡En resumen, molestando al resto de los españoles! Y con el oro que se extrae de la mina se financia una Conspiración que los propios “conspiradores” desconocen los detalles. Tan solo Don Rodrigo de Piedrasacra sabe que sucede realmente...*
- ❖ *Sobre la trama de la Bestia, seguirá matando y matando cuando crea que no hay “tanta gente” interesada en su caza... Y lo hará con mayor brutalidad hasta que Elías el ermitaño, la acose y la de caza, muriendo tanto el ermitaño como la Bestia en el combate.*
- ❖ *Sobre el trafico de piezas sagradas con las cuales se realiza el contrabando por parte de Enrique de Laza junto con el Conde de Acevedo y el Obispo Amelio, podrá proseguir durante un tiempo. Todo dependerá si el Conde de Olivares si es informado por Don Gaspar de Bonifaz al respecto y esto sucederá si Juan de Rama-Cancela averigua algo de este negocio.*
- ❖ *Con lo que respecta a los Fonseca, solo cabe decir que Don Bernardo hará lo que sea preciso para “salvar” a su hijo de la “maldición” que sufre. Pero no realizará nada que pueda dañar a terceros para beneficiarse él o los suyos.*



LEGADO - LA BESTIA DE VERÍN



*Este relato terminó de imprimirse
en los Talleres de Don Tadeo Escriba,
en el mes de Julio del
Año de Nuestro Señor de 2.007,
Con el Real permiso de Su
Católica Majestad
Don Felipe IV*

Herbes de Bier



y otras Hierbas



ALONSO TINTORES

Un buen doctor y mejor persona

Como quiera que el doctor Tintores tiene sesenta años, no puede ayudar físicamente a los jóvenes a cazar a la Bestia, aunque lo haría de buen grado si fuera más joven.

Es una autoridad en folklore local y conoce todas las leyendas e historias de la región. Cree firmemente en lo sobrenatural y dice que lo que ahora sucede es una prueba de ello.

La gente de la región le admira y confía plenamente en él. Todos menos los Ulloa, que le insultaron e insultaron cuando propuso a los nobles de la zona la creación de un lugar para atender a los más desfavorecidos, pero a pesar de los Ulloa, el hospital para peregrinos, aldeanos... salió adelante con la ayuda de los Fonseca. Es el único médico en Verín que "posee" un hospital, eso sí, subvencionado por la familia de Fonseca aunque ya no practica la medicina puesto que ha perdido la mayor parte de la vista.

Pero también podemos explicar mucho más de este hombre: la verdad. El viejo doctor ha sido todo lo anterior pero también sus ganas de conocer más sobre sus raíces, le han llevado a convertirse en un brujo más que capaz. Gracias a estas facultades consiguió por medio del maleficio "Hablar mediante Sueños" conducir a Juan de Ulloa hasta los subterráneos de la vieja abadía, que descubriera los conjuros de "Maldición de Lobisome" y "Metamorfosis", le enseñó a usar sus "dones", posteriormente le inculcó el plan de aterrorizar el Concejo de Verín. ¿Cuál es la intención final? Llegado el momento provocar la caída de la familia Ulloa al descubrir su "oscura" naturaleza ante todo el Concejo pues siempre ha pensado que la familia Ulloa es una enfermedad que poco a poco está matando a los aldeanos del Concejo.

Pero no todo está saliendo como desea, pues Juan de Ulloa domina casi por completo a la Bestia y su estado de terror va mas allá de lo que el viejo doctor hubiera deseado y por ello, últimamente esta recriminándose los crímenes como si fuesen culpa suya. Piensa que debe terminar con la Bestia, cueste lo cueste... Y por este motivo, se plantea el contárselo todo a Bernardo Fonseca o a los Actores, dependiendo de la afinidad con estos.

ALFONSO DE VIANA

Capitán de los Tercios... honorable y español

Muy alto y fornido con una melena oscura recogida en una coleta, que junto a sus facciones duras, le dan un aspecto apuesto y en muy raras ocasiones va bien afeitado. Este veterano de guerra no habla mucho. Valora el silencio en sí mismo y más aún en otros. Cree a ojos cerrados en la superioridad de los Tercios españoles respecto a los ejércitos de otras naciones.

El Capitán Alfonso de Viana es considerado un veterano lleno de cicatrices de muchas batallas, aunque la verdad es que no exhibe ninguna. Ha visto a lo largo de su vida mucha muerte y horror pero mantiene todo profundamente oculto en su corazón. Su actitud es de una fría apostura, con sus rasgos energicamente tallados y su expresión impasible, similar a una estatua de mármol.

En campaña, el Capitán de Viana es hábil, valiente, lleno de recursos, consciente, muy competente, observador en grado sumo, los sentidos muy agudos y una prodigiosa memoria. Deja ver un aura de tranquila



confianza que anima a aquellos que están a su alrededor, se muestra incansable, nunca parece satisfecho de sus logros y piensa que se pudieran haber realizado de mejor manera. A veces se ofusca en lo trivial, reprendiendo a los soldados que tienen un hilo suelto en sus capas, corrigiendo su pronunciación o llamándoles la atención por un quebrantamiento de la etiqueta.

Cuando el Capitán Alfonso de Viana habla, lo hace de una forma seca y caballeresca, usando un immaculado lenguaje con un marcado acento gallego. Su máximo empeño es quitarse a los que han venido de la Villa y Corte de encima manteniéndoles alejados de Verín. No le satisface nada la idea de que estén allí, cuestionando implícitamente su habilidad para resolver el caso y no dudará en decírselo a los susodichos si se lo plantean a la cara. En un primer momento se negará a facilitar cualquier información que no sea de dominio público referente a la provincia, a sucesos pasados o a la presente situación. Sin embargo, si los Actores consiguen convencerle y actúan con corrección tratando de no despreciarle ni a él ni a su trabajo, se volverá con el paso del tiempo más amigable hasta el punto de ofrecerles su ayuda.

ANTONIO CASTILLO

Independiente e incomprendido

Tiene veintitrés años de edad y siempre en total soledad, lo que le ha convertido en un hábil cazador que vive lejos de la civilización, siempre en los bosques con la única compañía de sus perros asilvestrados y lobos, a quienes entrena y amaestra. Existen muchos rumores acerca de su persona y muchos le señalan como el artífice del amaestramiento de la Bestia de Verín, causante de las atroces muertes.

ANTONIO DE VILARIÑO

Su arma lo dice todo... "Sangre y Honor"

Reconocido en toda Galicia como un gran cazador y que jamás ha perdido una presa, es un hombre muy alto, de robustos y anchos hombros, que muestra un aspecto de ferocidad y que amedrenta a quienes están a su alrededor. Lleva su pelo moreno cortado prácticamente al ras de la piel y destacar que rara vez aparece sin su espada familiar, que tiene grabado en su hoja el lema de la familia, "Sangre y Honor".

ARMANDO ABAIXO

Un antiguo sirviente con malos recuerdos

Es bastante delgado, con un pelo castaño y lacio, que hace que mirarlo deprima un poco, pues siempre parece triste y con un tanto de mala suerte. Armando sabe que la familia Ulloa está mezclada en algo turbio, pero no sabe exactamente en qué. Trabajó para ellos durante algunas semanas y quiere averiguar lo que ocurre. Conoce historias acerca de hombres lobo en relación con las pérdidas de ovejas, como casi todo el mundo por aquí, pero él está convencido de que se debe a lobos o a perros asilvestrados. También ha oído rumores acerca de seres extraños en el bosque, pero sabe poco de ello y recomendará preguntar a Juan de Rama-Cancela en la posada de las Siete Cruces.

Llegado el momento sufrirá la "Maldición de Lobosome" por parte de Juan de Ulloa y cometerá actos brutales sobre unas niñas en Castrelo do Val. Este salvajismo le aterrará cuando sea consciente de lo sucedido y se ahorcará para evitar cometer más asesinatos.



BEATRIZ DE ULLOA

Condesa de Ulloa y como su marido... poco mas...

Muy alta y delgada, en clara contraposición a su esposo, con el porte siempre en un acto de distinción exagerado que la hace parecer distante. Su cabello ya encanecido y siempre recogido, enmarcan unas facciones duras. La mayoría de las veces de soberbia.

Sus ideas son casi siempre anodinas pero una cosa tiene clara, si alguien puede hacer algo por su familia es su hijo y le ayudará en todo lo que precise. Sabe que jamás podrá ser el Rey de todas las Españas pero si alcanzar un lugar de prominencia en esta decrepita sociedad.

BERNARDO DE FONSECA

Conde de Fonseca y una buena persona

Físicamente poco halagüeño se puede decir, es un hombre bajo y rechoncho, extremadamente compasivo, una persona verdaderamente bondadosa y que frecuentemente tiene auténticos accesos de compasión; en su interior se siente dolido de ver como su gente cae bajo el yugo del Conde Manuel de Acevedo y el Conde Sancho de Ulloa. Las rivalidades entre nobles le importan poco y siempre está muy por encima de todo tipo de disputas políticas. Es extremadamente honesto y recto, que ya no está en lo mejor de la vida y es consciente de ello, ya que a veces se muestra arrogante en el trato con otros nobles.

Afin a las ideas de los librepensadores y promotor de reuniones de estos en su hacienda, tiene a su disposición una surtida biblioteca de libros prohibidos, historias secretas y diarios olvidados o cosas que las autoridades prefieren no saber. Bernardo cree que las leyes y los gobiernos son males necesarios que al final se deberán extirpar. Posee firmes ideales y cree de verdad en la causa de la sociedad. Sabe que tiene mucho que perder si los que piensan como él alcanzan sus metas, pero siente que las ventajas de semejante sacrificio, para ellos y el resto de la sociedad, bien vale todo a cuánto debe renunciar.

Bernardo de Fonseca se lleva mal con la mayoría de las familias nobles de la zona y en particular con la familia Ulloa. Gran conocedor de parte de los chanchullos y negocios ilegales por parte del Conde Manuel de Acevedo, intenta mantenerse al margen de la política en todo momento, pasando completamente desapercibido en las reuniones de sociedad, pues lo último que desea es llamar la atención y meterse en líos. Lo más importante para él es su hijo, a quien aprecia e intenta educar basándose en la moral y la ética.

En su hacienda mantiene una guardia privada de unos veinte hombres, casi todos afines de a sus ideas y muchos ocultos aquí debido a sus ideas, pues son perseguidos por diversos motivos por todo el Reino.

CARLOS FADO

Un mercenario solo preocupado de su bolsillo

No demasiado alto ni demasiado delgado, no llama mucho la atención y eso es bueno para su oficio, cuando el oficio es matar. No importa si de frente o de espaldas, pero de esta última forma, uno tiene menos problemas. De tez morena y rara vez afeitado, denota claramente su origen portugués y junto a él, ha reunido un grupo de hombres vigorosos que cumplen sus órdenes sin rechistar.



Ha participado incluso en algunos de los rituales de la Hermandad y no tendrán ningún reparo en apalearse e incluso matar a quien se le ordene. Si su Señor de Ulloa o los portugueses sospechan que hay alguna amenaza para sus planes no tardarán en realizar actos encaminados a zanjar el problema, para asustarlos hasta que salgan de la provincia o acabar con ellos de una vez por todas.

CHIARA GIULIANI

Ni Condesa ni prostituta... Solo una espía

Su larga melena negra como el azabache y ligeramente rizada, enmarca unos enormes y preciosos ojos oscuros, unos sensuales labios carnosos, unas bellas y gráciles facciones. Es alta, de constitución esbelta y atlética, sensual hasta límites insospechados. Provoca el deseo desmedido en los hombres a quienes encandila con su sola presencia. Usualmente lleva un velo tupido decorado con perlas negras, lo que impide que nadie vea su cara con claridad y la mantiene en el misterio.

Se trata de una ambiciosa e inteligentísima mujer cuya meta es poderse valer por sí misma, tener la posición y riqueza que le negó el ser mujer, pues toda su heredad la recibió su hermano menor solo por ser varón. Cree que las mujeres deberían ser capaces de manejar el poder, la propiedad privada y dirigir naciones, igual que sus contrapartidas masculinas hacen. En esta España, dichas ideas son madera para la hoguera, y por lo tanto Chiara está jugando con fuego. Su vida es esta llena de peligros, marcada por la traición, el miedo y un intenso secretismo. Jamás se da por vencida y siempre consigue lo que quiere... O casi.

Durante los últimos cuatro años ha sido espía de la Iglesia de Roma, pero últimamente trabaja directamente para el Tribunal de la Inquisición. Precisamente por este motivo se encuentra en Verín, por mandato directo de la Inquisición, para investigar las extrañas maniobras y estrategias de Monseñor Juan Pedro Amelio, Enrique de Laza y la familia Ulloa. Este es su secreto y su objetivo.

Es una maestra del disfraz, del envenenamiento, y extremadamente culta. Habla agradablemente, con precisión y frecuentemente usa palabras ampulosas. Se hace pasar por condesa de Mondavi, cuando lo desea y como prostituta cuando lo requiere la situación para acercarse a Monseñor Amelio, pero no es ninguna de ambas cosas.

DANIELO

Joven cazador y prometedor héroe de los campesinos

Es un joven, aunque ya veterano maestro cazador de lobos. Un gallego muy grande y musculoso, con una larga melena rojiza, diversas cicatrices cruzan su rostro y cuerpo, que como él dice, son sus medallas a sus acciones e indican claramente la dureza de dichas acciones. Destaca en su rostro un cuidado bigote y barba, que dejan entrever algo de su piel oscura y curtida. Viste en todo momento ropas con pieles de animales. Para él sus perros de caza son lo más importante.

Su alma está muerta desde que perdió a su familia siendo niño, vacía de sentimientos o conciencia, e incluso del menor sentido del bien y del mal. Disfruta cazando y matando animales salvajes, esto le hace sentirse vivo y útil, y no ve en ello nada malo. Normalmente está muy serio y jamás se da el lujo de divertirse, sobre todo si tiene alguna cacería o trabajo entre manos.



ELIAS

Un ermitaño con mucho que esconder

No demasiado alto ni demasiado bajo, no muy fuerte pero tampoco débil... No muy guapo pero tampoco feo... Pero sí que es un diestro espadachín que ha estado al servicio de Su Majestad, primero con Felipe, el Tercero de su nombre y posteriormente con su hijo. Pero por desgracia tuvo que alquilar su acero para poder malvivir y por ello se granjeó la enemistad del Secretario Alquezar cuando realizando una misión para este, se negó a asesinar a un niño. Por eso tuvo que huir de Castilla ocultándose en el Bosque de Verín.

ENRIQUE DE LAZA

Sacerdote de Verín y seguidor de la Conspiración de Piedrasacra

Enrique de Laza es el párroco de Verín y tiene a su cargo la Iglesia de Santa María la Mayor. A sus cincuenta y cinco años se trata de un hombre constitución robusta, gran carisma, pareciendo que a su alrededor siempre hay un aura de misterio y que él dice que se debe a su origen gallego que lo deja todo como escondido entre la niebla. De cara esquelética y cabello canoso, su mirada provoca respeto e incluso miedo en todas las personas a su alrededor. Siempre viste las ropas de su cargo y porta un crucifijo metálico de enormes dimensiones. Habla pausadamente y sus ojos tienden a moverse con rapidez durante las conversaciones, vigilando cada esquina por si surge algo que deba recordar.

Desde su juventud le han fascinado los misterios de las religiones y el poder que se oculta en cada una de estas, ha intentado redescubrir los secretos largo tiempo olvidados de los hechizos de su gente y eso le llevó a toparse con el Conde de Piedrasacra, quien le reveló sus dotes para la hechicería y le “convenció” para que se uniera a la causa de crear un nuevo país. Un país mejor para quienes lo gobernasen. Por ese motivo desde hace años trabaja en la idea de cambiar de Gobierno.

Cuando se percató de las “facultades” de Juan de Ulloa para sanar heridas, saltar más alto y más lejos, su fuerza... Se convirtió en participante de las insanas actividades de los Ulloa y más aun cuando descubrió la existencia de unas ruinas celtas en Verín, en los subterráneos de las ruinas de la vieja Abadía del Bosque. Le contó a Don Rodrigo de las extrañas facultades de Juan de Ulloa y del secreto del oro bajo las ruinas. Lo demás se gestó poco a poco. El sacerdote ayudaría a crear caos en Galicia fomentando los asesinatos por medio del primogénito de los Ulloa, hasta el punto de que la Corte enviara tropas del propio Monarca y se desguarneciera la capital del Reino. A la par, se adueñaría del oro para enviarlo a Madrid, donde se gestaría esta Conspiración para hacerse con el poder de la Corona o al menos hacerse con el verdadero poder, el ser Valido de Felipe el Cuarto, debido a que esta se encuentra muy debilitada al enviar tropas de la Casa Real a Galicia.

A pesar de su extraña obsesión por lo que está más allá, de Laza es un hombre inteligente, muy por encima de los Ulloa y colabora con ellos en aras de cumplir con lo que don Rodrigo de Piedrasacra le ha encomendado: conseguir que la zona del Concejo de Verín atraiga toda la atención posible de la Villa de Madrid y recaudar la máxima cantidad de oro para enviarlo a Madrid, donde se gestará un movimiento que convulsionará la Monarquía. Todo ello será ampliamente recompensado a quienes lo merezcan

El párroco tiene especial facilidad para la intriga, una lengua como una daga envenenada, una personalidad vil y traicionera. Pocos le han ofendido y han vivido para contarlo. A Enrique le gustan las acciones encubiertas y tiene a Juan Xobrelluna como el ejecutor directo de sus órdenes.



FRANCISCO LA FUENTE

El alcalde de Verín... sin más

Una persona bajita y algo rechoncha, que realmente no es mala pero que tampoco es capaz de hacer nada bueno. Jamás es capaz de hacer nada por si mismo pues siempre se ha visto sometido a poderes más altos y se ha acostumbrado a no tener “ni voz ni voto”. Lo mejor que se puede decir de él es que es prescindible. Totalmente prescindible.

GASPAR DE ACEVEDO

Un joven... noble de corazón... bastardo de cuna

Alto y de buen porte, con una larga melena negra, con las cejas arqueadas y la sonrisa en la boca, este joven de veintiún años de edad es, o era, el hijo bastardo del Conde de Acevedo. En su infancia tuvo como compañeros de travesuras a Tomás de Fonseca y Mariana de Ulloa, pero antes de llegar a la mayoría de edad, escapó de la casa de los criados donde había crecido para no volver jamás y se ha tirado al monte, dedicándose a quebrar los oscuros negocios de su “padre”.

Este adorable proscrito se ha convertido en la esperanza del pueblo de Verín, que ve en él a alguien que puede hacer ver al Conde Manuel de Acevedo la terrible situación que vive su provincia. Se ha convertido en un héroe local. A modo de los más famosos bandoleros, es el conservador de la justicia auténtica y dirige una banda de bandidos que asaltan a los ricos para dárselo a los pobres. Intentará acercarse a los Actores para ver cuáles son sus intenciones reales.

JESUS TAMAGÜELOS

Un caballero de otros tiempos sin sitio en este

Caballero abnegado de la Orden de Alcántara, impetuoso y atolondrado, sigue el código de la Orden a rajatabla. Noble, compasivo y generoso, este descendiente de portugueses guarda el orgullo de los Caballeros más admirados de las historias de caballería y, por su valentía y arrojo, es bien considerado por la nobleza en Portugal y por supuesto, también en esta zona de Galicia.

Lleva unos días bastante preocupado pues no es capaz de recordar lo que hizo entre los días 19 y 20 de Noviembre, pero es debido a que Juan de Ulloa realizó un hechizo sobre él y lo transformó en “lobisome”. Esa noche del 19 asesinó a Heriberto Roca, para llegado el amanecer y sin recordar nada despertarse en el bosque. Desorientado, pide refugio a Juan de Rama-Cancela en “Las Siete Cruces”, quien se la proporciona sin preguntar nada más. Este es el motivo por el cual Juan de Ulloa no lo localiza y no puede deshacerse de él, pues Tamagüelos no saldrá de la habitación en la que se refugia de la posada... ¡Al menos de momento!

JOSÉ MACEDA

Militar... por decir algo...

Es el Comandante General de las tropas de esta provincia, pese a sus cincuenta y cinco años tiene el pelo muy ralo y encanecido, pero destaca su baja estatura y su enorme anchura de hombros, que le hacen parecer temible en las distancias cortas. Posee una aguda y penetrante mirada, la cual usa con intensidad, intentando hacer que los demás desvíen la mirada cuando se cruzan con la suya. Viste impecablemente a la



última moda traída de la Corte de Madrid y a veces más parece un cortesano que un soldado. Creció bajo la sombra de la Guerra, pues ya su padre era un famoso militar al servicio de la Corona bajo el Rey Carlos I, que hizo que desde pequeño fuese instruido para suceder a su padre y pronto comenzó a amar la instrucción militar. Tenía un inmenso talento, así que su aprendizaje fue inusualmente breve y ascendió dentro del escalafón militar con mucha más rapidez de lo normal, también posiblemente gracias a los contactos de su padre.

Valora demasiado su amistad con Manuel de Acevedo y es capaz de hacer cualquier cosa por él. Después de la Guerra en Flandes se retiró de la vida militar y actualmente vive, disfrutando de su retiro en la zona de sus antepasados en el Concejo de Verín, pero aun así, es la máxima autoridad después del Conde Manuel de Acevedo en la provincia, de quien es amigo y consejero personal. El Capitán Alfonso de Viana responde directamente de él y le gusta hacerlo notar a todos los que le rodean, a veces dando órdenes totalmente innecesarias.

JOSEFA DE QUEIRA

Independiente e infatigable

Es una joven natural de Verín, que está bien educada y que ha viajado por todas las partes de España. Con una fuerte constitución y musculosa, bastante atractiva, pero que no sigue el prototipo de la guapa sosita tonta.

Su aspecto es siempre bueno y habitualmente lleva pendientes de aros, de su tiempo de compartir armas con los corsarios del Levante. Una mujer honesta y orgullosa de su misión en la vida. Es una espadachín ortodoxa pero contundente y que no deja jamás pasar una oportunidad para mejorar su arte con el acero.

JUAN DE RAMA - CANCELA

Un posadero más que informado

Aunque de talla no muy alta, si que parece más ancho que alto y sobre todo destaca por su negra melena que siempre lleva en una coleta. Se trata de un hombre jovial, testarudo, temperamental y maduro, que sin embargo sigue manteniéndose en una forma excelente a pesar de ser un posadero. Es un castellano, veterano de la Guerra de Nápoles y Flandes en los Tercios, que tras licenciarse, decidió abrir la posada de las Siete Cruces en Verín, pero aun así sigue siendo un buen espadachín y nadie se atreve a llevarle la contraria en la zona del Concejo de Verín.

Es más importante destacar que en realidad es un espía de Gaspar de Bonifaz, el Caballerizo Real, que le propuso la propiedad de la posada siempre que tuviera tiempo para “observar” lo que sucediese en relación a la familia Acevedo y en concreto al propio Miembro del Consejo de Estado, Don Manuel de Acevedo y Zúñiga. Hace unos días recibió un Correo que le comunicaba que en breve, acudiría un “compañero” al Concejo para realizar alguna disposición “privada”, siendo adecuado ayudarlo si fuera necesario, en el caso de que lo descubra.



JUAN DE ULLOA / LOBISOME

Un hombre corrupto de cuerpo y alma

Es un apuesto hombre de estatura alta, con melena de cabello rubio casi albino y un fino mostacho que le da un aire de distinción. Viste elegantemente en todo momento y se preocupa de que siempre esté impecable, a pesar de que no viste a la moda de la Villa y Corte, pues sus ropajes estaban de moda hace un par de años. Es joven, pero su piel es áspera y llena de marcas que él dice que proceden de una rara enfermedad hereditaria pero su aspecto se debe a que desde que aprendió a controlar su transformación en lobisome, cada vez mas características del “monstruo” permanecen en Juan. Ha deseado limpiar la afrenta que sufrió su familia a manos de la Familia Real, allá por el Reinado de Carlos I, cuando se les obvió para cualquier caro relevante en el Concejo y mucho mas para cualquier asunto de la Corona, por supuestos actos poco honorables como el contrabando, usura... y actos que ningún católico de sangre noble realizaría. Su búsqueda de poder para limpiar su nombre, le llevó a practicar las artes de Goecia y conseguir transformar su cuerpo a voluntad en lo más parecido a su alma, un lobisome... Enorme... Leta!...

Posee una voluntad de hierro y mucho orgullo, unidos a la confianza de poder derrotar a cualquier adversario. Corrupto y excesivamente competente, aunque con tendencia a eliminar los problemas usando el medio más rápido: violencia fría y rápida. Su única debilidad es que tiene celos de cualquier hombre que se acerque a su hermana, de la que está profundamente enamorado. Siempre se le ha reconocido por ser un gran aficionado a la caza mayor y que ha regresado a Verín hace medio año, según dicen de prestar sus servicios al Rey en diversas batallas... en Argel... en Flandes... y que en todos los lances de batalla destacó por su bravura. Aunque muchos dirían crueldad más que bravura.

Es el líder de la Hermandad de los Lobos, por ello ha realizado todos sus movimientos inspirado por sus “sueños” premonitorios, pues gracias a ellos averiguó la existencia de los subterráneos bajo la vieja abadía donde encontró los “textos” que le enseñaron a convertirse en lobisome y a maldecir a los demás, y por supuesto, estos sueños le han mostrado la idea para aterrorizar Verín y ello le ha llevado a idear como promover una Conspiración en la Villa y Corte. Evidentemente Juan de Ulloa es la Bestia de Bosque de Verín, aunque por sus conocimientos, contagia a otros “desvalidos” para que tomen la forma de la Bestia y creen el pánico por doquier. Es un malvado lobisome y como tal ha de ser tratado, más aun cuando es Juan quien consigue dominar casi por completo a la Bestia.

JUAN PABLO MARTÍN

Un mentiroso y despreocupado curandero

Ni demasiado fuerte ni demasiado alto pero muy astuto. Durante varios años se ha hecho pasar por médico sacamuelas, pero en realidad se gana la vida curando a los campesinos de la zona y haciendo abortos clandestinos. Ejerce de curandero cuando en realidad no lo es, es un fraude y perjura que sus poderes se los ha otorgado Dios

JUAN PEDRO AMELIO

Obispo de Orense y católico no practicante

Ya cerca de los setenta años, Monseñor Amelio es excesivamente gordo, un poco más alto que el promedio de los españoles, destaca su completa calvicie que hace destacar una perilla morena y unas espesas cejas negras en un rostro surcado por pronunciadas arrugas. En muchas ocasiones muestra cierto aburrimiento



y letargo cuando se le presenta algo que no está relacionado directamente con sus objetivos políticos o religiosos.

Monseñor Juan Pedro Amelio es el Obispo de Orense y a pesar de que no está en sus mejores días, tiene todavía demasiado poder en toda la provincia debido a que posee una extensa red de espías e informadores con el objetivo de enterarse puntualmente de cualquier cosa que ocurra en lo que considera su “rebaño”, sobre todo si tiene que ver con la familia de Acevedo o la nobleza local. De este modo, usa dicha información en su propio beneficio, normalmente vendiéndola o chantajeando a las partes interesadas, pues una palabra del Obispo acercaría la alargada sombra de la Inquisición y ya se sabe, son demasiado amigos de las hogueras y las confesiones con “ayuda”. De esta forma ejerce un poder mayor que cualquier persona en la zona, salvo el Conde de Acevedo. Pero aunque parezca increíble desconoce la existencia de la Hermandad de los Lobos, aunque no tardará mucho en descubrirlo...

A pesar de pertenecer al clero, es extremadamente frívolo, lascivo y lujurioso, siendo conocida por muchos su afición insana hacia las mujeres y el sexo. Desde hace tiempo ha observado como crecía y maduraba Mariana de Ulloa, creciendo su deseo por poseerla y está esperando el momento para descubrir algo con lo que chantajear a su familia Ulloa y promover un matrimonio con algún “allegado” suyo, que le permita tener cerca a la joven y compartir su lecho. Mientras, se contenta con su amante Chiara Giuliani, condesa de Mondavi, es obvio que desconoce que se trata de una espía de la Iglesia de Roma enviada a Verín para investigar a él... entre otros.

Mantiene una guardia personal de al menos treinta soldados que le hacen el trabajo sucio y le protegen diariamente, pues es evidente que con los años se ha granjeado muchos enemigos, que bien pudieran aprovechar cualquier ocasión para tomar cumplida venganza.

JUAN XOBRELLUNA

Asesino... Sádico... Letaf...

No es muy alto pero si enormemente atlético, de rostro más bien anodino destaca por ser un tipo altanero y presuntuoso. Es un experto en los engaños y en la traición, siendo para él sorprendentemente fácil mentir, le apuñalaría a un amigo por la espalda por unos pocos reales y sería capaz de robarle a una ancianita simplemente para matar el tedio. A Juan le gustan las acciones encubiertas y es experto en el sigilo, la oscuridad y las muertes rápidas y crueles. Para él, matar de frente es un acto de idiotas. Últimamente trabaja a las órdenes de Enrique de Laza, pues no sabe el motivo, pero le causa un temor irracional.

LEONOR MARIA DE GUZMAN

Una verdadera Guzmán y la única inteligente del Castillo

La hija de Enrique de Guzmán, Segundo Conde de Olivares y de Ana María Pimentel de Fonseca, hermana de Gaspar Felipe de Guzmán Pimentel y Acevedo, actual Conde de Olivares, es la única persona que usa realmente la cabeza en dicha familia para pensar. No conoce de los negocios truculentos de su esposo pero en caso de hacerlo, no dudaría en comunicárselo a su tío, el Valido de Su Majestad, Baltasar de Zúñiga o a su hermano, quienes darían su justa “recompensa” a su esposo.



Su única pena y también punto débil es no haber podido tener descendencia, pero lo agrava el saber que su esposo ha tenido descendencia con otra mujer y lo ve en el bastardo de Gaspar, recuerdo imborrable de su propio fracaso.

LUÍS MONTAÑES

Un buen hombre al que le gusta escribir la verdad

Luís es un hombre alto y delgado, de cabello castaño oscuro que ya le empieza a escasear y unas lentes de cristal grueso que tienden a resbalarle nariz abajo. Un extraño personaje para la sociedad de Verín, pero desde que comenzaron las desgracias se ha trasladado de la Villa y Corte para poder narrar lo que aquí sucede. Sus lectores en la “Gaceta de la Villa” estarán ansiosos por saber lo que de verdad está sucediendo.

Destacar que este hombre conoce a los Actores o al menos por referencias y ha escrito en diversas ocasiones sobre los propios Actores.

“MAÑO DE DIOS” FELIPE

Loco pero loco de atar

El nombre real de Felipe es Philippe, un francés que se asentó en la zona sin saber muy bien porque... Se trata de un trampero de unos cincuenta y siete años, compañero de Heriberto Roca desde mucho tiempo atrás y fue quien encontró el cadáver de Heriberto en las cercanías de su casa. Desde la tragedia, Felipe dice haber recibido la llamada de Dios, ha cambiado de nombre y se ha hecho predicador, con lo cual se pasa la mayor parte del tiempo anunciando “¡El fin del mundo! ¡Cuando las criaturas del abismo surgirán para llevarse a los réprobos!” Los de Verín creen que el hecho de encontrar el cadáver de Heriberto Roca fue demasiado para su salud mental.

Felipe se volvió loco al ver a Tamagüelos en forma de lobisome destrozando a Heriberto y tras lo cual huyó al bosque. Felipe cree que los pecados de Heriberto hicieron que el diablo acudiera a llevárselo y para su “castigo”. Es elegido por Ulloa para ser la próxima Bestia y será Felipe quien atacará a María Juana Valle, que le provocará una herida grave, de la que mientras se repone, será cazado por Juan de Ulloa y asesinará, para enterrarlo en el Templo del Lobo.

MANUEL DE ACEVEDO Y ZUÑIGA

Conde de Monterrei y Miembro del Consejo de Estado

Manuel de Acevedo es delgado y poco atlético, con una aguda perilla que le hace parecer arrogante y que ya sólo piensa en sí mismo. De ojos vigilantes y redondos como un búho, la tez cetrina, la sonrisa amarga del hombre que vive rodeado de arbitros y abogados y pierde complicados pleitos genealógicos. Vive rodeado de un lujo desacerbado que nadie más en todo Orense puede permitirse y le encanta hacer gala de él. Se le puede ver vistiendo las ropas más caras y a la última moda, sombreros ostentosos y una gran variedad de cara joyería. Mantiene una guardia privada en su hacienda de al menos cincuenta soldados que le protegen diariamente, pues como él dice, un Miembro del Consejo de Estado es un claro objetivo de cualquier potencia enemiga y están los tiempos muy revueltos. Siempre sintió intención de emprender grandes empresas de Estado, pero jamás pasó de la intención. Se cree hábil, pero solo es truculento.



El Conde no pretende realizar ninguna cosa para bienestar de sus ciudadanos porque ello carece totalmente de interés para él y su única preocupación consiste en acumular el máximo de riqueza posible, pero sobre todo agradar a su tío Baltasar de Zúñiga, lo cual le hará quedar bien ante Su Majestad. Con este fin, exige a la gente de la provincia y a los comerciantes que la visitan, unos impuestos tan altos como lo permita la economía de la ciudad. Lleva varios años dirigiendo el Concejo de Verín con mano dura y no presta especial atención a aquellas cosas que le rodean que no le reporten algún beneficio, de ahí que no conozca los planes y artimañas de los Ulloa, a quienes desprecia habitualmente en público.

Viaja constantemente a Madrid para la mayoría de las reuniones de sociedad en la Corte y para las reuniones del Consejo de Estado, por lo que en muchas ocasiones no se encuentra en Monterrei. Últimamente, se ha extendido el rumor de que trafica con reliquias celtas y romanas en la frontera con Portugal y que el obispo de Orense le consiente y ayuda.

MARCELO DE BOCA

Un estudiante joven y divertido

Es un joven bien proporcionado, luce bigote a la moda, además de ser muy atractivo y amistoso, extrovertido, conversa con facilidad, pero destaca porque habitualmente exuda un tufo a perfume.

Es un estudiante universitario en la ciudad de Santiago de Compostela y tiene toda la pinta de ello. Lleva el pelo liso peinado a la última moda, usa el argot de más actualidad, confía mucho en sí mismo y va elegantemente vestido.

MARIANA DE ULLOA

Una belleza... por dentro y por fuera

Única hija del Conde de Ulloa, acaba de cumplir los diecisiete años. Delgada, dulce, vestida siempre de forma sensual y favorecedora, aunque sin caer en lo chabacano. Destaca una larga melena rubia y una sonrisa encantadora. Es arrebatadoramente hermosa, sabe como enfatizar su aspecto y encanto en favor de otras habilidades. Es pálida y delicada. Su rostro es perfecto, sus grandes ojos azules hacen las delicias de sus admiradores y sus labios carmesíes los más deseados de Verín. Si a esto añadimos su escultural figura hace de ella una mujer hermosísima.

Es una joven que sabe utilizar su encanto como arma y escudo. En su infancia tuvo como compañeros de travesuras a Tomás de Fonseca y Gaspar de Acevedo, quien fue su primer gran amor. Tomás desde entonces está profundamente enamorado de ella y suele habitualmente meterse en líos por ello.

Su padre, Sancho de Ulloa, la ha ignorado totalmente en los últimos años y ocasionalmente puede vérsela cabalgando por los alrededores de Verín, sin importarle en ningún momento el peligro que eso entraña. Es una excepcional amazona, extremadamente rebelde y habitualmente desatiende los consejos de sus padres. No le gusta que le den órdenes... ¡Así de simple!

MOURAZOS

Un cazador muy capaz

El cazador más intrépido del Concejo de Verín, es bastante alto y ancho de hombros, con una constitución de roble. Tiene el pelo oscuro y rizado, ojos duros como el acero y una prominente cicatriz en su



mejilla derecha debido al brutal garrazo de un lobo. Todos sus intentos por dar caza a la Bestia de Verín han sido infructuosos por más que lo ha intentado. Actualmente vive en una solitaria cabaña en el Bosque de Verín, aunque recientemente abandonó la zona más profunda por una más cercana a la civilización.

PABLO BUBAL

Un noble arruinado

Es un hombre alto, no demasiado musculoso, de apariencia ante la cual han caído las más nobles damas de Verín, excepto Mariana de Ulloa, evidentemente. A pesar de su actual condición social se comporta con absoluta dignidad. Este joven Alférez de los Tercios, ahora desposeído de su título de noble por Mandato Real, al haberse negado a pasar a cuchillo a un poblado de Argel, ha luchado contra los argelinos, contra los berberiscos... en la frontera de Flandes... Es orgulloso y arrogante pero justo, con dotes de mando y habilidad para la estrategia militar.

PEDRO SALINAS

Una sombra pero más listo de lo que muestra

Es un hombre grande, de apariencia bonancible, pero que deja intranquilos a aquéllos con los que tiene trato, pues siempre intenta dar la impresión de que es estúpido. Prefiere quedar siempre en segundo plano, y a veces recorre las calles del Concejo de forma subrepticia, sin llamar la atención pero enterándose de lo que sucede en el Concejo de Verín. Sabe que de La Fuente y Maceda pertenecen a un extraño "culto".

RICARDO RASELA

Un hombre con buen oído y mejor lengua

Es un hombre pequeño, redondo, y de cabello blanco habitualmente despeinado, siempre va mal afeitado. Sus ropas están arrugadas y algunas veces bastante raídas. El único defecto o problemilla es que le gusta escuchar para luego poder rumorear. Quienes se acerquen a él podrán enterarse de la vida y milagros de prácticamente cualquier ciudadano de relevancia de Verín ¡Incluso es posible que lo que les diga sea verdad!

SANCHO DE ULLOA

Conde de Ulloa y poco mas...

Siempre ha sido demasiado bajito y orondo, con una salud muy enfermiza. Se destaca el pelo lacio y canoso que enmarca unas facciones arrugadas por el paso del tiempo y el exceso en los vicios. Tose con frecuencia y deja entrever una sonrisa que se descubre falsa a todos ojos.

Permanece en un segundo plano, dejando que sea su hijo, a quien le tiene miedo, figure de forma prominente, dirija la Hermandad y por supuesto el destino de la Familia Ulloa. Ansía que su familia recupere la posición social de la que antaño disponía e incluso espera poder vivir en la Villa y Corte con su hijo como Monarca... ¡No es más que un imbécil de cuna noble!



TOMAS DE FONSECA

Joven de buen corazón y un poco alocado

Es el primogénito y único hijo del Conde Bernardo de Fonseca, ha destacado por ser un apuesto joven gallego de dieciocho años, con un llamativo cabello castaño y unos cálidos ojos marrones. Cuando está tranquilo, brilla su inteligencia natural y su carisma, siempre alegre y sonriendo, pero cuando se muestra preocupado no deja de chasquear sus dedos, gesto que refleja la inmadurez que algunos le atribuyen.

Apenas era un niño, pues contaba con cinco años, cuando su madre murió víctima de unas extrañas fiebres y puede que por eso, desde su más tierna edad, todo lo que desea son las aventuras y ha crecido cazando, desde ciervos y faisanes hasta lobos y osos enloquecidos. Adora este deporte con todo su corazón, y lo ve como una diversión. En su infancia era compañero de travesuras de Gaspar de Acevedo y Mariana de Ulloa, de la que está profundamente enamorado desde entonces, pero es lo suficientemente tímido como para no tomar jamás la iniciativa.

Conoce a la perfección la Concejo de Verín y sus recovecos por lo que será una gran ayuda para los que deseen recorrerlo y su mayor ilusión es poder servir a la Corona, por lo que cazar a la Bestia pudiera atraer la mirada de Su Majestad Felipe IV. Ansía el valerse por si mismo, no depender de su padre, a quien idolatra y ver todo lo que el mundo pueda ofrecerle. Desea viajar desde este recóndito lugar hasta la Villa y Corte, para poder embarcarse en las naos que llevan al Nuevo Mundo... Pero por culpa de los últimos acontecimientos, sus actos van encaminados a liberarse de la "maldición" que le hace ser un monstruo y posteriormente purgar los males que ha cometido mientras la Bestia se apoderaba de él.



Deudas a los



Victores



El Infierno de Dante

El documento que posee el Conde Bernardo de Fonseca y que podrá ceder si resuelven el acuciante problema que asola el Concejo de Verín. Lo único destacable es que este es uno de los tres legajos que encierran más de lo que en si aparenta.

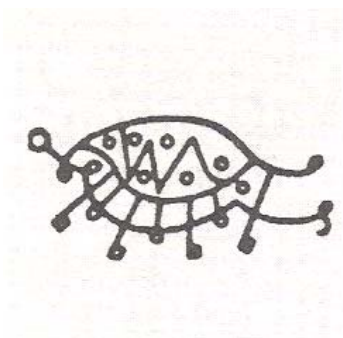
Dentro del libro se contendrá la manera de poder crear un Talismán (Liberación de Aquelarre) y estará explicado en aquellas letras minúsculas y por encima del texto habitual...

Tipo:	Talismán
Componentes:	Placa de oro, hilos de plata y Corindón.
Caducidad:	El talismán no pierde sus propiedades con el paso del tiempo.
Duración:	Efecto del hechizo inmediato.
Descripción:	Una vez activado el talismán, todas las ligaduras que sujeten a su portador se soltarán y caerán al suelo (a no ser que sean de tipo mágico).

Se encontrará escrito lo siguiente entre los versos del Infierno y para descubrir lo siguiente:

"Por el poder de Bifrons, con su nombre tallado en una placa de oro con hilos de plata que aferren y aten él corindón, será lo único aferrado y atado cerca de su portador. Ninguna ligadura retendrá a quien no desee estar retenido."

Infierno
de
Bernardo Fonseca





INFIERNO

CANTO I

A mitad del camino de la vida,
en una selva oscura me encontraba
porque mi ruta había extraviado.

¡Cuán dura cosa es decir cuál era
esta salvaje selva, áspera y fuerte
que me vuelve el temor al pensamiento!

Es tan amarga casi cual la muerte;
mas por tratar del bien que allí encontré,
de otras cosas diré que me ocurrieron.

Yo no sé repetir cómo entré en ella
pues tan dormido me hallaba en el punto
que abandoné la senda verdadera.

Mas cuando hube llegado al pie de un monte,
allí donde aquel valle terminaba
que el corazón habíame aterrado,

hacia lo alto miré, y vi que su cima
ya vestían los rayos del planeta
que lleva recto por cualquier camino.

Entonces se calmó aquel miedo un poco,
que en el lago del alma había entrado
la noche que pasé con tanta angustia.

Y como quien con aliento anhelante,
ya salido del piélagos a la orilla,
se vuelve y mira al agua peligrosa,

tal mi ánimo, huyendo todavía,
se volvió por mirar de nuevo el sitio
que a los que viven traspasar no deja.

Repuesto un poco el cuerpo fatigado,
seguí el camino por la yerma loma,
siempre afirmando el pie de más abajo.

Y vi, casi al principio de la cuesta,
una onza ligera y muy veloz,
que de una piel con pintas se cubría;

y de delante no se me apartaba,
más de tal modo me cortaba el paso,
que muchas veces quise dar la vuelta.

Entonces comenzaba un nuevo día,
y el sol se alzaba al par que las estrellas
que junto a él el gran amor divino

sus bellezas movió por vez primera;
así es que no auguraba nada malo
de aquella fiera de la piel manchada

la hora del día y la dulce estación;
más no tal que terror no produjese
la imagen de un león que luego vi.

Me pareció que contra mí venía,
con la cabeza erguida y hambre fiera,
y hasta temerle parecía el aire.

Y una loba que todo el apetito
parecía cargar en su flaqueza,
que ha hecho vivir a muchos en desgracia.

Tantos pesares ésta me produjo,
con el pavor que verla me causaba
que perdí la esperanza de la cumbre.

Y como aquel que alegre se hace rico
y llega luego un tiempo en que se arruina,
y en todo pensamiento sufre y llora:

tal la bestia me hacía sin dar tregua,
pues, viniendo hacia mí muy lentamente,
me empujaba hacia allí donde el sol calla.

Mientras que yo bajaba por la cuesta,
se me mostró delante de los ojos
alguien que, en su silencio, creí mudo.

Cuando vi a aquel en ese gran desierto
«Apíadate de mí -yo le grité-,
seas quien seas, sombra a hombre vivo.»

Me dijo: «Hombre no soy, mas hombre fui,
y a mis padres dio una Lombardía
pues Mantua fue la patria de los dos.

Nací sub julio César, aunque tarde,
y viví en Roma bajo el buen Augusto:
tiempos de falsos dioses mentirosos.

Poeta fui, y canté de aquel justo
hijo de Anquises que vino de Troya,
cuando Ilión la soberbia fue abrasada.

¿Por qué retornas a tan grande pena,
y no subes al monte deleitoso
que es principio y razón de toda dicha?»

« ¿Eres Virgilio, pues, y aquella fuente
de quien mana tal río de elocuencia?
-respondí yo con frente avergonzada-.

Oh luz y honor de todos los poetas,
válgame el gran amor y el gran trabajo
que me han hecho estudiar tu gran volumen.

Eres tú mi modelo y mi maestro;
el único eres tú de quien tomé
el bello estilo que me ha dado honra.

Mira la bestia por la cual me he vuelto:
sabio famoso, de ella ponme a salvo,
pues hace que me tiemblen pulso y venas.»

«Es menester que sigas otra ruta
-me repuso después que vio mi llanto-,
si quieres irte del lugar salvaje;

pues esta bestia, que gritar te hace,
no deja a nadie andar por su camino,
más tanto se lo impide que los mata;

y es su instinto tan cruel y tan malvado,
que nunca sacia su ansia codiciosa
y después de comer más hambre aún tiene.

Con muchos animales se amanceba,
y serán muchos más hasta que venga
el Lebel que la hará morir con duelo.

Éste no comerá tierra ni peltre,
sino virtud, amor, sabiduría,
y su cuna estará entre Fieltro y Fieltro.

Ha de salvar a aquella humilde Italia
por quien murió Camila, la doncella,
Turno, Euríalo y Niso con heridas.

Éste la arrojará de pueblo en pueblo,
hasta que dé con ella en el abismo,
del que la hizo salir el Envidioso.

Por lo que, por tu bien, pienso y decido
que vengas tras de mí, y seré tu guía,
y he de llevarte por lugar eterno,

donde oirás el aullar desesperado,
verás, dolientes, las antiguas sombras,
gritando todas la segunda muerte;

y podrás ver a aquellas que contenta
el fuego, pues confían en llegar
a bienaventuras cualquier día;

y si ascender deseas junto a éstas,
más digna que la mía allí hay un alma:
te dejaré con ella cuando marche;

que aquel Emperador que arriba reina,
puesto que yo a sus leyes fui rebelde,
no quiere que por mí a su reino subas.

En toda parte impera y allí rige;
allí está su ciudad y su alto trono.
¡Cuán feliz es quien él allí destina!»

Yo contesté: «Poeta, te requiero
por aquel Dios que tú no conociste,
para huir de éste o de otro mal más grande,

que me lleves allí donde me has dicho,
y pueda ver la puerta de San Pedro
y aquellos infelices de que me hablas.»
Entonces se echó a andar, y yo tras él.

CANTO II

El día se marchaba, el aire oscuro
a los seres que habitan en la tierra
quitaba sus fatigas; y yo sólo

me disponía a sostener la guerra,
contra el camino y contra el sufrimiento
que sin errar evocará mi mente.

¡Oh musas! ¡Oh alto ingenio, sostenedme!
¡Memoria que escribiste lo que vi,
aquí se advertirá tu gran nobleza!

Yo comencé: «Poeta que me guías,
mira si mi virtud es suficiente
antes de comenzar tan ardua empresa.

Tú nos contaste que el padre de Silvio,
sin estar aún corrupto, al inmortal
reino llegó, y lo hizo en cuerpo y alma.

Pero si el adversario del pecado
le hizo el favor, pensando el gran efecto
que de aquello saldría, el qué y el cuál,

no le parece indigno al hombre sabio;
pues fue de la alma Roma y de su imperio
escogido por padre en el Empíreo.

La cual y el cual, a decir la verdad,
como el lugar sagrado fue elegida,
que habita el sucesor del mayor Pedro.

En el viaje por el cual le alabas
escucho cosas que fueron motivo
de su triunfo y del manto de los papas.

Allí fue luego el Vaso de Elección,
para llevar conforto a aquella fe
que de la salvación es el principio.

Más yo, ¿por qué he de ir? ¿quién me lo otorga?
Yo no soy Pablo ni tampoco Enneas:
y ni yo ni los otros me creen digno.

Pues temo, si me entrego a ese viaje,
que ese camino sea una locura;
eres sabio; ya entiendes lo que callo.»

Y cual quien ya no quiere lo que quiso
cambiando el parecer por otro nuevo,
y deja a un lado aquello que ha empezado,

así hice yo en aquella cuesta oscura:
porque, al pensarlo, abandoné la empresa
que tan aprisa había comenzado.

«Si he comprendido bien lo que me has dicho
-respondió del magnánimo la sombra
la cobardía te ha atacado el alma;

la cual estorba al hombre muchas veces,
y de empresas honradas le desvía,
cual reses que ven cosas en la sombra.

A fin de que te libres de este miedo,
te diré por qué vine y qué entendí
desde el punto en que lástima te tuve.

Me hallaba entre las almas suspendidas
y me llamó una dama santa y bella,
de forma que a sus órdenes me puse.

Brillaban sus pupilas más que estrellas;
y a hablarme comenzó, clara y suave,
angélica voz, en este modo:

“Alma cortés de Mantua, de la cual
aún en el mundo dura la memoria,
y ha de durar a lo largo del tiempo:

mi amigo, pero no de la ventura,
tal obstáculo encuentra en su camino
por la montaña, que asustado vuelve:

y temo que se encuentre tan perdido
que tarde me haya dispuesto al socorro,
según lo que escuché de él en el cielo.

Ve pues, y con palabras elocuentes,
y cuanto en su remedio necesite,
ayúdale, y consuélame con ello.

Yo, Beatriz, soy quien te hace caminar;
vengo del sitio al que volver deseo;
amor me mueve, amor me lleva a hablarte.

Cuando vuelva a presencia de mi Dueño
le hablaré bien de ti frecuentemente.”
Entonces se calló y yo le repuse:

“Oh dama de virtud por quien supera
tan sólo el hombre cuanto se contiene
con bajo el cielo de esfera más pequeña,

de tal modo me agrada lo que mandas,
que obedecer, si fuera ya, es ya tarde;
no tienes más que abrirme tu deseo.

Más dime la razón que no te impide
descender aquí abajo y a este centro,
desde el lugar al que volver ansías.”

“Lo que quieres saber tan por entero,
te diré brevemente --me repuso
por qué razón no temo haber bajado.

Temer se debe sólo a aquellas cosas
que pueden causar algún tipo de daño;
mas a las otras no, pues mal no hacen.

Dios con su gracia me ha hecho de tal modo
que la miseria vuestra no me toca,
ni llama de este incendio me consume.

Una dama gentil hay en el cielo
que compadece a aquel a quien te envió,
mitigando allí arriba el duro juicio.

Ésta llamó a Lucía a su presencia;
y dijo: «necesita tu devoto
ahora de ti, y yo a ti te lo encomiendo».

Lucía, que aborrece el sufrimiento,
se alzó y vino hasta el sitio en que yo estaba,
sentada al par de la antigua Raquel.

Dijo: “Beatriz, de Dios vera alabanza,
cómo no ayudas a quien te amó tanto,
y por ti se apartó de los vulgares?

¿Es que no escuchas su llanto doliente?
¿no ves la muerte que ahora le amenaza
en el torrente al que el mar no supera?”

No hubo en el mundo nadie tan ligero,
buscando el bien o huyendo del peligro,
como yo al escuchar esas palabras.

“Acá bajé desde mi dulce escaño,
confiando en tu discurso virtuoso
que te honra a ti y aquellos que lo oyeron.”

Después de que dijera estas palabras
volvió llorando los lucientes ojos,
haciéndome venir aún más aprisa;

y vine a ti como ella lo quería;
te aparté de delante de la fiera,
que alcanzar te impedía el monte bello.

¿Qué pasa pues?, ¿por qué, por qué vacilas?
¿por qué tal cobardía hay en tu pecho?
¿por qué no tienes audacia ni arrojo?

Si en la corte del cielo te apadrian
tres mujeres tan bienaventuradas,
y mis palabras tanto bien prometen.»

Cual florecillas, que el nocturno hielo
abate y cierra, luego se levantan,
y se abren cuando el sol las ilumina,

así hice yo con mi valor cansado;
y tanto se encendió mi corazón,
que comencé como alguien valeroso:

«¡Ah, cuán piadosa aquella que me ayuda!
y tú, cortés, que pronto obedeciste
a quien dijo palabras verdaderas.

El corazón me has puesto tan ansioso
de echar a andar con eso que me has dicho
que he vuelto ya al propósito primero.

Vamos, que mi deseo es como el tuyo.
Sé mi guía, mi jefe, y mi maestro.»
Así le dije, y luego que echó a andar,
entré por el camino arduo y silvestre.

CANTO III

POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLENTE.
POR MÍ SE VA AL ETERNO SUFRIMIENTO.
POR MÍ SE VA A LA GENTE CONDENADA.

LA JUSTICIA MOVIÓ A MI ALTO ARQUITECTO.
HÍZOME LA DIVINA POTESTAD.
EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO.

ANTES DE MÍ NO FUE COSA CREADA
SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE.
DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS, TODA ESPERANZA.

Estas palabras de color oscuro
vi escritas en lo alto de una puerta;
y yo: «Maestro, es grave su sentido.»

Y, cual persona cauta, él me repuso:
«Debes aquí dejar todo recelo;
debes dar muerte aquí a tu cobardía.

Hemos llegado al sitio que te he dicho
en que verás las gentes doloridas,
que perdieron el bien del intelecto.»

Luego tomó mi mano con la suya
con gesto alegre, que me confortó,
y en las cosas secretas me introdujo.

Allí suspiros, llantos y altos ayes
resonaban al aire sin estrellas,
y yo me eché a llorar al escucharlo.

Diversas lenguas, horribas blasfemias,
palabras de dolor, acentos de ira,
roneos gritos al son de manotazos,

un tumulto formaban, el cual gira
siempre en el aire eternamente oscuro,
como arena al soplar el torbellino.

Con el terror ciñendo mi cabeza
dije: «Maestro, qué es lo que yo escucho,
y quién son éstos que el dolor abate?»

Y él me repuso: «Esta mísera suerte
tienen las tristes almas de esas gentes
que vivieron sin gloria y sin infamia.

Están mezcladas con el coro infame
de ángeles que no se rebelaron,
no por lealtad a Dios, sino a ellos mismos.

Los echa el cielo, porque menos bello
no sea, y el infierno los rechaza,
pues podrían dar gloria a los caídos.»

Y yo: «Maestro, ¿qué les pesa tanto
y provoca lamentos tan amargos?»
Respondió: «Brevemente he de decirlo.

No tienen éstos de muerte esperanza,
y su vida obcecada es tan rastrera,
que envidiosos están de cualquier suerte.

Ya no tiene memoria el mundo de ellos,
compasión y justicia les desdeña;
de ellos no hablemos, sino mira y pasa.»

Y entonces pude ver un estandarte,
que corría girando tan ligero,
que parecía indigno de reposo.

Y venía detrás tan larga fila
de gente, que creído nunca hubiera
que hubiese a tantos la muerte deshecho.

Y tras haber reconocido a alguno,
vi y conocí la sombra del que hizo
por cobardía aquella gran renuencia.

Al punto comprendí, y estuve cierto,
que ésta era la secta de los reos
a Dios y a sus contrarios displacientes.

Los desgraciados, que nunca vivieron,
iban desnudos y azuzados siempre
de moseones y avispas que allí había.

Éstos de sangre el rostro les bañaban,
que, mezclada con llanto, repugnantes
gusanos a sus pies la recogían.

Y luego que a mirar me puse a otros,
vi gentes en la orilla de un gran río
y yo dije: «Maestro, te suplico

que me digas quién son, y qué designio
les hace tan ansiosos de cruzar
como discierno entre la luz escasa.»

Y él repuso: «La cosa he de contarte
cuando hayamos parado nuestros pasos
en la triste ribera de Aqueronte.»

Con los ojos ya bajos de vergüenza,
temiendo molestarle con preguntas
dejé de hablar hasta llegar al río.

Y he aquí que viene en bote hacia nosotros
un viejo cano de cabello antiguo,
gritando: «¡Ay de vosotras, almas pravas!

No esperéis nunca contemplar el cielo;
vengo a llevaros hasta la otra orilla,
a la eterna tiniebla, al hielo, al fuego.

Y tú que aquí te encuentras, alma viva,
aparta de éstos otros ya difuntos.»
Pero viendo que yo no me marchaba,

dijo: «Por otra vía y otros puertos
a la playa has de ir, no por aquí;
más leve leño tendrá que llevarte.»

Y el guía a él: «Caronte, no te irrites:
así se quiere allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Las peludas mejillas del barquero
del lívido pantano, cuyos ojos
rodeaban las llamas, se calmaron.

Mas las almas desnudas y contritas,
cambiaron el color y rechinaban,
cuando escucharon las palabras crudas.

Blasfemaban de Dios y de sus padres,
del hombre, el sitio, el tiempo y la simiente
que los sembrara, y de su nacimiento.

Luego se recogieron todas juntas,
llorando fuerte en la orilla malvada
que aguarda a todos los que a Dios no temen.

Carón, demonio, con ojos de fuego,
llamándolos a todos recogía;
da con el remo si alguno se atrasa.

Como en otoño se vuelan las hojas
unas tras otras, hasta que la rama
ve ya en la tierra todos sus despojos,

de este modo de Adán las malas siembras
se arrojan de la orilla de una en una,
a la señal, cual pájaro al reclamo.

Así se fueron por el agua oscura,
y aún antes de que hubieran descendido
ya un nuevo grupo se había formado.

«Hijo mío -cortés dijo el maestro
los que en ira de Dios hallan la muerte
llegan aquí de todos los países:

y están ansiosos de cruzar el río,
pues la justicia santa les empuja,
y así el temor se transforma en deseo.

Aquí no cruza nunca un alma justa,
por lo cual si Carón de ti se enoja,
comprenderás qué cosa significa.»

Y dicho esto, la región oscura
tembló con fuerza tal, que del espanto
la frente de sudor aún se me baña.

La tierra lagrimsa lanzó un viento
que hizo brillar un relámpago rojo
y, viniéndome todos los sentidos,
me caí como el hombre que se duerme.

CANTO IV

Rompió el profundo sueño de mi mente
un gran trueno, de modo que cual hombre
que a la fuerza despierta, me repuse;

la vista recobrada volví en torno
ya puesto en pie, mirando fijamente,
pues quería saber en dónde estaba.

En verdad que me hallaba justo al borde
del valle del abismo doloroso,
que atronaba con ayes infinitos.

Oscuro y hondo era y nebuloso,
de modo que, aun mirando fijo al fondo,
no distinguía allí cosa ninguna.

«Descendamos ahora al ciego mundo
--dijo el poeta todo amortecido--:
yo iré primero y tú vendrás detrás.»

Y al darme cuenta yo de su color,
dije: «¿Cómo he de ir si tú te asustas,
y tú a mis dudas su¹les dar consuelo?»

Y me dijo: «La angustia de las gentes
que están aquí en el rostro me ha pintado
la lástima que tú piensas que es miedo.

Vamos, que larga ruta nos espera.»
Así me dijo, y así me hizo entrar
al primer cerco que el abismo ciñe.

Allí, según lo que escuchar yo pude,
llanto no había, mas suspiros sólo,
que al aire eterno le hacían temblar.

Lo causaba la pena sin tormento
que sufría una grande muchedumbre
de mujeres, de niños y de hombres.

El buen Maestro a mí: «¿No me preguntas
qué espíritus son estos que estás viendo?
Quiero que sepas, antes de seguir,

que no pecaron: y aunque tengan méritos,
no basta, pues están sin el bautismo,
donde la fe en que crees principio tiene.

Al cristianismo fueron anteriores,
y a Dios debidamente no adoraron:
a éstos tales yo mismo pertenezco.

Por tal defecto, no por otra culpa,
perdidos somos, y es nuestra condena
vivir sin esperanza en el deseo.»

Sentí en el corazón una gran pena,
puesto que gentes de mucho valor
vi que en el limbo estaba suspendidos.

«Dime, maestro, dime, mi señor
-yo comencé por querer estar cierto
de aquella fe que vence la ignorancia-:

¿salió alguno de aquí, que por sus méritos
o los de otro, se hiciera luego santo?»
Y éste, que comprendió mi hablar cubierto,

respondió: «Yo era nuevo en este estado,
cuando vi aquí bajar a un poderoso,
coronado con signos de victoria.

Sacó la sombra del padre primero,
y las de Abel, su hijo, y de Noé,
del legista Moisés, el obediente;

del patriarca Abraham, del rey David,
a Israel con sus hijos y su padre,
y con Raquel, por la que tanto hizo,

y de otros muchos; y les hizo santos;
y debes de saber que antes de eso,
ni un espíritu humano se salvaba.»

No dejamos de andar porque él hablase,
más aún por la selva caminábamos,
la selva, digo, de almas apiñadas

No estábamos aún muy alejados
del sitio en que dormí, cuando vi un fuego,
que al fúnebre hemisferio derrotaba.

Aún nos encontrábamos distantes,
más no tanto que en parte yo no viese
cuán digna gente estaba en aquel sitio.

«Oh tú que honoras toda ciencia y arte,
éstos ¿quién son, que tal grandeza tienen,
que de todos los otros les separa?»

Y respondió: «Su honrosa nombradía,
que allí en tu mundo sigue resonando
gracia adquiere del cielo y recompensa.»

Entre tanto una voz pude escuchar:
«Honremos al altísimo poeta;
vuelve su sombra, que marchado había.»

Cuando estuvo la voz quieta y callada,
vi cuatro grandes sombras que venían:
ni triste, ni feliz era su rostro.

El buen maestro comenzó a decirme:
«Fíjate en ése con la espada en mano,
que como el jefe va delante de ellos:

Es Homero, el mayor de los poetas;
el satírico Horacio luego viene;
tercero, Ovidio; y último, Lucano.

Y aunque a todos igual que a mí les cuadra
el nombre que sonó en aquella voz,
me hacen honor, y con esto hacen bien.»

Así reunida vi a la escuela bella
de aquel señor del altísimo canto,
que sobre el resto cual águila vuela.

Después de haber hablado un rato entre ellos,
con gesto favorable me miraron:
y mi maestro, en tanto, sonreía.

Y todavía aún más honor me hicieron
porque me condujeron en su hilerá,
siendo yo el sexto entre tan grandes sabios.

Así anduvimos hasta aquella luz,
hablando cosas que callar es bueno,
tal como era el hablarlas allí mismo.

Al pie llegamos de un castillo noble,
siete veces cercado de altos muros,
guardado entorno por un bello arroyo.

Lo cruzamos igual que tierra firme;
crucé por siete puertas con los sabios:
hasta llegar a un prado fresco y verde.

Gente había con ojos graves, lentos,
con gran autoridad en su semblante:
hablaban poco, con voces suaves.

Nos apartamos a uno de los lados,
en un claro lugar alto y abierto,
tal que ver se podían todos ellos.

Erócido allí sobre el esmalte verde,
las magnas sombras fueronme mostradas,
que de placer me colma haberlas visto.

A Electra vi con muchos compañeros,
y entre ellos conocí a Héctor y a Eneas,
y armado a César, con ojos grifaños.

Vi a Pantasilea y a Camila,
y al rey Latino vi por la otra parte,
que se sentaba con su hija Lavinia.

Vi a Bruto, aquel que destruyó a Tarquino,
a Cornelia, a Lucrecia, a Julia, a Marcia;
y a Saladino vi, que estaba solo;

y al levantar un poco más la vista,
vi al maestro de todos los que saben,
sentado en filosófica familia.

Todos le miran, todos le dan honra:
y a Sócrates, que al lado de Platón,
están más cerca de él que los restantes;

Demócrito, que el mundo pone en duda,
Anaxágoras, Tales y Diógenes,
Empédocles, Heráclito y Zenón;

y al que las plantas observó con tino,
Dioscórides, digo; y vía Orfeo,
Julio, Livio y al moralista Séneca;

al geómetra Euclides, Tolomeo,
Hipócrates, Galeno y Avicena,
y a Averroes que hizo el «Comentario».

No puedo detallar de todos ellos,
porque así me encadena el largo tema,
que dicho y hecho no se corresponden.

El grupo de los seis se partió en dos:
por otra senda me llevó mi guía,
de la quietud al aire tembloroso
y llegué a un sitio en do^de nada luce.

CANTO V

Así bajé del círculo primero
al segundo que menos lugar ciñe,
y tanto más dolor, que al llanto mueve.

Allí el horrible Minos rechinaba.
A la entrada examina los pecados;
juzga y ordena según se relíe.

Dijo que cuando un alma mal nacida
llega delante, todo lo confiesa;
y aquel conoecedor de los pecados

ve el lugar del infierno que merece:
tantas veces se ciñe con la cola,
cuantos grados él quiere que sea echada.

Siempre delante de él se encuentran muchos;
van esperando cada uno su juicio,
hablan y escuehan, después las arrojan.

«Oh tú que vienes al doloso albergue
-me dijo Minos en cuanto me vio,
dejando el acto de tan alto oficio-;

mira cómo entras y de quién te fías:
no te engañe la anchura de la entrada.»
Y mi guía: «¿Por qué le gritas tanto?

No le entorpezcas su fatal camino;
así se quiso allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Ahora comienzan las dolientes notas
a hacérseme sentir; y llego entonces
allí donde un gran llanto me golpea.

Llegué a un lugar de todas luces mudo,
que muía cual mar en la tormenta,
si los vientos contrarios le combaten.

La borrasca infernal, que nunca cesa,
en su rapiña lleva a los espíritus;
volviendo y golpeando les acosa.

Cuando llegan delante de la ruina,
allí los gritos, el llanto, el lamento;
allí blasfeman del poder divino.

Comprendí que a tal clase de martirio
los lujuriosos eran condenados,
que la razón someten al deseo.

Y cual los estorninos forman de alas
en invierno bandada larga y prieta,
así aquel viento a los malos espíritus:

arriba, abajo, acá y allí les lleva;
y ninguna esperanza les conforta,
no de descanso, mas de menor pena.

Y cual las grullas cantando sus lays
largas hileras hacen en el aire,
así las vi venir lanzando ayes,

a las sombras llevadas por el viento.
Y yo dije: «Maestro, quién son esas
gentes que el aire negro así castiga?»

«La primera de la que las noticias
quieres saber --me dijo aquel entonces--
fue emperatriz sobre muchos idiomas.

Se inclinó tanto al vicio de lujuria,
que la lascivia licitó en sus leyes,
para ocultar el asco al que era dada:

Semíramis es ella, de quien dicen
que sucediera a Nino y fue su esposa:
mandó en la tierra que el sultán gobierna.

Se mató aquella otra, enamorada,
traicionando el recuerdo de Siqueo;
la que sigue es Cleopatra lujuriosa.

A Elena ve, por la que tanta víctima
el tiempo se llevó, y ve al gran Aquiles
que por Amor al cabo combatiera;

ve a Paris, a Tristán.» Y a más de mil
sombras me señaló, y me nombró, a dedo,
que Amor de nuestra vida les privara.

Y después de escuchar a mí maestro
nombrar a antiguas damas y caudillos,
les tuve pena, y casi me desmayo.

Yo comencé: «Poeta, muy gustoso
hablaría a esos dos que vienen juntos
y parecen al viento tan ligeros.»

Y él a mí: «Los verás cuando ya estén
más cerca de nosotros; si les ruegas
en nombre de su amor, ellos vendrán.»

Tan pronto como el viento allí los trajo
alcé la voz: «Oh almas afanadas,
hablad, si no os lo impiden, con nosotros.»

Tal palomas llamadas del deseo,
al dulce nido con el ala alzada,
van por el viento del querer llevadas,

ambos dejaron el grupo de Dido
y en el aire malsano se acercaron,
tan fuerte fue mi grito afectuoso:

«Oh criatura graciosa y compasiva
que nos visitas por el aire perso
a nosotras que el mundo ensangrentamos;

si el Rey del Mundo fuese nuestro amigo
rogaríamos de él tu salvación,
ya que te apiada nuestro mal perverso.

De lo que oír o lo que hablar os guste,
nosotros oiremos y hablaremos
mientras que el viento, como ahora, calle.

La tierra en que nací está situada
en la Marina donde el Po desciende
y con sus afluentes se reúne.

Amor, que al noble corazón se agarra,
a éste prendió de la bella persona
que me quitaron; aún me ofende el modo.

Amor, que a todo amado a amar le obliga,
prendió por éste en mí pasión tan fuerte
que, como ves, aún no me abandona.

El Amor nos condujo a morir juntos,
y a aquel que nos mató Caína espera.»
Estas palabras ellos nos dijeron.

Cuando escuché a las almas doloridas
bajé el rostro y tan bajo lo tenía,
que el poeta me dijo al fin: «¿Qué piensas?»

Al responderle comencé: «Qué pena,
cuánto dulce pensar, cuánto deseo,
a éstos condujo a paso tan dañoso.»

Después me volví a ellos y les dije,
y comencé: «Franceses, tus pesares
llorar me hacen triste y compasivo;

dime, en la edad de los dulces suspiros
¿cómo o por qué el Amor os concedió
que conocieseis tan turbios deseos?»

Y repuso: «Ningún dolor más grande
que el de acordarse del tiempo dichoso
en la desgracia; y tu guía lo sabe.

Más si saber la primera raíz
de nuestro amor deseas de tal modo,
hablaré como aquel que llora y habla:

Leíamos un día por deleite,
cómo hería el amor a Lanzarote;
solos los dos y sin recelo alguno.

Muchas veces los ojos suspendieron
la lectura, y el rostro emblanquecía,
pero tan sólo nos veneó un pasaje.

Al leer que la risa deseada
era besada por tan gran amante,
éste, que de mí nunca ha de apartarse,

la boca me besó, todo él temblando.
Galeotto fue el libro y quien lo hizo;
no seguimos leyendo ya ese día.»

Y mientras un espíritu así hablaba,
lloraba el otro, tal que de piedad
desfallecí como si me muriese;
y caí como un cuerpo muerto cae.

CANTO VI

Cuando cobré el sentido que perdí
antes por la piedad de los enjados,
que todo en la tristeza me sumieron,

nuevas condenas, nuevos condenados
veía en cualquier sitio en que anduviera
y me volviese y a donde mirase.

Era el tercer recinto, el de la lluvia
eterna, maldecida, fría y densa:
de regla y calidad no cambia nunca.

Grueso granizo, y agua sucia y nieve
descienden por el aire tenebroso;
hiede la tierra cuando esto recibe.

Cerbera, fiera monstruosa y cruel,
caninamente ladra con tres fauces
sobre la gente que aquí es sumergida.

Rojos los ojos, la barba unta y negra,
y anejo su vientre, y uñas sus manos:
elava a las almas, desgarras y desuella.

Los hace aullar la lluvia como a perros,
de un lado hacen al otro su refugio,
los míseros profanos se revuelven.

Al advertirnos Cerbero, el gusano,
la boca abrió y nos mostró los colmillos,
no había un miembro que tuviese quieto.

Extendiendo las palmas de las manos,
cojió tierra mi guía y a puñadas
la tiró dentro del bramante tubo.

Cual hace el perro que ladrando rabia,
y mordiendo comida se apacigua,
que ya sólo se afana en devorarla,

de igual manera las bocas impuras
del demonio Cerbero, que así atruena
las almas, que quisieran verse sordas.

Íbamos sobre sombras que atería
la densa lluvia, poniendo las plantas
en sus fantasmas que parecen cuerpos.

En el suelo yacían todas ellas,
salvo una que se alzó a sentarse al punto
que pudo vernos pasar por delante.

«Oh tú que a estos infiernos te han traído
-me dijo- reconócame si puedes:
tú fuiste, antes que yo deshecho, hecho.»
«La angustia que tú sientes -yo le dije-
tal vez te haya sacado de mi mente,
y así creo que no te he visto nunca.

Dime quién eres pues que en tan penoso
lugar te han puesto, y a tan grandes males,
que si hay más grandes no serán tan tristes.»

Y él a mí «Tu ciudad, que tan repleta
de envidia está que ya rebosa el saco,
en sí me tuvo en la vida serena.

Los ciudadanos Cíaceo me llamasteis;
por la dañosa culpa de la gula,
como estás viendo, en la lluvia me arrastro.

Mas yo, alma triste, no me encuentro sola,
que éstas se hallan en pena semejante
por semejante culpa», y más no dijo.

Yo le repuse: «Cíaceo, tu tormento
tanto me pesa que a llorar me invita,
pero dime, si sabes, qué han de hacerse

de la ciudad partida los vecinos,
si alguno es justo; y dime la razón
por la que tanta guerra la ha asolado.»

Y él a mí: «Tras de largas disensiones
ha de haber sangre, y el bando salvaje
echará al otro con grandes ofensas;

después será preciso que éste caiga
y el otro aeienda, luego de tres soles,
con la fuerza de Aquel que tanto alaban.

Alta tendrá largo tiempo la frente,
teniendo al otro bajo grandes pesos,
por más que de esto se avergüence y llore.

Hay dos justos, mas nadie les escucha;
son avaricia, soberbia y envidia
las tres antorchas que arden en los pechos.»

Puso aquí fin al lagrimoso dicho.
Y yo le dije: «Aún quiero que me informes,
y que me hagas merced de más palabras;

Farinata y Teocrazia, tan honrados,
Jacobo Rusticucci, Arriogo y Mosea,
y los otros que en bien obrar pensaron,

dime en qué sitio están y hazme saber,
pues me aprieta el deseo, si el infierno
los amarga, o el cielo los endulza.»

Y aquél: « Están entre las negras almas;
culpas varias al fondo los arrojan;
los podrás ver si sigues más abajo.

Pero cuando hayas vuelto al dulce mundo,
te pido que a otras mentes me recuerdes;
más no te digo y más no te respondo.»

Entonces desvió los ojos fijos,
me miró un poco, y agachó la cara;
y a la par que los otros cayó ciego.

Y el guía dijo: «Ya no se levanta
hasta que suene la angelica trompa,
y venga la enemiga autoridad.

Cada cual volverá a su triste tumba,
retomarán su carne y su apariencia,
y oirán aquello que atruena por siempre.»

Así pasamos por la sucia mezcla
de sombras y de lluvia a paso lento,
tratando sobre la vida futura.

Y yo dije: «Maestro, estos tormentos
crecerán luego de la gran sentencia,
serán menores o tan dolorosos?»

Y él contestó: «Recorre a lo que sabes:
pues cuanto más perfecta es una cosa
más siente el bien, y el dolor de igual modo,

Y por más que esta gente maldecida
la verdadera perfección no encuentre,
entonces, más que ahora, esperan serlo.»

En redondo seguimos nuestra ruta,
hablando de otras cosas que no cuento;
y al llegar a aquel sitio en que se baja
encontramos a Pluto: el enemigo.

CANTO VII

«¡Papé Satán, Papé Satán aleppe!»
dijo Pluto con voz enronquecida;
y aquel sabio gentil que todo sabe,

me quiso confortar: «No te detenga
el miedo, que por mucho que pudiese
no impedirá que bajes esta roca.»

Luego volvióse a aquel hocico hinchado,
y dijo: «Cállate maldito lobo,
consúmeme tú mismo con tu rabia.

No sin razón por el infierno vamos:
se quiso en lo alto allá donde Miguel
tomó venganza del soberbio estupro.»

Cual las velas hinchadas por el viento
revueltas caen cuando se rompe el mástil,
tal cayó a tierra la fiera cruel.

Así bajamos por la cuarta fosa,
entrando más en el doliente valle
que traça todo el mal del universo.

¡Ah justicia de Dios!, ¿quién amontona
nuevas penas y males cuales vi,
y por qué nuestra culpa así nos triza?

Como la ola que sobre Caribdis,
se destroza con la otra que se encuentra,
así viene a chocarse aquí la gente.

Vi aquí más gente que en las otras partes,
y desde un lado al otro, con chillidos,
haciendo rodar pesos con el pecho.

Entre ellos se golpean; y después
cada uno volvíase hacia atrás,
gritando «¿Por qué agarras?, ¿por qué tiras?»

Así giraban por el foso tétrico
de cada lado a la parte contraria,
siempre gritando el verso vergonzoso.

Al llegar luego todos se volvían
para otra justa, a la mitad del círculo,
y yo, que estaba casi coⁿmovido,

dije: «Maestro, quiero que me expliques
quienes son éstos, y si fueron clérigos
todos los tonsurados de la izquierda.»

Y él a mí. «Fueron todos tan escasos
de la razón en la vida primera,
que ningún gasto hicieron con mesura.

Bastante claro ládranlo sus voces,
al llegar a los dos puntos del círculo
donde culpa contraria los separa.

Clérigos fueron los que en la cabeza
no tienen pelo, papas, cardenales,
que están bajo el poder de la avaricia.»

Y yo: «Maestro, entre tales sujetos
debiera yo conocer bien a algunos,
que in^undos fueron de tan grandes males.»

Y él repuso: «Es en vano lo que piensas:
la vida torpe que los ha ensueñado,
a cualquier conocer los hace oscuros.

Se han de chocar los dos eternamente;
éstos han de surgir de sus sepuleros
con el puño cerrado, y éstos, mondos;

mal dar y mal tener, el bello mundo
les ha quitado y puesto en esta lucha:
no empleo más pala^bras en contarlo.

Hijo, ya puedes ver el corto aliento,
de los bienes fiados a Fortuna,
por los que así se enzarzan los humanos;

que todo el oro que hay bajo la luna,
y existió ya, a ninguna de estas almas
fatigadas podría dar reposo.»

«Maestro --dije yo-, dime ¿quién es esta
Fortuna a la que te refieres
que el bien del mundo tiene entre sus garras?»

Y él me repuso: «Oh locas criaturas,
qué grande es la ignorancia que os ofende;
quiero que tú mis palabras incorpores.

Aquel cuyo saber traseiendo todo,
los cielos hizo y les dio quien los mueve
tal que unas partes a otras se iluminan,

distribuyendo igualmente la luz;
de igual modo en las glorias mundanales
dispuso una ministra que cambiase

los bienes vanos cada cierto tiempo
de gente en gente y de una a la otra sangre,
aunque el seso del hombre no lo entienda;

por lo que imperan unos y otros caen,
siguiendo los dictámenes de aquella
que está oculta en la yerba tal serpiente.

Vuestro saber no puede conocerla;
y en su reino provee, juzga y dispone
cual las otras deidades en el suyo.

No tienen tregua nunca sus mudanzas,
necesidad la obliga a ser ligera;
y aún hay algunos que el triunfo consiguen.

Esta es aquella a la que ultrajan tanto,
aquellos que debieran alabarla,
y sin razón la vejan y maldicen.

Más ella en su alegría nada escucha;
feliz con las primeras criaturas
mueve su esfera y alegre se goza.

Ahora bajemos a mayor castigo;
caen las estrellas que salían cuando
eché a andar, y han prohibido entretenerse.»

Del círculo pasamos a otra orilla
sobre una fuente que hierve y rebosa
por un canal que en ella da comienzo.

Aquel agua era negra más que persa;
y, siguiendo sus ondas tan oscuras,
por extraño camino descendimos.

Hasta un pantano va, llamado Estigia,
este arroyuelo triste, cuando baja
al pie de la maligna cuesta gris.

Y yo, que por mirar estaba atento,
gente enfançada vi en aquel pantano
toda desnuda, con airado rostro.

No sólo con las manos se pegaban,
mas con los pies, el pecho y la cabeza,
trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: «Hijo, mira ahora
las almas de esos que veneió la cólera,
y también quiero que por cierto tengas

que bajo el agua hay gente que suspira,
y al agua hacen hervir la superficie,
como dice tu vista a donde mire.

Desde el limo exclamaban: «Triste hicimos
el aire dulce que del sol se alegra,
llevando dentro acidoso humo:

tristes estamos en el negro cieno.»
Se atraviesa este himno en su gáznate,
y enteras no les salen las palabras.

Así dimos la vuelta al sucio pozo,
entre la escarpa seca y lo de en medio;
mirando a quien del fango se atraganta:
y al fin llegamos al pie de una torre.

CANTO VIII

Dijo, para seguir, que mucho antes
de llegar hasta el pie de la alta torre,
se encaminó a su cima nuestra vista,

porque vimos allí dos lucecitas,
y otra que tan de lejos daba señas,
que apenas nuestros ojos la veían.

Y yo le dije al mar de todo seso:
«Esto ¿qué significa? y ¿qué responde
el otro foco, y quién es quién lo hace?»

Y él respondió: «Por estas ondas sucias
ya podrás divisar lo que se espera,
si no lo oculta el humo del pantano.»

Querda no lanzó nunca una saeta
que tan ligera fuese por el aire,
como yo vi una nave pequeñita

por el agua venir hacia nosotros,
al gobierno de un solo galeote,
gritando: «Al fin llegaste, alma alevosa.»

«Flebias, Flebias, en vano estás gritando
díjole mi señor en este punto-;
tan sólo nos tendrás cruzando el lodo.»

Qual es aquel que gran engaño escucha
que le hayan hecho, y luego se contiene,
así hizo Flebias consumido en ira.

Subió mi guía entonces a la barea,
y luego me hizo entrar detrás de él;
y sólo entonces pareció cargada.

Cuando estuvimos ambos en el leño,
hendiendo se marchó la antigua proa
el agua más que suele con los otros.

Mientras que el muerto cauce recorríamos
uno, lleno de fango vino y dijo:
«¿Quién eres tú que vienes a destiempo?»

Y le dije: «Si vengo, no me quedo;
pero ¿quién eres tú que estás tan sucio?»
Dijo: «Ya ves que soy uno que llora.»

Yo le dije: «Con lutos y con llanto,
puedes quedarte, espíritu maldito,
pues aunque estés tan sucio te conozco.»

Entonces tendió al leño las dos manos;
mas el maestro lo evitó prudente,
diciendo: «Vete con los otros perros.»

Al cuello luego los brazos me echó,
besome el rostro y dijo: «¡Oh desdeñoso,
bendita la que estuvo de ti en cinta!

Aquel fue un orgulloso para el mundo;
y no hay bondad que su memoria honre:
por ello está su sombra aquí furiosa.

Cuantos por reyes tiénense allá arriba,
aquí estarán cual puereos en el cieno,
dejando de ellos un desprecio horrible.»

Y yo: «Maestro, mucho desearía
el verle zambullirse en este caldo,
antes que de este lazo nos marchemos.»

Y él me repuso: «Aún antes que la orilla
de ti se deje ver, serás saciado:
de tal deseo conviene que goces.»

Al poco vi la gran carnicería
que de él hacían las fangosas gentes;
a Dios por ello alabo y doy las gracias.

«¡A por Felipe Argentil!», se gritaban,
y el florentino espíritu altanero
contra sí mismo volvía los dientes.

Lo dejamos allí, y de él más no cuento.
Mas el oído golpeome un llanto,
y miré atentamente hacia adelante.

Exclamó el buen maestro: «Ahora, hijo,
se acerca la ciudad llamada Dite,
de graves habitantes y mesnadas.»

Y yo dije: «Maestro, sus mezquitas
en el valle distingó claramente,
rojas cual si salido de una fragua

hubieran.» Y él me dijo: «El fuego eterno
que dentro arde, rojas nos las muestra,
como estás viendo en este bajo infierno.»

Así llegamos a los hondos fosos
que ciñen esa tierra sin consuelo;
de hierro aquellos muros parecían.

No sin dar antes un rodeo grande,
llegamos a una parte en que el barquero
«Salid -gritó con fuerza- aquí es la entrada.»

Yo vi a más de un millar sobre la puerta
de llovidos del cielo, que con rabia
decían: «¿Quién es este que sin muerte

va por el reino de la gente muerta?»
Y mi sabio maestro hizo una seña
de quererles hablar secretamente.

Contuvieron un poco el gran desprecio
y dijeron: «Ven solo y que se marehe
quien tan osado entró por este reino;

que vuelva solo por la loca senda;
pruebe, si sabe, pues que tú te quedas,
que le enseñaste tan oscura zona.»

Piensa, lector, el miedo que me entró
al escuchar palabras tan malditas,
que pensé que ya nunca volvería.

«Guía querido, tú que más de siete
veces me has confortado y hecho libre
de los grandes peligros que he encontrado,

no me dejéis -le dije- así perdido;
y si seguir más lejos nos impiden,
juntos volvamos hacia atrás los pasos.»

Y aquel señor que allí me condujera
«No temas -dijo- porque nuestro paso
nadie puede parar: tal nos lo otorga.

Mas espérame aquí, y tu ánimo flaco
conforta y alimenta de esperanza,
que no te dejaré en el bajo mundo.»

Así se fue, y allí me abandonó
el dulce padre, y yo me quedé en duda
pues en mi mente el no y el sí luchaban.

No pude oír qué fue lo que les dijo:
más no habló mucho tiempo con aquéllos,
pues hacia adentro todos se marcharon.

Cerráronle las puertas los demonios
en la cara a mi guía, y quedó afuera,
y se vino hacia mí con pasos lentos.

Gacha la vista y privado su rostro
de osadía ninguna, y suspiraba:
« ¡Quién las dolientes casa me ha cerrado! »

Y él me dijo: « ¡Tú, porque yo me irrite,
no te asustes, pues venceré la prueba,
por mucho que se empeñen en prohibirlo. »

No es nada nueva esta insolencia suya,
que ante menos secreta puerta usaron,
que hasta el momento se halla sin cerrojos.

Sobre ella contemplaste el triste escrito:
y ya baja el camino desde aquélla,
pasando por los cerros sin escolta,
quien la ciudad al fin nos hará franca.

CANTO IX

El color que sacó a mi cara el miedo
cuando vi que mi guía se tornaba,
lo quitó de la suya con presteza.

Atento se paró como escuchando,
pues no podía atravesar la vista
el aire negro y la neblina densa.

« Deberemos vencer en esta lucha
-comenzó él- si no... Es la promesa.
¡Cuánto tarda en llegar quien esperamos. »

Y me di cuenta de que me ocultaba
lo del principio con lo que siguió,
pues palabras distintas fueron éstas:

pero no menos miedo me causaron,
porque pensaba que su frase trunca
tal vez peor sentido contuviese.

« ¿En este fondo de la triste hoyo
bajó algún otro, desde el purgatorio
donde es pena la falta de esperanza? »

Esta pregunta le hice y: « Raramente
-él respondió- sucede que otro alguno
haga el camino por el que yo ando. »

Verdad es que otra vez estuve aquí,
por la cruel Eritone conjurado,
que a sus cuerpos las almas reclamaba.

De mí recién desnuda era mi sombrío,
cuando ella me hizo entrar tras de aquel muro,
a traer un alma del pozo de Judas.

Aquel es el más bajo, el más sombrío,
y el lugar de los cielos más lejano;
bien sé el camino, puedes ir sin miedo.

Este pantano que gran peste exhala
en torno ciñe la ciudad doliente,
donde entrar no podemos ya sin ira. »

Dijo algo más, pero no lo recuerdo,
porque mi vista se había fijado
en la alta torre de cima ardorosa,

donde al punto de pronto aparecieron
tres sanguiñosas furias infernales
que cuerpo y porte de mujer tenían,

se ceñían con serpientes verdes;
su pelo eran eulebras y cerastas
con que peinaban sus horribles sienes:

Y él que bien conocía a las esclavas
de la reina del llanto sempiterno
Las Feroces Erinias -dijo- mira:

Mequera es esa del izquierdo lado,
esa que llora al derecho es Aleto;
Tesfone está en medio.» Y más no dijo.

Con las uñas el pecho se rasgaban,
y se azotaban, gritando tan alto,
que me estreché al poeta, temeroso.

«Ah, que venga Medusa a hacerle piedra
-las tres decían mientras me miraban-
malo fue el no vengarnos de Teseo.»

«Date la vuelta y cierra bien los ojos;
si viniera Gorgona y la mirases
nunca podrías regresar arriba.»

Así dijo el Maestro, y en persona
me volvió, sin fiarse de mis manos,
que con las suyas aún no me tapase.

Vosotros que tenéis la mente sana,
observad la doctrina que se esconde
bajo el velo de versos enigmáticos.

Mas ya venía por las turbias olas
el estruendo de un son de espanto lleno,
por lo que retemblaron ambas márgenes;

hecho de forma semejante a un viento
que, impetuoso a causa de contrarios
ardores, hiere el bosque y, sin descanso,

las ramas troncha, abate y lejos lleva;
delante polvoroso va soberbio,
y hace escapar a fieras y a pastores.

Me destapó los ojos: «Lleva el nervio
de la vista por esa espuma antigua,
hacia allí donde el humo es más acerbo.»

Como las ranas ante la enemiga
bieha, en el agua se sumergen todas,
hasta que todas se juntan en tierra,

más de un millar de almas destruidas
vi que huían ante uno, que a su paso
cruzaba Estigia con los pies enjutos.

Del rostro se apartaba el aire espeso
de vez en cuando con la mano izquierda;
y sólo esa molestia le cansaba.

Bien noté que del cielo era enviado,
y me volví al maestro que hizo un signo
de que estuviera quieto y me inclinase.

¡Cuán lleno de desdén me parecía!
Llegó a la puerta, y con una varita
la abrió sin encontrar impedimento.

«¡Oh, arrojados del cielo, despreciados!
-gritales él desde el umbral horrible-.
¿Cómo es que aún conserváis esta arrogancia?

¿Y por qué os resistís a aquel deseo
cuyo fin nunca pueda detenerse,
y que más veces acreció el castigo?

¿De qué sirve al destino dar de coees?
Vuestro Cerbero, si bien recordáis,
aún hocico y mentón lleva pelados.»

Luego tomó el camino cen³oso,
sin decirnos palabra, mas con cara
de a quien otro cuidado apremia y muerde,

y no el de aquellos que tiene delante.
A la ciudad los pasos dirigimos,
seguros ya tras sus palabras santas.

Dentro, sin guerra alguna, penetramos;
y yo, que de mirar estaba ansioso
todas las cosas que el castillo encierra,

al estar dentro miro en torno mío;
y veo en todas partes un gran campo,
lleno de pena y reo de tormentos.

Como en Arlés donde se estanca el Ródano,
o como el Pola cerea del Carnaro,
que Italia cierra y sus límites baña,

todo el sitio ondulado hacen las tumbas,
de igual manera allí por todas partes,
salvo que de manera aún más amarga,
pues llamaradas hay entre las fosas;
y tanto ardían que en ninguna fragua,
el hierro necesita tanto fuego.

Sus lápidas estaban removidas,
y salían de allí tales lamentos,
que parecían de almas condenadas.

Y yo: «Maestro, qué gentes son esas
que, sepultadas dentro de esas tumbas,
se hacen oír con dolientes suspiros?»

Y dijo: «Están aquí los heresiarcas,
sus secuaces, de toda secta, y llenas
están las tumbas más de lo que piensas.

El igual con su igual está enterrado,
y los túmulos arden más o menos.»
Y luego de volverse a la derecha,
cruzamos entre fosas y altos muros.

CANTO X

Siguió entonces por una oculta senda
entre aquella muralla y los martirios
mi Maestro, y yo fui tras de sus pasos.

«Oh virtud suma, que en los infernales
círculos me conduces a tu gusto,
háblame y satisface mis deseos:

a la gente que yace en los sepuleros
¿la podré ver?, pues ya están levantadas
todas las losas, y nadie vigila.»

Y él repuso: «Cerrados serán todos
cuando aquí vuelvan desde Josafat
con los cuerpos que allá arriba dejaron.

Su cementerio en esta parte tienen
con Epicuro todos sus secuaces
que el alma, dicen, con el cuerpo muere.

Pero aquella pregunta que me hiciste
pronto será aquí mismo satisfecha,
y también el deseo que me callas.»

Y yo: «Buen guía, no te oculta nada
mi corazón, si no es por hablar poco;
y tú me tienes a ello predispuesto.»

«Oh toseano que en la ciudad del fuego
caminas vivo, hablando tan humilde,
te plazca detenerte en este sitio,

porque tu acento demuestra que eres
natural de la noble patria aquella
a la que fui, tal vez, harto dañoso.»

Este son escapó súbitamente
desde una de las arcos; y temiendo,
me arrimé un poco más a mi maestro.

Pero él me dijo: «Vuélvete, ¿qué haces?
mira allí a Farinata que se ha alzado;
le verás de cintura para arriba.»

Fijado en él había ya mi vista;
y aquél se erguía con el pecho y frente
cual si al infierno mismo despreciase.

Y las valientes manos de mi guía
me empujaron a él entre las tumbas,
diciendo: «Sé medido en tus palabras.»

Como al pie de su tumba yo estuviese,
me miró un poco, y como con desdén,
me preguntó: «¿Quién fueron tus mayores?»

Yo, que de obedecer estaba ansioso,
no lo oculté, sino que se lo dije,
y él levantó las cejas levemente.

«Con fiereza me fueron adversarios
a mí y a mi partido y mis mayores,
y así dos veces tuve que expulsarles.»

«Si les echaste -dije- regresaron
de todas partes, una y otra vez;
mas los vuestros tal arte no aprendieron.»

Surgió entonces al borde de su foso
otra sombra, a su lado, hasta la barba:
creo que estaba puesta de rodillas.

Miró a mi alrededor, cual si propósito
tuviese de encontrar conmigo a otro,
y cuando fue apagada su sospecha,

llorando dijo: «Si por esta ciega
cárcel vas tú por nobleza de ingenio,
¿y mi hijo?, ¿por qué no está contigo?»

Y yo dije: «No vengo por mí mismo,
el que allá aguarda por aquí me lleva
a quien Guido, tal vez, fue indiferente.»

Sus palabras y el modo de su pena
su nombre ya me habían revelado;
por eso fue tan clara mi respuesta.

Súbitamente alzado gritó: «¿Cómo
has dicho?, ¿Fue?, ¿Es que entonces ya no vive?
¿La dulce luz no hiere ya sus ojos?»

Y al advertir que una cierta demora
antes de responderle yo mostraba,
cayó de espaldas sin volver a alzarse.

Mas el otro gran hombre, a cuyo ruego
yo me detuve, no alteró su rostro,
ni movió el cuello, ni incluyó su cuerpo.

Y así, continuando lo de antes,
«Que aquel arte -me dijo- mal supieran,
eso, más que este lecho, me tortura.

Pero antes que cincuenta ve^os arda
la faz de la señora que aquí reina,
tú has de saber lo que tal arte pesa.

Y así regreses a ese dulce mundo,
dime, ¿por qué ese pueblo es tan impío
contra los míos en todas sus leyes?»

Y yo dije: «El estrago y la matanza
que teñirse de rojo al Arbia hizo,
obliga a tal decreto en nuestros templos.»

Me respondió moviendo la cabeza:
«No estuve solo allí, ni ciertamente
sin razón me moví con esos otros:

m³s estuve yo solo, cuando todos
en destruir Florencia consentían,
defendiéndola a rostro descubierto.»

«Ah, que repose vuestra descendencia
-yo le rogué-, este nudo desatadme
que ha enmarañado aquí mi pensamiento.

Parece que sabéis, por lo que escucho,
lo que nos trae el tiempo de antemano,
mas usáis de otro modo en lo de ahora.»

«Vemos, como quien tiene mala luz,
las cosas -dijo- que se encuentran lejos,
gracias a lo que splende el Sumo Guía.

Cuando están cerea, o son, vano es del todo
nuestro intelecto; y si otros no nos cuentan,
nada sabemos del estado humano.

Y comprender podrás que muerto quede
nuestro conocimiento en aquel punto
que se cierre la puerta del futuro.»

Arrepentido entonces de mí falta,
dije: «Diréis ahora a aquel yacente
que su hijo aún se encuentra con los vivos;

y si antes mudo estuve en la respuesta,
hazle saber que fue porque pensaba
ya en esa duda que me habéis resuelto.»

Y ya me reclamaba mi maestro;
y yo rogué al espíritu que rápido
me refiriese quién con él estaba.

Díjome: «Aquí con más de mil me encuentro;
dentro se halla el segundo Federico,
y el Cardenal, y de los otros callo.»

Entonces se ocultó; y yo hacia el antiguo
poeta volví el paso, repensando
esas palabras que creí enemigas.

Él echó a andar y luego, caminando,
me dijo: «¿Por qué estás tan abatido?»
Y yo le satisfice la pregunta.

«Conserva en la memoria lo que oíste
contrario a ti -me aconsejó aquel sabio-
y atiende ahora -y levantó su dedo-:

cuando delante estés del dulce rayo
de aquella cuyos ojos lo ven todo
de ella sabrás de tu vida el viaje.

Luego volvió los pies a mano izquierda:
dejando el muro, fuimos hacia el centro
por un sendero que conduce a un valle,
cuyo hedor hasta allí desagradaba.

CANTO XI

Por el extremo de un acantilado,
que en círculo formaban peñas rotas,
llegamos a un gentío aún más doliente;

y allí, por el exceso tan horrible
de la peste que sale del abismo,
al abrigo detrás nos colocamos

de un gran sepulcro, donde vi un escrito
«Aquí el papa Anastasio está encerrado
que Fotino apartó del buen camino.»

«Conviene que bajemos lentamente,
para que nuestro olfato se acostumbre
al triste aliento; y luego no moleste.»

Así el Maestro, y yo: «Compensación
-díjele- encuentra, pues que el tiempo en balde
no pase.» Y él: «Ya ves que en eso pienso.

Dentro, hijo mío, de estos pedregales
-luego empezó a decir- tres son los círculos
que van bajando, como los que has visto.

Todos llenos están de condenados,
más porque luego baste que los mires,
oye cómo y por qué se les encierra:

Toda maldad, que el odio causa al cielo,
tiene por fin la injuria, y ese fin
o con fuerza o con fraude a otros contrista;

mas siendo el fraude un vicio sólo humano,
más lo odia Dios, por ello son al fondo
los fraudulentos aún más castigados.

De los violentos es el primer círculo;
más como se hace fuerza a tres personas,
en tres recintos está dividido;

a Dios, y a sí, y al prójimo se puede
forzar; digo a ellos mismos y a sus cosas,
como ya claramente he de explicarte.

Muerte por fuerza y dolientes heridas
al prójimo se dan, y a sus haberes
ruinas, incendios y robos dañosos;

y así a homicidas y a los que mal hieren,
ladrones e incendiarios, atormenta
el recinto primero en varios grupos.

Puede el hombre tener violenta mano
contra él mismo y sus cosas; y es preciso
que en el segundo recinto lo purgue

el que se priva a sí de vuestro mundo,
juega y derrocha aquello que posee,
y llora allí donde debió alegrarse.

Puede hacer fuerza contra la deidad,
blasfemar^{do}, negándola en su alma,
despreciando el amor de la natura;

y el recinto menor lleva la marea
del signo de Cahors y de Sodoma,
y del que habla de Dios con menosprecio.

El fraude, que cualquier conciencia muere,
se puede hacer a quien de uno se fía,
o a aquel que la confianza no ha mostrado.

Se diría que de esta forma matan
el vínculo de amor que hace natura;
y en el segundo círculo se esconden

hipocresía, adulación, quien hace
falsedad, latrocinio y simonía,
rufianes, barateros y otros tales.

De la otra forma aquel amor se olvida
de la naturaleza, y lo que crea,
de donde se genera la confianza;

y al Círculo menor, donde está el centro
del universo, donde asienta Dite,
el que traiciona por siempre es llevado.»

Y yo: «Maestro, muy clara procede
tu razón, y bastante bien distingue
este lugar y el pueblo que lo ocupa:

pero ahora dime: aquellos de la ciénaga,
que lleva el viento, y que azota la lluvia,
y que chocan con voces tan acerbas,

¿por qué no dentro de la ciudad roja
son castigados, si a Dios enojaron?
y si no, ¿por qué están en tal suplicio?»

Y entonces él: «¿Por qué se aleja tanto
-dijo- tu ingenio de lo que acostumbra?,
¿o es que tu mente mira hacia otra parte?

¿Ya no te acuerdas de aquellas palabras
que reflejan en tu ÉTICA las tres.
inclinaciones que no quiere el cielo,

incontinencia, malicia y la loca
bestialidad? ¿y cómo incontinencia
menos ofende y menos se castiga?

Y si miras atento esta sentencia,
y a la mente preguntas quién son esos
que allí fuera reciben su castigo,

comprenderás por qué de estos felones
están aparte, y a menos crudeza
la divina venganza les somete.»

«Oh sol que curas la vista turbada,
tú me contentas tanto resolviendo,
que no sólo el saber, dudar me gusta.

Un poco más atrás vuélvete ahora
-díjale--, allí donde que usura ofende
a Dios dijiste, y quítame el enredo.»

«A quien la entiende, la Filosofía
hace notar, no sólo en un pasaje
cómo natura su carrera toma

del divino intelecto y de su arte;
y si tú FÍSICA miras despacio,
encontrarás, sin mucho que lo busques,

que el arte vuestro a aquélla, cuanto pueda,
sigue como al maestro su discípulo,
tal que vuestro arte es como de Dios nieto.

Con estas dos premisas, si recuerdas
el principio del Génesis, debemos
ganarnos el sustento con trabajo.

Y al seguir el avaro otro camino,
por éste, a la natura y a sus frutos,
desprecia, y pone en lo otro su esperanza.

Más sígueme, porque avanzar me place;
que Piseis ya remonta el horizonte
y todo el Carro yace sobre el Coro,
y el barranco a otro sitio se despeña.

CANTO XII

Era el lugar por el que descendimos
alpestre y, por aquel que lo habitaba,
cualquier mirada hubiéralo esquivado.

Como son esas ruinas que al estado
de acá de Trento azota el río Adigio,
por terremoto o sin tener cimientos,

que de lo alto del monte, del que bajan
al llano, tan hendida está la roca
que ningún paso ofrece a quien la sube;

de aquel barranco igual era el descenso;
y allí en el borde de la abierta sima,
el oprobio de Creta estaba echado

que concebido fue en la falsa vaca;
cuando nos vio, a sí mismo se mordía,
tal como aquel que en ira se consume.

Mi sabio entonces le gritó: «Por suerte
piensas que viene aquí el duque de Atenas,
que allí en el mundo la muerte te trajo?

Aparta, bestia, porque éste no viene
siguiendo los consejos de tu hermana,
sino por contemplar vuestros pesares.»

Y como el toro se deslaza cuando
ha recibido ya el golpe de muerte,
y huir no puede, más de aquí a allí salta,

así yo vi que hacía el Minotauro;
y aquel prudente gritó: «Corre al paso;
bueno es que bajes mientras se enfurece.»

Descendimos así por el derrumbe
de las piedras, que a veces se movían
bajo mis pies con esta nueva carga.

Iba pensando y díjome: «Tú piensas
tal vez en esta ruina, que vigila
la ira bestial que ahora he derrotado.

Has de saber que en la otra ocasión
que descendí a lo hondo del infierno,
esta roca no estaba aún desgarrada;

pero sí un poco antes, si bien juzgo,
de que viniese Aquel que la gran presa
quitó a Dite del círculo primero,

tembló el infecto valle de tal modo
que pensé que sintiese el universo
amor, por el que alguno cree que el mundo

muehas veces en ca^os vuelve a trocarse;
y fue entonces cuando esta vieja roca
se partió por aquí y por otros lados.

Más mira el valle, pues que se aproxima
aquel río sangriento, en el cual hierve
aquel que con violencia al otro daña.»

¡Oh tú, ciega codicia, oh loca furia,
que así nos mueves en la corta vida,
y tan mal en la eterna nos sumerges!

Vi una amplia fosa que toreía en arco,
y que abrazaba toda la llanura,
según lo que mi guía había dicho.

Y por su pie corrían los centauros,
en hilera y armados de saetas,
como cazar solían en el mundo.

Viéndonos descender, se detuvieron,
y de la fila tres se separaron
con los arcos y flechas preparadas.

Y uno gritó de lejos: «¿A qué pena
venís vosotros bajando la cuesta?
Decidlo desde allí, o si no disparo.»

«La respuesta -le dijo mi maestro-
daremos a Quirón cuando esté cerca:
tu voluntad fue siempre impetuosa.»

Después me tocó, y dijo: «Aquel es Neso,
que murió por la bella Deyanira,
contra sí mismo tomó la venganza.

Y aquel del medio que al pecho se mira,
el gran Quirón, que fue el ayo de Aquiles;
y el otro es Folo, el que habló tan airado.

Van a millares rodeando el foso,
flechando a aquellas almas que abandonan
la sangre, más que su culpa permite.»

Nos acercamos a las raudas fieras:
Quirón cogió una flecha, y con la punta,
de la mejilla retiró la barba.

Cuando hubo descubierto la gran boca,
dijo a sus compañeros: «¿No os dais cuenta
que el de detrás remueve lo que pisa?

No lo suelen hacer los pies que han muerto.»
Y mi buen guía, llegándole al pecho,
donde sus dos naturas se entremezclan,

respondió: «Está bien vivo, y a él tan sólo
debo enseñarle el tenebroso valle:
necesidad le trae, no complacencia.

Alguien cesó de cantar Aleluya,
y ésta nueva tarea me ha encajado:
él no es ladrón ni yo alma condenada.

Más por esta virtud por la cual muevo
los pasos por camino tan salvaje,
daños alguno que nos acompañe,

que nos muestre por dónde se vadea,
y que a éste lleve encima de su grupa,
pues no es alma que viaje por el aire.»

Quirón se volvió atrás a la derecha,
y dijo a Neso: «Vuelve y dales guía,
y hazles pasar si otro grupo se encuentran.»

Y nos marchamos con tan fiel escolta
por la ribera del bullir rojizo,
donde mucho gritaban los que hervían.

Gente vi sumergida hasta las cejas,
y el gran centauro dijo: «Son tiranos
que vivieron de sangre y de rapiña:

lloran aquí sus daños despiadados;
está Alejandro, y el feroz Dionisio
que a Sicilia causó tiempos penosos.

Y aquella frente de tan negro pelo,
es Azolino; y aquel otro rubio,
es Opizzo de Este, que de veras

fue muerto por su hijastro allá en el mundo.»
Me volví hacia el poeta y él me dijo:
«Ahora éste es el primero, y yo el segundo.»

Al poco rato se fijó el Centauro
en unas gentes, que hasta la garganta
parecían, salir del hervidero.

Dijonos de una sombra ya apartada:
«En la casa de Dios aquél hirió -
el corazón que al Támesis chorrea.»

Luego vi gentes que sacaban fuera
del río la cabeza, y hasta el pecho;
y yo reoí a bastantes de ellos.

Así iba descendiendo poco a poco
aquella sangre que los pies coeía,
y por allí pasamos aquel foso.

«Así como tú ves que de esta parte
el hervidero siempre va bajando,
-dijo el centauro- quiero que conozcas

que por la otra más y más aumenta
su fondo, hasta que al fin llega hasta el sitio
en donde están gimiendo los tiranos.

La divina justicia aquí castiga
a aquel Atila azote de la tierra
y a Pirro y Sexto; y para siempre ordeña

las lágrimas, que arrañean los hervores,
a Rinier de Corneto, a Rinier Pazzo
qué en los caminos tanta guerra hicieron.»
Volvióse luego y franqueó aquel vado.

CANTO XIII

Nesó no había aún vuelto al otro lado,
cuando entramos nosotros por un bosque
al que ningún sendero señalaba.

No era verde su fronda, sino oscura;
ni sus ramas derechas, mas torcidas;
sin frutas, mas con púas venenosas.

Tan tupidos, tan ásperos matojos
no conocen las fieras que aborrecen
entre Corneto y Cécina los campos.

Hacen allí su nido las arpías,
que de Estrófane echaron al Troyano
con triste anejo de futuras euitas.

Alas muy grandes, cuello y rostro humanos
y garras tienen, y el vientre con plumas;
en árboles tan raros se lamentan.

Y el buen Maestro: «Antes de adentrarte,
sabrás que este recinto es el segundo
-me comenzó a decir- y estarás hasta

que puedas ver el horrible arenal;
mas mira atentamente; así verás
cosas que si te dió no creerías.»

Yo escuchaba por todas partes ayes,
y no vela a nadie que los diese,
por lo que me detuve muy asustado.

Yo creí que él creyó que yo creía
que tanta voz salía del follaje,
de gente que a nosotros se ocultaba.

Y por ello me dijo: «Si tronchases
cualquier manojito de una de estas plantas,
tus pensamientos también romperías.»

Entonces extendí un poco la mano,
y corté una ramita a un gran endrino;
y su tronco gritó: «¿Por qué me hieres?

Y haciéndose después de sangre oscuro
volvió a decir: «Por qué así me desgarras?
¿es que no tienes compasión alguna?

Hombres fuimos, y ahora matorrales;
más piadosa debiera ser tu mano,
aunque fuéramos almas de serpientes.»

Como una astilla verde que encendida
por un lado, gotea por el otro,
y chirría el vapor que sale de ella,

así del roto esqueje salen juntas
sangre y palabras: y dejé la rama
caer y me quedé como quien teme.

«Si él hubiese creído de antemano
-le respondió mi sabio-, ánima herida,
aquello que en mis rimas ha leído,

no hubiera puesto sobre ti la mano:
más me ha llevado la increíble cosa
a inducirle a hacer algo que me pesa:

mas dile quién has sido, y de este modo
algún aumento renueve tu fama
allí en el mundo, al que volver él puede.»

Y el tronco: «Son tan dulces tus lisonjas
que no puedo callar; y no os moleste
si en hablaros un poco me entretengo:

Yo soy aquel que tuvo las dos llaves
que el corazón de Federico abrían
y cerraban, de forma tan suave,

que a casi todos les negó el secreto;
tanta fidelidad puse en servirle
que mis noches y días perdí en ello.

La meretriz que jamás del palacio
del César quita la mirada impúdica,
muerte común y viejo de las cortes,

encendió a todos en mi contra; y tanto
encendieron a Augusto esos incendios
que el gozo y el honor trocose en lutos;

mi ánimo, al sentirse despreciado,
creyendo con morir huir del desprecio,
culpable me hizo contra mí inocente.

Por las raras raíces de este leño,
os juro que jamás rompí la fe
a mi señor, que fue de honor tan digno.

Y si uno de los dos regresa al mundo,
rehabilite el recuerdo que se duele
aún de ese golpe que asesta la envidia.»

Paró un poco, y después: «Ya que se calla,
no pierdas tiempo -díjome el poeta-
habla y preguntale si más deseas.»

Yo respondí: «Preguntale tú entonces
lo que tú pienses que pueda gustarme;
pues, con tanta aflicción, yo no podría.»

Y así volvió a empezar: «Para que te haga
de buena gana aquello que pediste,
enarcelado espíritu, aún te plazea

decirnos cómo el alma se encadena
en estos troncos; dínos, si es que puedes,
si alguna se despega de estos miembros.»

Sopló entonces el tronco firmemente
tracándose aquel viento en estas voces:
«Brevemente yo quiero responderos;

cuando un alma feroz ha abandonado
el cuerpo que ella misma ha desunido
Niños la manda a la séptima fosa.

Cae a la selva en parte no elegida;
más donde la fortuna la dió para,
como un grano de espelta allí germina;

surge en retoño y en planta silvestre:
y al converse sus hojas las Arpías,
dolor le causan y al dolor ventana.

Como las otras, por nuestros despojos,
vendremos, sin que vistan a ninguna;
pues no es justo tener lo que se tira.

A rastras los traeremos, y en la triste
selva serán los cuerpos suspendidos,
del endrino en que sufre cada sombra.»

Aún pendientes estábamos del tronco
creyendo que quisiera más contarnos,
cuando de un ruido fuimos sorprendidos,

Igual que aquel que venir desde el puesto
escucha al jabalí y a la jauría
y oye a las bestias y un ruido de frondas;

Y miro a dos que vienen por la izquierda,
desnudos y arañados, que en la huida,
de la selva rompían toda mata.

Y el de delante: «¡Aeude, aeude, muertel!»
Y el otro, que más lento parecía,
gritaba: «Lano, no fueron tan raudas

en la batalla de Toppo tus piernas.»
Y cuando ya el aliento le faltaba,
de él mismo y de un arbusto formó un nudo.

La selva estaba llena detrás de ellos
de negros canes, corriendo y ladrando
cual lebreles soltados de trailla.

El diente echaron al que estaba oculto
y lo despedazaron trozo a trozo;
luego llevaron los miembros dolientes.

Cogiome entonces de la mano el guía,
y me llevó al arbusto que lloraba,
por los sangrantes rotos, vanamente.

Decía: «Oh Giácomo de Sant' Andrea,
¿qué te ha valido de mí hacer refugio?
¿qué culpa tengo de tu mala vida?»

Cuando el maestro se paró a su lado,
dijo: «¿Quién fuiste, que por tantas puntas
con sangre exhalas tu habla dolorosa?»

Y él a nosotros: «Oh almas que llegadas
sois a mirar el vergonzoso estrago,
que mis frondas así me ha desunido,

recojedlas al pie del triste arbusto.
Yo fui de la ciudad que en el Bautista
cambió el primer patrón: el cual, por esto

con sus artes por siempre la hará triste;
y de no ser porque en el puente de Arno
aún permanece de él algún vestigio,

esas gentes que la reedificaron
sobre las ruinas que Atila dejó,
habrían trabajado vanamente.
Yo de mi casa hice mi cadalso.»

CANTO XIV

Y como el gran amor del lugar patrio
me conmovió, reuní la rota fronda,
y se la devolví a quien ya callaba.

Al límite llegamos que divide
el segundo recinto del tercero,
y vi de la justicia horrible modo.

Por bien manifestar las nuevas cosas,
he de decir que a un páramo llegamos,
que de su seno cualquier planta ahuyenta.

La dolorosa selva es su guirnalda,
como para ésta lo es el triste foso;
justo al borde los pasos detuvimos.

Era el sitio una arena espesa y seca,
hecha de igual manera que esa otra
que oprimiera Catón con su pisada.

¡Oh venganza divina, cuánto debes
ser temida de todo aquel que lea
cuanto a mis ojos fuera manifiesto!

De almas desnudas vi muchos rebaños,
todas llorando llenas de miseria,
y en diversas posturas colocadas:

unas gentes yacían boca arriba;
encogidas algunas se sentaban,
y otras andaban incesantemente.

Eran las más las que iban dando vueltas,
menos las que yacían en tormento,
pero más se quejaban de sus males.

Por todo el arenal, muy lentamente,
lueven copos de fuego dilatados,
como nieve en los Alpes si no hay viento.

Como Alejandro en la caliente zona
de la India vio llamas que caían
hasta la tierra sobre sus ejércitos;

por lo cual ordenó pisar el suelo
a sus soldados, puesto que ese fuego
se apagaba mejor si estaba aislado,

así bajaba aquel ardor eterno;
y encendía la arena, tal la yesea
bajo eslabón, y el tormento doblaba.

Nunca reposo hallaba el movimiento
de las míseras manos, repeliendo
aquí o allá de sí las nuevas llamas.

Yo comencé: «Maestro, tú que veneces
todas las cosas, salvo a los demonios
que al entrar por la puerta nos salieron,

¿Quién es el grande que no se preocupa
del fuego y yace despectivo y fiero,
cual si la lluvia no le madurase?»

Y él mismo, que se había dado cuenta
que preguntaba por él a mi guía,
gritó: «Como fui vivo, tal soy muerto.

Aunque Jove cansara a su artesano
de quien, fiero, tomó el fulgor agudo
con que me golpeó el último día,

o a los demás cansase uno tras otro,
de Mongibelo en esa negra fragua,
clamando: “Buen Vulcano, ayuda, ayuda”

tal como él hizo en la lucha de Flegra,
y me asateara con sus fuerzas,
no podría vengarse alegremente.»

Mi guía entonces contestó con fuerza
tanta, que nunca le hube así escuchado:
«Oh Capaneo, mientras no se calme

tu soberbia, serás más afligido:
ningún martirio, aparte de tu rabia,
a tu furor dolor será adecuado.»

Después se volvió a mí con mejor tono,
«Éste fue de los siete que asediaron
a Tebas; tuvo a Dios, y me parecee

que aún le tenga, desdén, y no le implora;
más como yo le dije, sus despechos
son en su pecho galardón bastante.

Sígueme ahora y cuida que tus pies
no pisen esta arena tan ardiente,
mas camina pegado siempre al bosque.»

En silencio llegamos donde corre
fuera ya de la selva un arroyuelo,
cuyo rojo color aún me horripila:

como del Bulicán sale el arroyo
que reparten después las pecadoras,
al correr a través de aquella arena.

El fondo de éste y ambas dos paredes
eran de piedra, igual que las orillas;
y por ello pensé que ése era el paso.

«Entre todo lo que yo te he enseñado,
desde que atravesamos esa puerta
cuyos umbrales a nadie se niegan,

ninguna cosa has visto más notable
como el presente río que las llamas
apaga antes que lleguen a tocarle.»

Esto dijo mi guía, por lo cual
yo le roqué que acrecentase el pasto,
del que acrecido me había el deseo.

«Hay en medio del mar un devastado
país -me dijo- que se llama Creta;
bajo su rey fue el mundo virtuoso.

Hubo allí una montaña que alegraban
aguas y frondas, se llamaba Ida:
cual cosa vieja se halla ahora desierta.

La excelsa Rea la escogió por cuna
para su hijo y, por mejor guardarlo,
cuando lloraba, mandaba dar gritos.

Se alza un gran viejo dentro de aquel monte,
que hacia Damiatra vuelve las espaldas
y al igual que a un espejo a Roma mira.

Está hecha su cabeza de oro fino,
y plata pura son brazos y pecho,
se hace luego de cobre hasta las ingles;

y del hierro mejor de aquí hasta abajo,
salvo el pie diestro que es barro cocido:
y más en éste que en el otro apoya.

Sus partes, salvo el oro, se hallan rotas
por una raja que gotea lágrimas,
que horadan, al juntarse, aquella gruta;

su curso en este valle se derrama:
forma Aqueronte, Estigia y Flaetonte;
corre después por esta estrecha espita

al fondo donde más no se desciende:
forma Cocito; y cuál sea ese pantano
ya lo verás; y no te lo describo.»

Yo contesté: «Si el presente riachuelo
tiene así en nuestro mundo su principio,
¿Cómo puede encontrarse en este margen?»

Respondió: «Sabes que es redondo el sitio,
y aunque hayas caminado un largo trecho
hacia la izquierda descendiendo al fondo,

aún la vuelta completa no hemos dado;
por lo que si aparecen cosas nuevas,
no debes contemplarlas con asombro.»

Y yo insistí «Maestro, ¿dónde se hallan
Flegetonte y Leteo?; a uno no nombras,
y el otro dices que lo hace esta lluvia.»

«Me agradan ciertamente tus preguntas
-dijo-, mas el bullir del agua roja
debía resolverte la primera.

Fuera de aquí podrás ver el Leteo,
allí donde a lavarse van las almas,
cuando la culpa purgada se borra.»

Dijo después: «Ya es tiempo de apartarse
del bosque; ven caminando detrás:
dan paso las orillas, pues no queman,
y sobre ellas se extingue cualquier fuego.»

CANTO XV

Caminamos por uno de los bordes,
y tan denso es el humo del arroyo,
que del fuego protege agua y orillas.

Tal los flamencos entre Gante y Brujas,
temiendo el viento que en invierno sopla,
a fin de que huya el mar hacen sus diques;

y como junto al Brenta los paduanos
por defender sus villas y castillos,
antes que Chiarentana el calor sienta;

de igual manera estaban hechos éstos,
sólo que ni tan altos ni tan gruesos,
fuese el que fuese quien los construyera.

Ya estábamos tan lejos de la selva
que no podría ver dónde me hallaba,
aunque hacia atrás yo me diera la vuelta,

cuando encontramos un tropel de almas
que andaban junto al dique, y todas ellas
nos miraban cual suele por la noche

mirarse el uno al otro en luna nueva;
y para vernos fruncían las cejas
como hace el sastre viejo con la aguja.

Examinado así por tal familia,
de uno fui conocido, que agarró
mi túnica y gritó: «¡Qué maravilla!»

y yo, al verme cogido por su mano
fijé la vista en su quemado rostro,
para que, aun abrasado, no impidiera,

su reconocimiento a mi memoria;
e inclinando la mía hacia su cara
respondí: «¿Estáis aquí, señor Brunetto?»

«Hijo, no te disguste -me repuso-
si Brunetto L^{at}ino deja un rato
a su grupo y contigo se detiene.»

Y yo le dije: «Os lo pido gustoso;
y si queréis que yo, con vos me pare,
lo haré si place a aquel con el que ando.»

«Hijo -repuso-, aquel de este rebaño
que se para, después cien años yace,
sin defenderse cuando el fuego quema.

Camina pues: yo marcharé a tu lado;
y alcanzaré más tarde a mi mesnada,
que va llorando sus eternos males.»

Yo no osaba bajarme del camino
y andar con él; más gacha la cabeza
tenía como el hombre reverente.

Él comenzó: «¿Qué fortuna o destino
antes de postrer día aquí te trae?
¿y quién es éste que muestra el camino?»

Y yo: «Allá arriba, en la vida serena
-le respondí- me perdí por un valle,
antes de que mi edad fuese perfecta.

Lo dejé atrás ayer por la mañana;
éste se apareció cuando a él volvía,
y me lleva al hogar por esta ruta.»

Y él me repuso: «Si sigues tu estrella
glorioso puerto alcanzarás sin falta,
si de la vida hermosa bien me acuerdo;

y si no hubiese muerto tan temprano,
viendo que el cielo te es tan favorable,
dado te habría ayuda en la tarea.

Más aquel pueblo ingrato y malicioso
que desciende de Fiesole de antiguo,
y aún tiene en él del monte y del peñaseo,

si obras bien ha de hacerse tu contrario:
y es con razón, que entre ásperos serbales
no debe madurar el dulce hijo.

Vieja fama en el mundo llama ciegos,
gente es avara, envidiosa y soberbia:
líbrate siempre tú de sus costumbres.

Tanto honor tú fortuna te reserva,
que la una parte y la otra tendrán hambre
de ti; más lejos pon del chivo el pasto.

Las bestias fiesolanas se apacienten
de ellas mismas, y no toquen la planta,
si alguna surge aún entre su estiércol,

en que reviva la simiente santa
de los romanos que quedaron, cuando
hecho fue el nido de tan gran malicia.»

«Si pudiera cumplirse mi deseo
aún no estaríais vos -le repliqué-
de la humana natura separado;

que en mi mente está fija y aún me apena,
querida y buena, la paterna imagen
vuestra, cuando en el mundo hora tras hora

me enseñabais que el hombre se hace eterno;
y cuánto os lo agradezco, mientras viva,
conviene que en mi lengua se proclame.

Lo que narráis de mi carrera escribo,
para hacerlo glosar, junto a otro texto,
si hasta ella llego, a la mujer que sabe.

Sólo quiero que os sea manifiesto
que, con estar tranquila mí conciencia,
me doy, sea cual sea, a la Fortuna.

No es nuevo a mis oídos tal augurio:
mas la Fortuna hace girar su rueda
como gusta, y el labrador su azada.»

Entonces mi maestro la mejilla
derecha volvió atrás, y me miró;
dijo después: «Bien oye el precavido.»

Pero yo no dejé de hablar por eso
con ser Brunetto, y pregunto quién son
sus compañeros de más alta fama.

Y él me dijo: «Saber de alguno es bueno;
de los demás será mejor que calle,
que a tantos como son el tiempo es corto.

Sabe, en suma, que todos fueron elérigos
y literatos grandes y famosos,
al mundo sucios de un igual pecado.

Priseiano va con esa turba mísera,
y Franceseo D'Aceorso; y ver con éste,
si de tal tiña tuvieses deseo,

podrás a quien el Siervo de los Siervos
hizo mudar del Arno al Baehiglión,
donde dejó los nervios mal usados.

De otros diría, mas charla y camino
no pueden alargarse, pues ya veo
surgir del arenal un nuevo humo.

Gente viene con la que estar no debo:
mi “Tesoro” te dejo encomendado,
en el que vivo aún, y más no digo.»

Luego se fue, y parecía de aquellos
que el verde lienzo corren en Verona
por el campo; y entre éstos parecía
de los que ganan, no de los que pierden.

CANTO XVI

Ya estaba donde el resonar se oía
del agua que caía al otro círculo,
como el que hace la abeja en la colmena;

Cuando tres sombras juntas se salieron,
corriendo, de una t^urba que pasaba
bajo la lluvia de la áspera peña.

Hacia nosotros gritando venían:
«Detente quien parece por el traje
ser uno de la patria depravada.»

¡Ah, cuántas llagas vi en aquellos miembros,
viejas y nuevas, de la llama ardidas!
me siento aún dolorido al recordarlo.

A sus gritos mi guía se detuvo;
volvió el rostro hacia mí, y me dijo: « Espera,
pues hay que ser cortés con esta gente.

Y si no fuese por el erudo fuego
que este sitio asaetea, te diría
que te apresures tú mejor que ellos.»

Ellos, al detenernos, reemprendieron
su antiguo verso; y cuando ya llegaron,
hacen un corro de sí aquellos tres,

cual desnudos y untados campeones,
accediendo a su presa y su ventaja,
antes de que se enzarzaren entre ellos;

y con la cara vuelta, cada uno
me miraba de modo que al contrario
iba el cuello del pie continuamente.

«Si el horror de este suelo movedizo
vuelve nuestras pleg^arias despreciables
-uno empezó- y la faz negra y quemada,

nuestra fama a tu ánimo suplique
que nos digas quién eres, que los vivos
pies tan seguro en el infierno arrastras.

Éste, de quien me ves pisar las huellas,
aunque desnudo y sin pellejo vaya,
fue de un grado mayor de lo que piensas,

pues nieto fue de la bella Gualdrada;
se llamó Guido Guerra, y en su vida
mucho obró con su espada y con su juicio.

El otro, que tras mí la arena pisa,
es Tegghiaio Aldobrandi, cuya voz
en el mundo debiera agradecerse;

y yo, que en el suplicio voy con ellos,
Jacopo Rusticucci; y fiera esposa
más que otra cosa alguna me condena.»

Si hubiera estado a cubierto del fuego,
me hubiera ido detrás de ellos al punto,
y no creo que al guía le importase;

mas me hubi^{ra} abrasado, y de ese modo
venió el miedo al deseo que tenía,
pues de abrazarles yo me hallaba ansioso.

Luego empecé: «No desprecio, mas pena
en mi interior me causa vuestro estado,
y es tanta que no puedo desprenderla,

desde el momento en que mi guía dijo
palabras, por las cuales yo pensaba
que, como sois, se acercaba tal gente.

De vuestra tierra soy, y desde siempre
vuestras obras y nombres tan honrados,
con afecto he escuchado y retenido.

Dejo la hiel y voy al dulce fruto
que mi guía veraz me ha prometido,
pero antes tengo que llegar al centro.»

«Muy largamente el alma te conduzcan
todavía -me dijo aquél- tus miembros,
y resplandezca luego tu memoria,

di si el valor y co^{tes}ía aún se hallan
en nuestra patria tal como solían,
o si del todo han sido ya expulsados;

que Giuglielmo Borsiere, el cual se duele
desde hace poco en nuestro mismo grupo,
con sus palabras mucho nos aflige.»

«Las nuevas gentes, las ganancias súbitas,
orgullo y desmesura han generado,
en ti, Florencia, y de ello te lamentas.»

Así grité levantando la cara;
y los tres, que esto oyeron por respuesta,
se miraron como ante las verdades.

«Si en otras ocasiones no te e^{sta}
satisfacer a otros -me dijeroⁿ-,
dichoso tú qué dices lo que quieres.

Pero si sales de este mundo ciego
y vuelves a mirar los bellos astros,
cuando decir “estuve allí” te plazca,

háblale de nosotros a la gente.»
Rompieron luego el círculo y, huyendo,
alas sus raudas piernas parecían.

Un amén no podría haberse dicho
antes de que ellos se hubiesen perdido;
por lo que el guía quiso que partiésemos.

Yo iba detrás, y no avanzamos mucho
cuando el agua sonaba tan de cerca,
que apenas se escuchaban las palabras.

Como aquel río sigue su carrera
primero desde el Veso hacia el levante,
a la vertiente izquierda de Apennino,

que Acquaqueta se llama abajo, antes
de que en un hondo lecho se desplome,
y en Forlì ya ese nombre no conserva,

resuena allí sobre San Benedetto,
de la roca cayendo en la cascada
en donde mil debieran recibirle;

así en lo hondo de un despeñadero,
oímos resonar el agua roja,
que el oído ofendía al poco tiempo.

Yo llevaba una cuerda a la cintura
con la que alguna vez hube pensado
cazar la onza de la piel pintada.

Luego de haberme toda deseeñado,
como mi guía lo había mandado,
se la entregué recoñida en un rollo.

Entonces se volvió hacia la derecha
y, alejándose un trecho de la orilla,
la arrojó al fondo de la escarpadura.

«Alguna novedad ha de venirnos
-pensaba para mí- del nuevo signo,
que el maestro así busca con los ojos.»

¡Cuán cautos deberían ser los hombres
junto a aquellos que no sólo las obras,
mas por dentro el pensar también conocen!

«Pronto -dijo- verás sobradamente
lo que espero, y en lo que estás pensando:
pronto conviene que tú lo descubras.»

La verdad que parece una mentira
debe el hombre callarse mientras pueda,
porque sin tener culpa se avergüence:

pero callar no puedo; y por las notas,
lector, de esta Comedia, yo te juro,
así no estén de larga gracia llenas,

que vi por aquel aire oscuro y denso
venir nadando arriba una figura,
que asustaría el alma más valiente,

tal como vuelve aquel que va al fondo
a desprender el ancla que se agarra
a escollos y otras cosas que el mar cela,
que el cuerpo extiende y los pies se recoge.

CANTO XVII

«Mira la bestia con la cola aguda,
que pasa montes, rompe muros y armas;
mira aquella que apesta todo el mundo.»

Así mi guía comenzó a decirme;
y le ordenó que se acercase al borde
donde acababa el camino de piedra.

Y aquella sucia imagen del engaño
se acercó, y sacó el busto y la cabeza,
mas a la orilla no trajo la cola.

Su cara era la cara de un buen hombre,
tan benigno tenía lo de afuera,
y de serpiente todo lo restante.

Garras peludas tiene en las axilas;
y en la espalda y el pecho y ambos flancos
pintados tiene ruedas y lazadas.

Con más color debajo y superpuesto
no hacen tapices tártaros ni turcos,
ni fue tal tela hilada por Araene.

Como a veces hay lanehas en la orilla,
que parte están en agua y parte en seco;
o allá entre los glotonos alemanes

el castor se dispone a hacer su caza,
se hallaba así la fiera detestable
al borde pétreo, que la arena ciñe.

Al aire toda su cola movía,
cerrando arriba la horea venenosa,
que a guisa de escorpión la punta armaba.

El guía dijo: «Es preciso torcer
nuestro camino un poco, junto a aquella
malvada bestia que está allí tendida.»

Y descendimos al lado derecho,
caminando diez pasos por su borde,
para evitar las llamas y la arena.

Y cuando ya estuvimos a su lado,
sobre la arena vi, un poco más lejos,
gente sentada al borde del abismo.

Aquí el maestro: «Porque toda entera
de este recinto la experiencia lleves
-me dijo-, ve y contempla su castigo.

Allí sé breve en tus razonamientos:
mientras que vuelvas hablaré con ésta,
que sus fuertes espaldas nos otorgue.»

Así pues por el borde de la cima
de aquel séptimo círculo yo solo
anduve, hasta llegar a los penados.

Ojos afuera estallaba su pena,
de aquí y de allí con la mano evitaban
tan pronto el fuego como el suelo ardiente:

como los perros hacen en verano,
con el hocico, con el pie, mordidos
de pulgas o de moscas o de tábanos.

Y después de mirar el rostro a algunos,
a los que el fuego doloroso azota,
a nadie conocí; pero me acuerdo

que en el cuello tenía una bolsa
con un cierto color y ciertos signos,
que parecía complacer su vista.

Y como yo anduviéramos mirando,
algo azulado vi en una amarilla,
que de un león tenía cara y porte.

Luego, siguiendo de mi vista el curso,
otra advertí como la roja sangre,
y una oca blanca más que la manteca.

Y uno que de una cerda azul preñada
señalado tenía el blanco saco,
dijo: «¿Qué andas haciendo en esta fosa?

Vete de aquí; y puesto que estás vivo,
sabe que mi vecino Vitaliano
aquí se sentará a mi lado izquierdo;

de Padua soy entre estos florentinos:
y las orejas me atruenan sin tasa
gritando: “¡Venza el noble caballero

que llenará la bolsa con tres ehivos!”»
Aquí toreó la boea y se sacaba
la lengua, como el buey que el belfo lame.

Y yo, temiendo importunar tardando
a quien de no tardar me había advertido,
atrás dejé las almas lastimadas.

A mi guía encontré, que ya subido
sobre la grupa de la fiera estaba,
y me dijo: «Sé fuerte y arrojado.

Ahora bajamos por tal escalera:
sube delante, quiero estar en medio,
porque su cola no vaya a dañarte.»

Como está aquel que tiene los temblores
de la cuartana, con las uñas pálidas,
y tiembla entero viendo ya el relente,

me puse yo escuchando sus palabras;
pero me avergüenceé con su advertencia,
que ante el buen amo el siervo se hace fuerte.

Encima me senté de la espaldaza:
quise decir, más la voz no me vino
como creí: «No dejes de abrazarme.»

Mas aquel que otras veces me ayudara
en otras dudas, luego que monté,
me sujetó y sostuvo con sus brazos.

Y le dijo: «Gerión, muévete ahora:
las vueltas largas, y el bajar sea lento:
piensa en qué nueva carga estás llevando.»

Como la navecilla deja el puerto
detrás, detrás, así ésta se alejaba;
y luego que ya a gusto se sentía,

en donde el pecho, ponía la cola,
y tiesa, como anguila, la agitaba,
y con los brazos recoñía el aire.

No creo que más grande fuese el miedo
cuando Faetón abandonó las riendas,
por lo que el cielo ardió, como aún parece;

ni cuando la cintura el pobre Ícaro
sin alas se notó, ya derretidas,
gritando el padre: «¡Mal camino llevas!»;

que el mío fue, cuando noté que estaba
rodeado de aire, y apagada
cualquier visión que no fuese la fiera;

ella nadando va lenta, muy lenta;
gira y desciende, pero yo no noto
sino el viento en el rostro y por debajo.

Oía a mi derecha la cascada
que hacía por encima un ruido horrible,
y abajo miro y la cabeza asomo.

Entonces temí aún más el precipicio,
pues luego pude ver y escuchar llantos;
por lo que me encogí temblando entero.

Y vi después, que aún no lo había visto,
al bajar y girar los grandes males,
que se acercaban de diversos lados.

Como el halcón que asaz tiempo ha volado,
y que sin ver ni señuelo ni pájaro
hace decir al halconero: «¡Ah, baja!»,

lento desciende tras su grácil vuelo,
en cien vueltas, y a lo lejos se pone
de su maestro, airado y desdeñoso,

de tal modo Gerión se posó al fondo,
al mismo pie de la cortada roca,
y descargadas nuestras dos personas,
se disparó como de cuerda tensa.

CANTO XVIII

Hay un lugar llamado Malasbolsas
en el infierno, pétreo y ferrugiento,
igual que el muro que le ciñe entorno.

Justo en el medio del campo maligno
se abre un pozo bastante largo y hondo,
del cual a tiempo contaré las partes.

Es redondo el espacio que se forma
entre el pozo y el pie del duro abismo,
y en diez valles su fondo se divide.

Como donde, por guarda de los muros,
más y más fosos ciñen los castillos,
el sitio en donde estoy tiene el aspecto;

tal imagen los valles aquí tienen.
Y como del umbral de tales fuertes
a la orilla contraria hay puentecillos,

así del borde de la roca, escollos
conducen, dividiendo foso y márgenes,
hasta el pozo que les corta y les une.

En este sitio, ya de las espaldas
de Gerión nos bajamos; y el poeta
tomó a la izquierda, y yo me fui tras él.

A la derecha vi nuevos pesares,
nuevos castigos y verdugos nuevos,
que la bolsa primera abarrotaban.

Allí estaban desnudos los malvados;
una mitad iba dando la espalda,
otra de frente, con pasos más grandes;

tal como en Roma la gran muchedumbre,
del año jubilar, allí en el puente
precisa de cruzar en doble vía,

que por un lado todos van de cara
hacia el castillo y a San Pedro marchan;
y de otro lado marchan hacia el monte.

De aquí, de allí, sobre la oscura roca,
vi demonios cornudos con flagelos,
que azotaban cruelmente sus espaldas.

¡Ay, cómo hacían levantar las piernas
a los primeros golpes!, pues ninguno
el segundo esperaba ni el tercero.

Mientras andaba, en uno mi mirada
vinó a caer; y al punto yo me dije:
«De haberle visto ya no estoy ayuno.»

Y así paré mi paso para verlo:
y mi guía conmigo se detuvo,
y consintió en que atrás retrocediera.

Y el condenado creía ocultarse
bajando el rostro; mas sirvió de poco,
pues yo le dije: «Oh tú que el rostro agachas,

si los rasgos que llevas no son falsos,
Venedico eres tú Caeianemico;
mas ¿qué te trae a salsas tan picantes?»

Y repuso: «Lo digo de mal grado;
pero me fuerzan tus claras palabras,
que me hacen recordar el mundo antiguo.

Fui yo mismo quien a Ghisolabella
indujo a hacer el gusto del marqués,
como relaten la sucia noticia.

Y boloñés no lloró aquí tan sólo,
mas tan repleto está este sitio de ellos,
que ahora tantas lenguas no se escuchan

que digan "Sipa" entre Savena y Reno;
y si fe o testimonio de esto quieres,
trae a tu mente nuestro seno avaro.»

Hablando así le golpeó un demonio
con su zurriago, y dijo: « Lánzate
rufián, que aquí no hay hembras que se vendan.»

Yo me reuní al momento con mi escolta;
luego, con pocos pasos, alcanzamos
un escollo saliente de la escarpa.

Con mucha ligereza lo subimos
y, vueltos a derecha por su dorso,
de aquel círculo eterno nos marchamos.

Cuando estuvimos ya donde se ahueca
debajo, por dar paso a los peñados,
el guía dijo: « Espera, y haz que pongan

la vista en ti esos otros malhechos,
a los que aún no les viste el semblante,
porque en nuestro sentido caminaban.»

Desde el puente mirábamos el grupo
que al otro lado hacia nosotros iba,
y que de igual manera azota el látigo.

Y sin yo preguntarle el buen Maestro
«Mira aquel que tan grande se aproxima,
que no le causa lágrimas el daño.

¡Qué soberano aspecto aún conserva!
Es Jasón, que por ánimo y astucia
dejó privada del carnero a Cólquida.

Éste pasó por la isla de Lemnos,
luego que osadas hembras despiadadas
muerte dieran a todos sus varones:

con tretas y palabras halagüeñas
a Isifile engañó, la muchachita
que antes había a todas engañado.

Allí la dejó encinta, abandonada;
tal culpa le condena a tal martirio;
también se ha'e venganza de Medea.

Con él están los que en tal modo engañan:
y del valle primero esto te baste
conocer, y de los que en él castiga.»

Nos hallábamos ya donde el sendero
con el margen segundo se entrecruza,
que a otro arco le sirve como apoyo.

Aquí escuchamos gentes que ocupaban
la otra bolsa y soplaban por el morro,
pegándose a sí mismas con las manos.

Las orillas estaban engorramadas
por el vapor que abajo se hace espeso,
y ofendía a la vista y al olfato.

Tan oscuro es el fondo, que no deja
ver nada si no subes hasta el dorso
del arco, en que la roca es más saliente.

Allí subimos; y de allá, en el foso
vi gente zambullida en el estiércol,
cual de humanas letrinas recoñido.

Y mientras yo miraba hacia allá abajo,
vi una cabeza tan de mierda llena,
que no sabía si era laico o fraile.

Él me gritó: «¿Por qué te satisface
mirarme más a mí que a otros tan sucios?»
Le dije yo: «Porque, si bien recuerdo,

en los cabellos secos ya te he visto,
y eres Alesio Interminai de Lucea:
por eso más que a todos te miraba.»

Y él dijo, golpeándose la eholá:
«Aquí me han sume^rgido las lisonjas,
de las que nunca se cansó mi lengua.»

Luego de esto, mi guía: «Haz que penetre
-dijo- tu vista un poco más delante,
tal que tus ojos vean bien el rostro

de aquella sucia y desgreñada esclava,
que allí se rasea con uñas m¹erdosas,
y ahora se tumba y ahora en pie se pone:

es Thais, la prostituta, que repuso
a su amante, al decirle "¿Tengo prendas
bastantes para ti?": "aún más, exce^lsas".
Y sea aquí saciada nuestra vista.»

CANTO XIX

¡Oh Simón Magó! Oh míseros secuaces
que las cosas de Dios, que de los bue⁷os
esposas deben ser, como rapaces

por el oro y la plata a^dulteráis!
sonar debe la trompa por vosotros,
puesto que estáis en la tercera bolsa.

Ya estábamos en la siguiente tumba,
subidos en la parte del ese^ollo
que cae justo en el medio de aquel foso.

¡Suma sabiduría! ¡Qué arte muestras
en el cielo, en la tierra y el mal mundo,
cuán justame⁷te tu virtud repartes!

Yo vi, por las orillas y en el fondo,
llena la piedra lívida de hoyos,
todos redondos y de igual tamaño.

No los vi menos amplios ni mayores
que esos que hay en mi bello San Juan,
y son el sitio para los bautismos;

uno de los que no hace aún mucho tiempo
yo rompí porque en él uno se ahogaba:
sea esto seña que a todos convenza.

A todos les salían por la boca
de un pecador los pies, y de las piernas
hasta el mu⁸lo, y el resto estaba dentro.

Ambas plantas a todos les ardían;
y tan fuerte agitaban las coyundas,
que habrían destrozado so⁹a y cuerdas.

Qual suele el llamear en cosas grasas
moverse por la extrema superficie,
así era allí del talón a la punta.

«Quién es, maestro, aquel que se enfurece
pataleando más que sus consortes
-dije- y a quien más roja llama quema?»

Y él me dijo: «Si quieres que te lleve
allí por la pendiente que desciende,
él te hablará de sí y de sus pecados.»

Y yo: «Lo que tú quieras será bueno,
eres tú mi señor y no me aparto
de tu querer: y lo que callo sabes.»

Caminábamos pues el cuarto margen:
volvimos y bajamos a la izquierda
al fondo estrecho y agujereado.

Entonces el maestro de su lado
no me apartó, hasta vernos junto al hoyo
de aquel que se dolía con las zancas.

«Oh tú que tienes lo de arriba abajo,
alma triste clavada cual madero,
-le dije yo-, contéstame si puedes.»

Yo estaba como el fraile que confiesa
al pérfido asesino, que, ya hincado,
por retrasar su muerte le reelama.

Y él me gritó: «¿Ya estás aquí plantado?,
¿ya estás aquí plantado, Bonifacio?
En pocos años me mintió lo escrito.

¿Ya te cansaste de aquellas riquezas
por las que hacer engaño no temiste,
y atornillar después a tu Señora?»

Me quedé como aquellos que se encuentran,
por no entender lo que alguien les responde,
confundidos, y contestar no saben.

Dijo entonces Virgilio: «Dile pronto:
“No soy aquel, no soy aquel que piensas.”»
Yo respondí como me fue indicado.

Toreó los pies entonces el espíritu,
luego gimiendo y con voces llorosas,
me dijo: «¿Entonces, para qué me buscas?

si te interesa tanto el conocerme,
que has recorrido así toda la roca,
sabe que fui investido del gran manto,

y en verdad fui retoño de la Osa,
y tan ansioso de engordar osezños,
que allí el caudal, aquí yo, me he embolsado.

Y bajo mi cabeza están los otros
que a mí, por simonía, precedieron,
y que lo estrecho de la piedra aplasta.

Allí habré yo de hundirme también cuando
venga aquel que creía que tú fueses,
al hacerte la súbita pregunta.

Pero mis pies se abrasan ya más tiempo
y más estoy yo puesto boca abajo,
del que estarán plantados sus pies rojos,

pues vendrá luego de él, aún más manchado,
desde el poniente, un pastor sin entrañas,
tal que conviene que a los dos recubra.

Nuevo Jasón será, como nos muestra
MACABEOS, y como a aquel fue blando
su rey, así ha de hacer quien Francia riga.»

No sé si fui yo loco en demasía,
pues que le respondí con tales versos:
«Ah, dime ahora, qué tesoros quiso

Nuestro Señor antes de que a San Pedro
le pusiese las llaves a su cargo?
Únicamente dijo: “Ven conmigo”;

ni Pedro ni los otros de Matías
oro ni plata, cuando sortearon
el puesto que perdió el alma traidora.

Quédate ahí, que estás bien castigado,
y guarda las riquezas mal cogidas,
que atrevido te hicieron contra Carlos.

Y si no fuera porque me lo veda
el respeto a las llaves soberanas
que fueron tuyas en la alegre vida,

usaría palabras aún más duras;
porque vuestra avaricia daña al mundo,
hundiendo al bueno y ensalzando al malo.

Pastores, os citó el evangelista,
cuando aquella que asienta sobre el agua
él vio prostituida con los reyes:

aquella que nació con siete testas,
y tuvo autoridad con sus diez cuernos,
mientras que su virtud plació al marido.

Os habéis hecho un Dios de oro y de plata:
y qué os separa ya de los idólatras,
sino que a ciento honráis y ellos a uno?

Constantino, ide cuánto mal fue madre,
no que te convirtieses, mas la dote
que por ti enriqueció al primer patriarca!»

Y mientras yo cantaba tales notas,
mordido por la ira o la conciencia,
con fuerza las dos piernas sacudía.

Yo creo que a mi guía le gustaba,
pues con rostro contento había escuchado
mis palabras sinceramente dichas.

Entonces me cogió con los dos brazos;
y luego de subirme hasta su pecho,
volvió a ascender la senda que bajamos.

No se cansó llevándome agarrado,
hasta ponerme en la cima del puente
que del cuarto hasta el quinto margen cruza.

Con suavidad aquí dejó la carga,
suave, en el escollo áspero y pino
que a las cabras sería mala trocha.
Desde ese sitio descubrí otro valle.

CANTO XX

De nueva pena he de escribir los versos
y dar materia al vigésimo canto
de la primer canción, que es de los reos.

Estaba yo dispuesto totalmente
a mirar en el fondo descubierto,
que me bañaba de angustioso llanto;

por el redondo valle vi a unas gentes
venir, calladas y llorando, al paso
con que en el mundo van las procesiones.

Cuando bajé mi vista aún más a ellas,
vi que estaban toreidas por completo
desde el mentón al principio del pecho;

porque vuelto a la espalda estaba el rostro,
y tenían que andar hacia detrás,
pues no podían ver hacia delante.

Por la fuerza tal vez de perlesía
alguno habrá en tal forma retorcido,
mas no lo vi, ni creo esto que pase.

Si Dios te deja, lector, coger fruto
de tu lectura, piensa por ti mismo
si podría tener el rostro seco,

cuan­do vi ya de cerca nuestra imagen
tan toreida, que el llanto de los ojos
les bañaba las nalgas por la raja.

Lloraba yo, apoyado en una roca
del duro escollo, tal que dijo el guía:
«¿Es que eres tú de aquellos insensatos?

vive aquí la piedad cuando está muerta:
¿Quién es más criminal de lo que es ése
que al designio divino se adelanta?

Alza tu rostro y mira a quien la tierra
a la vista de Tebas se tragó;
y de allí le gritaban: “¿Dónde caes

Anfiareo?, ¿por qué la guerra dejas?”
Y no dejó de rodar por el valle
hasta Minos, que a todos los agarra.

Mira cómo hizo pecho de su espalda:
pues mucho quiso ver hacia adelante,
mira hacia atrás y marcha reculando.

Mira a Tiresias, que mudó de aspecto
al hacerse mujer siendo varón
cambiándose los miembros uno a uno;

y después, golpear debía antes
las unidas serpientes, con la vara,
que sus viriles plumas recobrase.

Aronte es quien al vientre se le acerca,
que en los montes de Luní, que cultiva
el carrarés que vive allí debajo,

tuvo entre blancos mármoles la cueva
como mansión; donde al mirar los astros
y el mar, nada la vista le impedía.

Y aquella que las tetas se recubre,
que tú no ves, con trenzas desatadas,
y todo el cuerpo cubre con su pelo,

fue Manto, que corrió por muchas tierras;
y luego se afincó donde nació,
por lo que un poco quiero que me escuches:

Después de que su padre hubiera muerto,
y la ciudad de Baeo esclavizada,
ella gran tiempo anduvo por el mundo.

En el norte de Italia se halla un lago,
al pie del Alpe que ciñe Alemania
sobre el Tirol, que Benago se llama.

Por mil fuentes, y aún más, el Apenino
ente Garda y Camónica se baña,
por el agua estancada en dicho lago.

En su medio hay un sitio, en que el trentino
pastor y el de Verona, y el de Breseia,
si ese camino hiciese, bendijera.

Se halla Pesquiera, arnés hermoso y fuerte,
frontera a bergamescos y breseianos,
en la ribera que en el sur le acerca.

En ese sitio se desborda todo
lo que el Benago contener no puede,
y entre verdes praderas se hace un río.

Tan pronto como el agua aprisa corre,
no ya Benago, mas Meneio se llama
hasta Governo, donde cae al Po.

Tras no mucho correr, encuentra un valle,
en el cual se dilata y empantana;
y en el estío se vuelve insalubre.

Pasando por allí la virgen fiera,
vio tierra en la mitad de aquel pantano,
sin cultivo y desnuda de habitantes.

Allí, para escapar de los humanos,
con sus siervas quedose a hacer sus artes,
y vivió, y dejó allí su vano cuerpo.

Los hombres luego que vivían cerea,
se acogieron al sitio, que era fuerte,
pues el pantano aquel lo rodeaba.

Fundaron la ciudad sobre sus huesos;
y por quien escogió primero el sitio,
Mantua, sin otro augurio, la llamaron.

Sus moradores fueron abundantes,
antes que la torpeza de Casoldi,
de Pinamonte engaño recibiese.

Esto te advierto por si acaso oyeras
que se fundó de otro modo mi patria,
que a la verdad mentira alguna oculte.»

Y yo: «Maestro, tus razonamientos
me son tan ciertos y tan bien 'los creo,
que apagados carbones son los otros.

Mas dime, de la gente que camina,
si ves alguna digna de noticia,
pues sólo en eso mi mente se ocupa.»

Entonces dijo: «Aquel que desde el rostro
la barba ofrece por la espalda oscura,
fue, cuando Grecia falta de varones

tanto, que había apenas en las cuñas
augur, y con Calante dio la orden
de cortar en Aulide las amarras.

Se llamaba Euripilo, y así canta
algún pasaje de mi gran tragedia:
tú bien lo sabes pues la sabes toda.

Aquel otro en los flaneos tan escaso,
Miguel Escoto f^{ue}, quien en verdad
de los mágicos fraudes supo el juego.

Mira a Guido Bonatti, mira a Asdente,
que haber tomado el cuero y el bramante
ahora querría, mas tarde se acuerda;

Y a las tristes que el huso abandonaron,
las agujas y ruecas, por ser mañas
y hechiceras con hierbas y figuras.

Mas ahora ven, que llega ya al confín
de los dos hemisferios, y a las ondas
bajo Sevilla, Caín con las zarzas,

y la luna ayer noche estaba llena:
bien lo recordarás, que no fue estorbo
alguna vez en esa selva oscura.»
Así me hablaba, y mientras caminábamos.

CANTO XXI

Así de puente en puente, conversando
de lo que mi Comedia no se ocupa,
subimos, y al llegar hasta la cima

nos paramos a ver la otra hondonada
de Malasbolsas y otros llantos vanos;
y la vi tenebrosamente oscura.

Como en los arsenales de Venecia
bulle pez pegajosa en el invierno
al reparar sus leños averiados,

que navegar no pueden; y a la vez
quién hace un nuevo leño, y quién embrea
los costados a aquel que hizo más rutas;

quién remacha la popa y quién la proa;
hacen otros los remos y otros cuerdas;
quién repara mesanas y trinquetas;

así, en fuego, por divinas artes,
bullía abajo una espesa resina,
que la orilla impregnaba en todos lados.

La veía, mas no veía en ella
más que burbujas que el hervor alzaba,
todas hincharse y explotarse luego.

Mientras allá miraba fijamente,
el poeta, diciendo: «¡Atento, atento!»
a él me atrajo del sitio en que yo estaba.

Me volví entonces como aquel que tarda
en ver aquello de que huir conviene,
y a quien de pronto le alobarda el miedo,

y, por mirar, no demora la marcha;
y un diablo negro vi tras de nosotros,
que por la roca eñriendo venía.

¡Ah, qué fiera tenía su apariencia,
y parecían cuán amenazantes
sus pies ligeros, sus abiertas alas!

En su hombro, que era anguloso y soberbio,
cargaba un pecador por ambas ancas,
agarrando los pies por los tendones.

«¡Oh Malasgarras --dijo desde el puente--,
os mando a un regidor de Santa Zita!
Ponedlo abajo, que voy a por otro

a esa tierra que tiene un buen surtido:
salvo Bonturo todos son venales;
del “sí” allí hacen “no” por el dinero.»

Abajo lo tiró, y por el escollo
se volvió, y nunca fue un mastín soltado
persiguiendo a un ladrón con tanta prisa.

Aquél se hundió, y se salía de nuevo;
mas los demonios que albergaba el puente
gritaron: «¡No está aquí la Santa Faz,

y no sé nada aquí como en el Serquio!
así que, si no quieres nuestros garfios,
no te aparezeas sobre la resina.»

Con más de cien arpones le pinchaban,
dicen: «Cubierto bailar aquí debes,
tal que, si puedes, a escondidas hurtas.»

No de otro modo al pinche el coeñero
hace meter la carne en la caldera,
con los tridentes, para que no flote.

Y el buen Maestro: «Para que no sepan
que estás aquí -me dijo- ve a esconderte
tras una roca que sirva de abrigo;

y por ninguna ofensa que me hagan,
debes temer, que bien conozco esto,
y otras veces me he visto en tales líos.»

Después pasó del puente a la otra parte;
y cuando ya alcanzó la sexta fosa;
le fue preciso un ánimo templado.

Con la feroicidad y con la saña
que los perros atacan al mendigo,
que de pronto se para y limosnea,

del puenteillo aquéllos se arrojaron,
y en contra de él volvieron los arpones;
mas él gritó: «¡Que ninguno se atreva!

Antes de que me pinchen los tridentes,
que se adelante alguno para oírme,
pensad bien si debéis arponearme.»

«¡Que vaya Malacola!» -se gritaron;
y uno salió de entre los otros quietos,
y vino hasta él diciendo: «¿De qué sirve?»

«Es que crees, Malacola, que me habrías
visto venir -le dijo mi maestro-
seguro ya de todas vuestras armas,

sin el querer divino y diestro hado?
Déjame andar, que en el cielo se quiere
que el camino salvaje enseñe a otros.»

Su orgullo entonces fue tan abatido
que el tridente dejó caer al suelo,
y a los otros les dijo: «No tocarlo.»

Y el guía a mí: «Oh tú que allí te encuentras
tras las rocas del puente agazapado,
puedes venir conmigo ya seguro.»

Por lo que yo avancé hasta él deprisa;
y los diablos se echaron adelante,
tal que temí que el pacto no guardaran;

así yo vi temer a los infantes
yéndose, tras rendirse, de Caprona,
al verse ya entre tantos enemigos.

Yo me arrimé con toda mi persona
a mi guía, y los ojos no apartaba
de sus caras que no eran nada buenas.

Inclinaban los garfios: «¿Que le pinche
-decíanse- queréis, en el trasero?»
Y respondían: «Sí, pinchale fuerte.»

Pero el demonio aquel que había hablado
con mi guía, volvióse raudamente,
y dijo: «Para, para, Arrancapelos.»

Luego nos dijo: «Más andar por este
escollo no se puede, pues que yace
todo despedazado el arco sexto;

y si queréis seguir más adelante
podéis andar aquí, por esta escarpa:
hay otro escollo cerca, que es la ruta.

Ayer, cinco horas más que en esta hora,
mil y doscientos y sesenta y seis
años hizo, que aquí se hundió el camino.

Hacia allá mando a alguno de los míos
para ver si se escapa alguno de esos;
id con ellos, que no han de molestaros.

¡Adelante Aliçacho, Patasfías,
-él comenzó a decir- y tú, Malehuevo;
y Barbatiesa quíe la decena.

Vayan d'etrás Salido y Ponzoñoso,
jabalí Colmilludo, Arañaperros,
el Tartaja y el loco del Berrugas.

Mirad en torno de la pez hirviente;
éstos a salvo llequen al escollo
que todo entero va sobre la fosa.»

«¡Ay maestro, qué es esto que estoy viendo!
-dije- vayamos solos sin escolta,
si sabes ir, pues no la necesito.

Si e'es tan avisado como sueles,
¿no ves cómo sus dientes les rechinan,
y su ent'ecejo males amenaza?»

Y él me dijo: «No quiero que te asustes;
déjalos que rechinan a su gusto,
pues hacen eso por los condenados.»

Dieron la vuelta por la orilla izquierda,
mas primero la lengua se mordieron
hacia su jefe, a m^ahera de seña,
y él hizo una trompeta de su culo.

CANTO XXII

Caballeros he visto alzar el campo,
comenzar el combate, o la revista,
y alguna vez huir para salvarse;

en vuestra tierra he visto exploradores,
¡Oh aretinos! y he visto las mesn^adas,
hacer t^orneos y correr las justas,

ora con trompas, y ora con campanas,
con tambores, y hogueras en castillos,
con cosas propias y también ajenas;

mas nunca con tan rara cornamusa,
moverse caballeros ni pendones,
ni nave al ver una estrella o la tierra.

Caminábamos con los diez demonios,
¡fiera compaña!, mas en la taberna
con borrachos, con santos en la iglesia.

Mas a la pez volvía la mirada,
por ver lo que la bolsa contenía
y a la gente que adentro estaba ardiendo.

Cual los delfines hacen sus señales
con el arco del lomo al marinero,
que le preparan a que el leño salve,

por aliviar su pena, de este modo
enseñaban la espalda algunos de ellos,
escondiéndose en menos que hace el rayo.

Y como al borde del agua de un chareo
hay renacuajos con el morro fuera,
con el tronco y las ajeas escondidas,

se encontraban así los pecadores;
mas, como se acercaba Barbatiesa,
bajo el hervor volvieron a meterse.

Yo vi, y el corazón se me acongoja,
que uno esperaba, así como sucede
que una rana se queda y otra salta;

Y Arañaperros, que a su lado estaba,
le agarró por el pelo empujotado
y le sacó cual si fuese una nutria.

Ya de todos el nombre conoecía,
pues lo aprendí cuando fueron nombrados,
y atento estuve cuando se llamaban.

«Ahora, Berrugas, puedes ya clavarle
los garfios en la espalda y desollarlo»
gritaban todos juntos los malditos.

Y yo: «Maestro, intenta, si es que puedes,
saber quién es aquel desventurado,
llegado a manos de sus enemigos.»

Y junto a él se aproximó mi guía;
preguntó de dónde era, y él repuso:
«Fui nacido en el reino de Navarra.

Criado de un señor me hizo mi madre,
que me había engendrado de un bellaco,
destructor de sí mismo y de sus cosas.

Después fui de la corte de Teobaldo:
allí me puse a hacer baratertas;
y en este caldo estoy rindiendo cuentas.»

Y Colmilludo a cuya boca asoman,
tal jabalí, un colmillo a cada lado,
le hizo sentir cómo uno deseosía.

Cayó el ratón entre malvados gatos;
mas le agarró en sus brazos Barbatiesa,
y dijo: «Estaros quietos un momento.»

Y volviendo la cara a mi maestro
«Pregunta -dijo- aún, si más deseas
de él saber, antes que esos lo destrocen».

El guía entonces: «De los otros reos,
di ahora si de algún latino sabes
que esté bajo la pez.» Y él: «Hace poco

a uno dejé que fue de allí vecino.
¡Si estuviese con él aún recubierto
no temería tridentes ni garras!»

Y el Salido: «Esperamos ya bastante»,
dijo, y cogióle el brazo con el garcho,
tal que se llevó un trozo desgarrado.

También quiso agarrarle Ponzoñoso
piernas abajo; mas el decurión
miró a su alrededor con mala cara.

Cuando estuvieron algo más calmados,
a aquel que aún contemplaba sus heridas
le preguntó mi guía sin tardanza:

«¿Y quién es ése a quien enhoramala
dejaste, has dicho, por salir a flote?»
Y aquél repuso: «Fue el fraile Gomita,

el de Gallura, vaso de mil fraudes;
que apresó a los rivales de su amo,
consiguiendo que todos lo alabasen.

Cogió el dinero, y soltoles de plano,
como dice; y fue en otros menesteres,
no ehico, mas eximio baratero.

Trata con él maese Miguel Zanque
de Logodoro; y hablan Cerdeña
sin que sus lenguas nunca se fatiguen.

¡Ay de mí! ved que aquél rechina el diente:
más te diría pero tengo miedo
que a rascarme la tiña se aparezean.»

Y vuelto hacia el Tartaja el gran preboste,
cuyos ojos herirle amenazaban,
dijo: «Hazte a un lado, pájaro malvado.»

«Si queréis conocerles o escucharles
-volvió a empezar el preso temeroso-
haré venir toscanos o lombardos;

pero quietos estén los Malasgarras
para que éstos no teman su venganza,
y yo, siguiendo en este mismo sitio,

por uno que soy yo, haré venir siete
cuando les silbe, como acostumbramos
hacer cuando del fondo sale alguno.»

Malehecho en ese instante alzó el hocico,
moviendo la cabeza, y dijo: «Ved
qué malicia pensó para escaparse.»

Mas él, que muchos truco conocía
respondió: «¿Malicioso soy acaso,
cuando busco a los míos más tristeza?»

No se aguantó Aliqacho, y, al contrario
de los otros, le dijo: «Si te tiras,
yo no iré tras de ti con buen galope,

mas batiré sobre la pez las alas;
deja la orilla y corre tras la roca;
ya veremos si tú nos aventajas.»

Oh tú que lees, oirás un nuevo juego:
todos al otro lado se volvieron,
y el primero aquel que era más contrario.

Aprovechó su tiempo el de Navarra;
fijó la planta en tierra, y en un punto
dio un salto y se escapó de su preboste.

Y por esto, culpables se sintieron,
más aquel que fue causa del desastre,
que se marchó gritando: «Ya te tengo.»

Mas de poco valió, pues que al miedoso
no alcanzaron las alas: se hundió éste,
y aquél alzó volando arriba el pecho.

No de otro modo el ánade de golpe,
cuando el haleón se acerca, se sumerge,
y éste, roto y cansado, se remonta.

Airado Patasfrías por la broma,
volando atrás, lo cojió, deseando
que aquél huyese para armar camorra;

y al desaparecer el baratero,
volvió las garras a su camarada,
tal que con él se enzarzó sobre el foso.

Fue el otro gavilán bien amestrado,
sujetándole bien, y ambos cayeron
en la mitad de aquel pantano hirviente.

Los separó el calor a toda prisa,
pero era muy difícil remontarse,
pues tenían las alas pegajosas.

Barbatiesa, enfadado cual los otros,
a cuatro hizo volar a la otra parte,
todos con garfios y muy prestamente.

Por un lado y por otro descendieron:
echaron garfios a los atrapados,
que cocidos estaban en la costra,
y así enredados los abandonamos.

CANTO XXIII

Callados, solos y sin compañía
caminábamos uno tras del otro,
lo mismo que los frailes franciscanos.

Vuelto había a la fábula de Esopo
mi pensamiento la presente riña,
donde él habló del ratón y la rana,

porque igual que «enseguida» y «al instante»,
se parecen las dos si se compara
el principio y el fin atentamente.

Y, cual de un pensamiento el otro sale,
así nació de aquel otro después,
que mi primer espanto redoblaba.

Yo así pensaba: «Si estos por nosotros
quedan burlados con daño y con befa,
supongo que estarán muy resentidos.

Si sobre el mal la ira se acrecienta,
ellos vendrán detrás con más crueldad
que el can lleva una liebre con los dientes.»

Ya sentía erizados los cabellos
por el miedo y atrás atento estaba
cuando dije: «Maestro, si escondite

no encuentras enseguida, me amedrentan
los Malasgarras: vienen tras nosotros:
tanto los imagino que los siento.»

Y él: «Si yo fuese de azogado vidrio,
tu imagen exterior no copiaría
tan pronto en mí, cual la de dentro veo;

tras mi pensar el tuyo ahora venía,
con igual acto y con la misma cara,
que un único consejo hago de entrambos.

Si hacia el lado derecho hay una cuesta,
para poder bajar a la otra bolsa,
huiremos de la caza imaginada.»

Este consejo apenas proferido,
los vi venir con las alas extendidas,
no muy de lejos, para capturarnos.

De súbito mi guía me cogió
cual la madre que al ruido se despierta
y ve cerca de sí la llama ardiente,

que coge al hijo y huye y no se para,
teniendo, más que de ella, de él cuidado,
aunque tan sólo vista una camisa.

Y desde lo alto de la dura margen,
de espaldas resbaló por la pendiente,
que cierra la otra bolsa por un lado.

No corre por la aceña agua tan rauda,
para mover la rueda del molino,
cuando más a los palos se aproxima,

eual mi maestro por aquel barraneo,
sosteniéndome en cima de su pecho,
como a su hijo, y no eual compañero.

Y llegaron sus pies al lecho apenas
del fondo, cuando aquéllos a la cima
sobre nosotros; pero no temíamos,

pues la alta providencia que los quiere
hacer ministros de la quinta fosa,
poder salir de allí no les permite.

Allí encontramos a gente pintada
que alrededor marchaba a lentos pasos,
llorando fatigados y abatidos.

Tenían capas con capuchas bajas
hasta los ojos, hechas del tamaño
que se hacen en Cluní para los monjes:

por fuera son de oro y deslumbrantes,
mas por dentro de plomo, y tan pesadas
que Federico de paja las puso.

¡Oh eternamente fatigoso manto!
Nosotros aún seguimos por la izquierda
a su lado, escuchando el triste lloro;

mas cansados aquéllos por el peso,
venían tan despacio, que con nuevos
compañeros a cada paso estábamos.

Por lo que dije al guía: «Ve si encuentras
a quien de nombre o de hechos se conozca,
y los ojos, andando, mueve entorpecido.»

Uno entonces que oyó mi hablar toscano,
de detrás nos gritó: «Parad los pasos,
los que corréis por entre el aire oscuro.

¡Tal vez tendrás de mí lo que buscabas.»
Y el guía se volvió y me dijo: «Espera,
y luego anda conforme con sus pasos.»

Me detuve, y vi a dos que una gran ansia
mostraban, en el rostro, de ir conmigo,
mas la carga pesaba y el sendero.

Cuando estuvieron cerca, torvamente,
me remiraron sin decir palabra;
luego así se volvieron y decían:

«Ése parece vivo en la garganta;
y, si están muertos ¿por qué privilegio
van descubiertos de la gran estola?»

Dijéronme: «Oh Toscano, que al colegio
de los tristes hipócritas viniste,
dinos quién eres sin tener reparo.»

«He nacido y crecido -les repuse-
en la gran villa sobre el Arno bello,
y con el cuerpo estoy que siempre tuve.

¿Quién sois vosotros, que tanto os destila
el dolor, que así veo por el rostro,
y cuál es vuestra pena que reluce?»

«Estas doradas capas -uno dijo-
son de plomo, tan gruesas, que los pesos
hacen así chirriar a sus balanzas.

Frailes gozosos fuimos, boloñeses;
yo Catalano y éste Loderinço
llamados, y elegidos en tu tierra,

como suele nombrarse a un imparcial
por conservar la paz; y fuimos tales
que en torno del Gardinço aún puede verse.»

Yo comencé: «Oh hermanos, vuestros males »
No dije más, porque vi por el suelo
a uno crucificado con tres palos.

Al verme, por entro se agitaba,
soplándose en la barba con suspiros;
y el fraile Catalán que lo advirtió,

me dijo: «El condenado que tú miras,
dijo a los fariseos que era justo
ajusticiar a un hombre por el pueblo.

Desnudo está y clavado en el camino
como ves, y que sienta es necesario
el peso del que pasa por encima;

y en tal modo se encuentra aquí su suegro
en este foso, y los de aquel coneillo
que a los judíos fue mala semilla.»

Vi que Virgilio entonces se asombraba
por quien se hallaba allí crucificado,
en el eterno exilio tan vilmente.

Después dirigió al fraile estas palabras:
«No os desagrade, si podéis, decirnos
si existe alguna trocha a la derecha,

por la cual ambos dos salir podamos,
sin obligar a los ángeles negros,
a que nos saquen de este triste foso.»

Repuso entonces: «Antes que lo esperes,
hay un peñaseco, que de la gran roca
sale, y que cruza los terribles valles,

salvo aquí que está roto y no lo salva.
Subir podréis arriba por la ruina
que yace al lado y el fondo recubre.»

El guía incluyó un poco la cabeza:
dijo después: «Contaba mal el caso
quien a los pecadores allí ensarta.»

Y el fraile: «Ya en Bolonia oí contar
muchos vicios del diablo, y entre otros
que es mentiroso y padre del embuste.»

Rápidamente el guía se marchó,
con el rostro turbado por la ira;
y yo me separé de los cargados,
detrás siguiendo las queridas plantas.

CANTO XXIV

En ese tiempo en el que el año es joven
y el sol sus crines bajo Aeuario temple,
y las noches se igualan con los días,

cundo la esearcha en tierra se asemeja
a aquella imagen de su blanca hermana,
mas poco dura el temple de su pluma;
el campesino falto de forraje,
se levanta y contempla la campiña
toda blanca, y el muslo se golpea,

vuelve a casa, y aquí y allá se duele,
tal mezquino que no sabe qué hacerse;
sale de nuevo, y cobra la esperanza,

viendo que al monte ya le cambió el rostro
en pocas horas, toma su cayado,
y a paecer fuera saca las ovejas.

De igual manera me asustó el maestro
cuando vi que su frente se turbaba,
mas pronto al mal siguió la medicina;

pues, al llegar al derruido puente,
el guía se volvió a mí con el rostro
dulse que vi al principio al pie del monte;

abrió los brazos, tras de haber tomado
una resolución, mirando antes
la ruina bien, y se acereó a empujarme.

Y como el que trabaja y que calcula,
que parece que todo lo prevea,
igual, enarcamándome a la cima

de un peñaseo, otra roca examinaba,
diciendo: «Aqárrate luego de aquélla;
pero antes ve si puede sostenerte.»

No era un camino para alguien con capa,
pues apenas, él leve, yo sujeto,
podíamos subir de piedra en piedra.

Y si no fuese que en aquel recinto
más corto era el camino que en los otros,
no sé de él, pero yo vencido fuera.

Mas como hacia la boca Malasbolsas
del pozo más profun^do toda pende,
la situación de cada valle hace

que se eleve un costado y otro baje;
y así llegamos a la punta extr^ema,
donde la última piedra se destaca.

Tan ordeñado del pulmón estaba
mi aliento en la subida, que sin fuerzas
busqué un asiento en cuanto que llegamos.

«Ahora es preciso que te desperrees
-dijo el maestro-, pues que andando en plumas
no se consigue fama, ni entre coeñas;

el que la vida sin ella malgasta
tal vestigio en la tierra de sí deja,
cual humo en aire o en agua la espuma.

Así que arriba: vence la pereza
con ánimo que vence cualquier lucha,
si con el cuerpo grave no lo impide.

Hay que subir una escala aún más larga;
haber huido de éstos no es bastante:
si me entiendes, procura que te sirva.»

Aleé entonces, mostrándome provisto
de un ánimo mayor del que tenía,
«Vamos -dije-. Estoy fuerte y animoso.»

Por el derrumbe empezamos a andar,
que era escarpado y rocoso y estrecho,
y mucho más pendiente que el de antes.

Hablando andaba para hacerme el fuerte;
cuando una voz salió del otro foso,
que incomprensibles voces profería.

No le entendí, por más que sobre el lomo
ya estuviese del arco que cruzaba:
mas el que hablaba parecía airado.

Miraba al fondo, mas mis ojos vivos,
por lo oscuro, hasta el fondo no llegaban,
por lo que yo: «Maestro alcanza el otro

recinto, y descendamos por el muro;
pues, como escuché a alguno que no entiendo,
miro así al fondo y nada reconozco.

«Otra respuesta -dijo- no he de darte
más que hacerlo; pues que demanda justa
se ha de cumplir con obras, y callando.»

Desde lo alto del puente descendimos
donde se cruza con la octava orilla,
luego me fue la bolsa manifiesta;

y yo vi dentro terrible maleza
de serpientes, de especies tan distintas,
que la sangre aún me hieló el recordarlo.

Más no se ufane Libia con su arena;
que si quelidras, yáculos y faras
produce, y caneros con anfisibenas,

ni tantas pestilencias, ni tan malas,
mostró jamás con la Etiopía entera,
ni con aquel que está sobre el mar Rojo.

Entre el montón tristísimo corrían
gentes desnudas y aterrorizadas,
sin refugio esperar o heliotropía:

esposados con sierpes a la espalda;
les hincaban la cola y la cabeza
en los riñones, en cima montadas.

De pronto a uno que se hallaba ciego,
se lanzó una serpiente y le mordió
donde el cuello se an^{da} con los hombros.

Ni la O tan pronto, ni la I, se escribe,
cual se encendió y ardió, y todo en cenizas
se convirtió cayendo todo entero;

y luego estando así deshecho en tierra
amontonose el polvo por sí solo,
y en aquel mismo se tornó de súbito.

Así los grandes sabios aseguran
que muere el Fénix y después renace,
cuando a los cinco siglos ya se acerca:

no pae en vida cebada ni hierba,
sólo de incienso lágrimas y amomo,
y nardo y mirra son su último nido.

Y como aquel que cae sin saber cómo,
porque fuerza diabólica lo tira,
o de otra opilación que lija el ánimo,

que levantado mira alrededor,
muy conturbado por la gran angustia
que le ha ocurrido, y suspira al mirar:

igual el pecador al levantarse.
¡Oh divina potencia, cuán severa,
que tales golpes das en tu venganza!

El guía preguntó luego quién era:
y él respondió: «Lloví de la Toscana,
no ha mucho tiempo, en este fiero abismo.

Vida de bestia me plació, no de hombre,
como al mulo que fui: soy Vanni Fucci
bestia, y Pistoya me fue buena cuadra.»

Y yo a mi guía: «Dile que no huya,
y pregunta qué culpa aquí le arroja;
que hombre le vi de maldad y de sangre.»

Y el pecador, que oyó, no se escondía,
más volvió contra mí el ánimo y rostro,
y de triste vergüenza enrojeció;

y dijo: «Más me duele que me halles
en la miseria en la que me estás viendo,
que cuando fui arrastrado en la otra vida.

Yo no puedo ocultar lo que preguntas:
aquí estoy porque fui en la sacristía
ladrón de los hermosos ornamentos,

y acusaron a otro hombre falsamente;
mas porque no disfrutes al mirarme,
si del lugar oscuro tal vez sales,

abre el oído y este anuncio escucha:
Pistoya de los negros enflaquece:
luego en Florencia cambian gente y modos.

De Val de Magra Marte manda un rayo
rodeado de turbios nubarrones;
y en agria tempestad impetuosa,

sobre el campo Piceo habrá un combate;
y de repente rasgará la niebla,
de modo que herirá a todos los blancos.
¡Esto te digo para hacerte daño!»

CANTO XXV

El ladrón al final de sus palabras,
alzó las manos con un par de hijas,
gritando: «Toma, Dios, te las dedico.»

Desde entonces me agradan las serpientes,
pues una le envolvió entonces el cuello,
cual si dijese: «No quiero que sigas»;

y otra a los brazos, y le sujetó
enlénzase a sí misma por delante,
que no pudo con ella ni moverse.

¡Ah Pistoya, Pistoya, por qué niegas
ingenierarte, así que más no dures,
pues superas en mal a tus mayores!

En todas las regiones del infierno
no vi a Dios tan soberbio algún espíritu,
ni el que cayó de la muralla en Tebas.

Aquel huyó sin decir más palabra;
y vi venir a un centauro rabioso,
llamando: «¿Dónde, dónde está el soberbio?»

No creo que Maremma tantas tenga,
cuantas bichas tenía por la grúa,
hasta donde comienzan nuestras formas.

Encima de los hombros, tras la nuea,
con las alas abiertas, un dragón
tenía; y éste quema cuanto toca.

Mi maestro me dijo: «Aquel es Caeo,
que, bajo el muro del monte Aventino,
hizo un lago de sangre muchas veces.

No va con sus hermanos por la senda,
por el hurto que fraudulento hizo
del rebaño que fue de su vecino;

hasta acabar sus obras tan inieuas
bajo la hereulea maza, que tal vez
ciento le dio, mas no sintió el deceno.»

Mientras que así me hablaba, se marchó,
y a nuestros pies llegaron tres espíritus,
sin que ni yo ni el guía lo advirtiésemos,

hasta que nos gritaron: «¿Quiénes sois?»:
por lo cual dimos fin a nuestra charla,
y entonces nos volvimos hacia ellos.

Yo no les conocí, pero ocurrió,
como suele ocurrir en ocasiones,
que tuvo el uno que llamar al otro,

deciendo: «¿Iaña, ¿dónde te has metido?»
Y yo, para que el guía se fijase,
del mentón puse el dedo a la nariz.

Si ahora fueras, lector, lento en creerte
lo que diré, no será nada raro,
pues yo lo vi, y apenas me lo creo.

A ellos tenía alzada la mirada,
y una serpiente con seis pies a uno,
se le tira, y entera se le enrosea.

Los pies de en medio cogieronle el vientre,
los de delante prendieron sus brazos,
y después le morió las dos mejillas.

Los delanteros lanzole a los muslos
y le metió la cola entre los dos,
y la trabó detrás de los riñones.

Hiedra tan arraigada no fue nunca
a un árbol, como aquella horrible fiera
por otros miembros enroseó los suyos.

Se juntan luego, tal si cera ardiente
fueran, y mezclan así sus colores,
no parecían ya lo que antes eran,

como se extiende a causa del ardor,
por el papel, ese color oscuro,
que aún no es negro y ya deja de ser blanco.

Los otros dos miraban, cada cual
gritando: «¡Añel, ay, cómo estás cambiando!
¡mira que ya no sois ni dos ni uno!

Las dos cabezas eran ya una sola,
y mezcladas se vieron dos figuras
en una cara, donde se perdían.

Cuatro miembros hicieronse dos brazos;
los muslos con las piernas, vientre y tronco
en miembros nunca vistos se tornaron.

Ya no existían las antiguas formas:
dos y ninguna la perversa imagen
parecía; y se fue con paso lento.

Como el lagarto bajo el gran azote
de la canícula, al cambiar de seto,
parece un rayo si cruza el camino;

tal parecía, yendo a las barrigas
de los restantes, una sierpe airada,
tal grano de pimienta negra y lívida;

y en aquel sitio que primero toma
nuestro alimento, a uno le golpea;
luego al suelo cayó a sus pies tendida.

El herido miró, mas nada dijo;
antes, con los pies quietos, bostezaba,
como si fiebre o sueño le asaltase.

Él a la sierpe, y ella a él miraba;
él por la llaça, la otra por la boca
humeaban, el humo confundiendo.

Calle Lucano ahora donde habla
del mísero Sabello y de Nasidio,
y espere a oír aquello que describo.

Calle Ovidio de Cadmo y de Aretusa;
que si aquél en serpiente, en fuente a ésta
convirtió, poetizando, no le envidio;

que frente a frente dos naturalezas
no transmutó, de modo que ambas formas
a cambiar dispusieran sus materias.

Se respondieron juntos de tal modo,
que en dos partió su cola la serpiente,
y el herido juntaba las dos formas.

Las piernas con los muslos a sí mismos
tal se unieron, que a poco la juntura
de ninguna manera se veía.

Tomó la cola hendida la figura
que perdía aquel otro, y su pellejo
se hacía blando y el de aquélla, duro.

Ví los brazos entrar por las axilas,
y los pies de la fiera, que eran cortos,
tanto alargar como acortarse aquéllos.

Luego los pies de atrás, toreidos juntos,
el miembro hicieron que se oculta el hombre,
y el mísero del suyo hizo dos patas.

Mientras el humo al uno y otro empaña
de color nuevo, y pelo hace crecer
por una parte y por la otra depila,

cayó el uno y el otro levantose,
sin desviarse la mirada impía,
bajo la cual cambiaban sus hociecos.

El que era en pie lo trajo hacia las sienes,
y de mucha materia que allí había,
salió la oreja del carrillo liso;

lo que no fue detrás y se retuvo
de aquel sobraⁿte, a la nariz dio forma,
y engrosó los dos labios, cual conviene.

El que yacía, el morro adelantaba,
y escondió en la cabeza las orejas,
como del caracol hacen los cuernos.

Y la lengua, que estaba unida y presta
para hablar antes, se partió; y la otra
partida, se cerró; y cesó ya el humo.

El alma que era en fiera convertida,
se echó a correr silbando por el valle,
y la otra, en pos de ella, hablando escupe.

Luego volvióle las espaldas nuevas,
y dijo al otro: «Quiero que ande Buso
como hice yo, reptando, su camino.»

Así yo vi la séptima zahúrda
mutar y transmutar; y aquí me exeuise
la novedad, si oscura fue la pluma.

Y sucedió que, aunque mi vista fuese
algo confusa, y encoñido el ánimo,
no pudieron huir, tan a escondidas

que no les viese bien, Puccio Sciancato
-de los tres compañeros era el único
que no cambió de aquellos que vinieron-
era el otro a quien tú, Gaville, lloras,

CANTO XXVI

¡Goza, Florencia, ya que eres tan grande,
que por mar y por tierra bate alas,
y en el infierno se expande tu nombre!

¿Cuanto nobles hallé entre los ladrones
de tus vecinos, de donde me vino
vergüenza, y para ti no mucha honra.

Mas si el soñar al alba es verdadero,
conocerás, de aquí a no mucho tiempo,
lo que Prato, no ya otras, te aborrece.

No fuera prematuro, si ya fuese:
¡Ojalá fuera ya, lo que ser debe!
que más me pesará, cuanto envejezeo.

Nos marchamos de allí, y por los peldaños
que en la bajada nos sirvieron antes,
subió mi guía y tiraba de mí.

Y siguiendo el camino solitario,
por los picos y rocas del escollo,
sin las manos, el pie no se valía.

Entonces me dolió, y me duele ahora,
cuando, el recuerdo a lo que vi dirijo,
y el ingenio refreno más que nunca,

porque sin guía de virtud no corra;
tal que, si buena estrella, o mejor cosa,
me ha dado el bien, yo mismo no lo enturbie.

¿Cuántas el campesino que descansa
en la colina, cuando aquel que alumbra
el mundo, oculto menos tiene el rostro,

cuando a las moseas siguen los mosquitos,
luciernagas contempla allá en el valle,
en el lugar tal vez que ara y vendimia;

toda resplandecía en llamaradas
la bolsa octava, tal como advirtiera
desde el sitio en que el fondo se veía.

Y como aquel que se vengó con osos,
vio de Elías el carro al remontarse,
y erguidos los caballos a los cielos,

que con los ojos seguir no podía,
ni alguna cosa ver salvo la llama,
como una nubeilla que subiese;

tal se mueven aquéllas por la boca
del foso, más ninguna enseña el hurto,
y encierra un pecador cada centella.

Yo estaba tan absorto sobre el puente,
que si una roca no hubiese agarrado,
sin empujarme hubiérame caído.

Y viéndome mi guía tan atento
dijo: « Dentro del fuego están las almas,
todas se ocultan en donde se queman. »

«Maestro -le repuse-, al escucharte
estoy más cierto, pero ya he notado
que así fuese, y decírtelo quería:

¿quién viene en aquel fuego dividido,
que parece surgido de la pira
donde Eteocles fue puesto con su hermano?»

Me respondió: «Allí dentro se tortura
a Ulises y a Diomedes, y así juntos
en la venganza van como en la ira;

y dentro de su llama se lamenta
del caballo el ardid, que abrió la puerta
que fue gentil semilla a los romanos.

Se llora la traición por la que, muerta,
aún Daidamia se duele por Aquiles,
y por el Paladión se halla el castigo.»

«Si pueden dentro de aquellas antorchas
hablar -le dije- pídotte, maestro,
y te suplico, y valga mil mi súplica,

que no me impidas que aguardar yo pueda
a que la llama cornuda aquí llegue;
mira cómo a ellos lleva mi deseo.»

Y él me repuso: «Es digno lo que pides
de mucha loa, y yo te lo concedo;
pero procura reprimir tu lengua.

Déjame hablar a mí, pues que comprendo
lo que quieres; ya que serán esquivos
por ser griegos, tal vez, a tus palabras.»

Cuando la llama hubo llegado a donde
lugar y tiempo pareció a mi guía,
yo le escuché decir de esta manera:

«¡Oh vosotros que sois dos en un fuego,
si os merecí, mientras que estaba vivo,
si os merecí, bien fuera poco o mucho,

cuando altos versos escribí en el mundo,
no os alejéis; mas que alguno me diga
dónde, por él perdido, halló la muerte.»

El mayor cuerno de la antigua llama
empezó a retorcerse murmurando,
tal como aquella que el viento fatiga;

luego la punta aquí y acá moviendo,
cual si fuese una lengua la que hablara,
fuera sacó la voz, y dijo: «Cuando

me separé de Circe, que sustrajo-
me más de un año allí junto a Gaeta,
antes de que así Eneas la llamase,

ni la filial dulzura, ni el cariño
del viejo padre, ni el amor debido,
que debiera alegrar a Penélope,

veneer pudieron el ardor interno
que tuve yo de conocer el mundo,
y el vicio y la virtud de los humanos;

más me arrojé al profundo mar abierto,
con un leño tan sólo, y la pequeña
tripulación que nunca me dejaba.

Un litoral y el otro vi hasta España,
y Marruecos, y la isla de los sardos,
y las otras que aquel mar baña en torno.

Viejos y tardos ya nos encontrábamos,
al arribar a aquella boca estrecha
donde Hércules plantara sus columnas,

para que el hombre más allá no fuera:
a mano diestra ya dejé Sevilla,
y la otra mano se quedaba Ceuta.»

«Oh hermanos -dije-, que tras de cien mil
peligros a occidente habéis llegado,
ahora que ya es tan breve la vigilia

de los pocos sentidos que aún nos quedan,
negaros no queráis a la experiencia,
siguiendo al sol, del mundo inhabitado.

Considerar cuál es vuestra progenie:
hechos no estáis a vivir como brutos,
mas para conseguir virtud y ciencia.»

A mis hombres les hice tan ansiosos
del camino con esta breve arenga,
que no hubiera podido detenerlos;

y vuelta nuestra proa a la mañana,
alas locas hicimos de los remos,
inclinándose siempre hacia la izquierda.

Del otro polo todas las estrellas
vio ya la noche, y el nuestro tan bajo
que del suelo marino no surgía.

Cinco veces ardiendo y apagada
era la luz debajo de la luna,
desde que al alto paso penetramos,

cundo vimos una montaña, oscura
por la distancia, y pareció tan alta
cual nunca hubiera visto monte alguno.

Nos alegramos, mas se volvió llanto:
pues de la nueva tierra un torbellino
nació, y le golpeó la proa al leño.

Le hizo girar tres veces en las aguas;
a la cuarta la popa alzó a lo alto,
bajó la proa -como Aquél lo quiso-
hasta que el mar cerró sobre nosotros.

CANTO XXVII

Quieta estaba la llama ya y derecha
para no decir más, y se alejaba
con la licencia del dulce poeta,

cundo otra, que detrás de ella venía,
hizo volver los ojos a su punta,
porque salía de ella un son confuso.

Como mugía el toro siciliano
que primero mugió, y eso fue justo,
con el llanto de aquel que con su lima

lo templó, con la voz del afligido,
que, aunque estuvi^o se forjado de bronce,
de dolor parecía traspasado;

así, por no existir hueco ni vía
para salir del fuego, en su lenguaje
las palabras amargas se tornaban.

Mas luego al encontrar ya su camino
por el extremo, con el movimiento
que la lengua le diera con su paso,

escuchamos: «Oh tú, a quien yo dirijo
la voz y que has hablado cual lombardo,
diciendo: “Vete ya; más no te ineito”,

aunque he llegado acaso un poco tarde,
no te pese el quedarte a hablar conmigo:
¡Mira que no me pesa a mí, que ardo!

Si tú también en este mundo ciego
has oído de aquella dulce tierra
latina, en que yo fui culpable, dime

si tiene la Romana paz o guerra;
pues yo nací en los montes entre Urbiño
y el yugo del que el Tíber se desata.»

Inclinado y atento aún me encontraba,
cuando al costado me tocó mi guía,
diciéndome: «Habla tú, que éste es latino.»

Yo, que tenía la respuesta pronta,
comencé a hablarle sin demora alguna:
«Oh alma que te esco^odes allá abajo,

tu Romana no está, no estuvo nunca,
sin guerra en el afán de sus tiranos;
más palpable ninguna dejé ahora.

Rávena está como está ha muchos años:
le los Polenta el águila allí anida,
al que a Cervia recubre con sus alas.

La tierra que sufrió la larga prueba
hizo de franeos un montón sangriento,
bajo las garras verdes permanece.

El mastín viejo y joven de Verruehio,
que mala guardia dieron a Montaña,
elavan, donde solían, sus colmillos.

Las villas del Santerno y del Camone
manda el leoneito que campea en blaneo,
que de verano a invierno el bando muda;

y aquella cuyo flaneo el Savio baña,
como ent^e llano y monte se sitúa,
vive entre estado libre y tiranía.

Ahora quién eres, pido que me cuentes:
no se^as más duro que lo fueron otros;
tu nombre así en el mundo tenga fama.»

Después que el fuego crepitó un momento
a su modo, movió la aguda punta
de aquí, de allí, y después lanzó este soplo:

«Si creyera que diese mi respuesta
a persona que al mundo regresara,
dejaría esta llama de agitarse;

pero, como jamás desde este fondo
nadie vivo volvió, si bien escuchó,
sin temer a la infamia, te contestó:

Guerrero fui, y después fui cordelero,
creyendo, así ceñido, hacer enmienda,
y hubiera mi deseo realizado,

si a las primeras culpas, el gran Preste,
que mal haya, tornado no me hubiese;
y el cómo y el porqué, quiero que escuches:

Mientras que forma fui de carne y huesos
que mi madre me dio, fueron mis obras
no leoninas sino de vulpeja;

las asechanzas, las ocultas sendas
todas las supe, y tal llevé su arte,
que iba su fama hasta el confín del mundo.

Cuando vi que llegaba a aquella parte
de mi vida, en la que cualquiera debe
arriar las velas y lanzar amarras,

lo que antes me plació, me pesó entonces,
y arrepentido me volví y confeso,
¡ah miserable!, y me hubiera salvado.

El príncipe de nuevos fariseos,
haciendo guerra cerca de Letrán,
y no con sarracenos ni judíos,

que su enemigo todo era cristiano,
y en la toma de Aere nadie estuvo
ni comerciando en tierras del Sultán;

ni el sumo oficio ni las sacras órdenes
en sí guardó, ni en mí el cordón aquel
que suele hacer delgado a quien lo ciñe.

Pero, como a Silvestre Constantino,
allí en Sirati a curarle de lepra,
así como doctor me llamó éste

para curarle la soberbia fiebre:
pidiome mi consejo, y yo callaba,
pues sus palabras ebrias parecían.

Luego volvió a decir: «Tu alma no tema;
de antemano te absuelvo; enséñame
la forma de abatir a Penestrino.

El cielo puedo abrir y cerrar puedo,
porque son dos las llaves, como sabes,
que mi predecesor no tuvo aprecio.»

Los graves argumentos me punzaron
y, pues callar peor me parecía,
le dije: “Padre, ya que tú me lavas

de aquel pecado en el que caigo ahora,
largá promesa de cumplir escaso
hará que triunfes en el alto solio.”

Luego cuando morí, vino Franeisco,
más uno de los negros querubines
le dijo: “No lo llores: no me enfades.

Ha de venirse con mis condenados,
puesto que dio un consejo fraudulento,
y le agarro del pelo desde entonces;

que a quien no se arrepiente no se absuelve,
ni se puede querer y arrepentirse,
pues la contradicción no lo consiente.”

¡Oh miserable, cómo me aterraba
al agarrarme diciéndome: “¿Acaso
no pensabas que lógico yo fuese?”

A Minos me condujo, y ocho veces
al duro lomo se ciñó la cola,
y después de morderse enfurecido,

dijo: “Este es reo de rabiosa llama”,
por lo cual donde ves estoy perdido
y, así vestido, andando me lamento.»

Cuando hubo terminado su relato,
se retiró la llama dolorida,
toreando y debatiendo el cuerno agudo.

A otro lado pasamos, yo y mi guía,
por cima del escollo al otro arco
que cubre el foso, donde se castiga
a los que, discordando, adquieren pena.

CANTO XXVIII

Aun si en prosa lo hiciese, ¿quién podría
de tanta sangre y plagas como vi
hablar, aunque contase muchas veces?

En verdad toda lengua fuera escasa
porque nuestro lenguaje y nuestra mente
no tienen juicio para abarcar tanto.

Aunque reuniesen a todo aquel gentío
que allí sobre la tierra infortunada
de Apulia, fue de su sangre doliente

por los troyanos y la larga guerra
que tan grande despojo hizo de anillos,
cual Livio escribe, y nunca se equivoca;

y quien sufrió los daños de los golpes
por oponerse a Roberto Guisardo;
y la otra cuyos huesos aún se encuentran

en Caperano, donde fue traidor
todo el pullés; y la de Tegliacozzo,
que venió desarmado el viejo Alardo,

y cuál cortado y cuál roto su miembro
mostrase, vanamente imitaría
de la novena bolsa el modo inmundo.

Una cuba, que duela o fondo pierda,
como a uno yo vi, no se vacía,
de la barbilla abierto al bajo vientre;

por las piernas las tripas le colgaban,
vela la asadura, el triste saco
que hace mierda de todo lo que engulle.

Mientras que en verlo todo me ocupaba,
me miró y con la mano se abrió el pecho
diciendo: «¡Mira cómo me desgarró!

y mira qué tan maltrecho está Mahoma!
Delante de mí Allí llorando marcha,
rota la cara del cuello al copete.

Todos los otros que tú ves aquí,
sembradores de escándalo y de esima
vivos fueron, y así son desgarrados.

Hay detrás un demonio que nos abre,
tan crudamente, al tajo de la espada,
cada cual de esta fila sometiendo,

cundo la vuelta damos al camino;
porque nuestras heridas se nos cierran
antes que otros delante de él se pongan.

Más ¿quién eres, que husmeas en la roca,
tal vez por retrasar ir a la pena,
con que son castigadas tus acciones?»

«Ni le alcanza aún la muerte, ni el castigo
-respondió mi maestro- le atormenta;
más, por darle conocimiento pleno,

yo, que estoy muerto, debo conducirlo
por el infierno abajo vuelta a vuelta:
y esto es tan cierto como que te hablo.»

Mas de cien hubo que, cuando lo oyeron,
en el foso a mirarme se pararon
llenos de asombro, olvidando el martirio.

«Pues bien, di a Fray Doleín que se abastezca,
tú que tal vez verás el sol en breve,
si es que no quiere aquí seguirme pronto,

tanto, que, rodeado por la nieve,
no deje la victoria al de Novara,
que no sería fácil de otro modo.»

Después de alzar un pie para girarse,
estas palabras díjome Mahoma;
luego al marcharse lo fijó en la tierra.

Otro, con la garganta perforada,
cortada la nariz hasta las cejas,
que una oreja tenía solamente,

con los otros quedó, maravillado,
y antes que los demás, abrió el gazarate,
que era por fuera rojo por completo;

y dijo: «Oh tú a quien culpa no condena
y a quien yo he visto en la tierra latina,
si mucha semejanza no me engaña,

acérdate de Pier de Medicina,
si es que vuelves a ver el dulce llano,
que de Vereelli a Marcabó desciende.

Y haz saber a los dos grandes de Fano,
a maese Guido y a maese Angiolello,
que, si no es vana aquí la profecía,

arrojados serán de su bajel,
y agarrados cerca de Cattolica,
por traición de tirano fermentido.

Entre la isla de Chipre y de Mallorca
no vio nunca Neptuno tal engaño,
no de piratas, no de gente argólica.

Aquel traidor que ve con sólo uno,
y manda en el país que uno a mi lado
quisiera estar ayuno de haber visto,

ha de hacerles venir a una e'trevista;
luego hará tal, que al viento de Focara
no necesitarán preces ni votos.»

Y yo le dije: «Muéstrame y declara,
si quieres que yo lleve tus noticias,
quién es el de visita tan amarga.»

Puso entonces la mano en la mejilla
de un compañero, y abriole la boca,
gritando: «Es éste, pero ya no habla;

éste, exiliado, sembraba la duda,
diciendo a César que el que está ya listo
siempre con daño el esperar soporta.»

¡Oh cuán acobardado parecía,
con la lengua cortada en la garganta,
curión que en el hablar fue tan osado!

Y uno, con una y otra mano mochas,
que alzaba al aire oscuro los muñones,
tal que la sangre le ensuciaba el rostro,

gritó: «Te acordarás también del Mosea,
que dijo: “Lo empezado fin requiere”,
que fue mala simiente a los toscanos.»

Y yo le dije: «Y muerte de tu raza.»
Y él, dolor a dolor acumulado,
se fue como persona triste y loca.

Más yo quedé para mirar el grupo,
y vi una cosa que me diera miedo,
sin más pruebas, contarla solamente,

si no me asegurase la conciencia,
esa amiga que al hombre fortifica
en la confianza de sentirse pura.

Yo vi de cierto, y parece que aún vea,
un busto sin cabeza andar lo mismo
que iban los otros del rebaño triste;

la testa trunca agarraba del pelo,
cual un farol llevándola en la mano;
y nos miraba, y «¡Ay de mí!» decía.

De sí se hacía a sí mismo lucerna,
y había dos en uno y uno en dos:
cómo es posible sabe Quien tal manda.

Cuando llegado hubo al pie del puente,
alzó el brazo con toda la cabeza,
para decir de cerca sus palabras,

que fueron: «Mira mi pena tan cruda
tú que, inspirando vas viendo a los muertos;
mira si alguna hay grande como es ésta.

Y para que de mí noticia lleves
sabrás que soy Bertrand de Born, aquel
que diera al joven rey malos consejos.

Yo hice al padre y al hijo enemistarse:
Aquitael no hizo más de Absalón
y de David con perversas punzadas:

Y como gente unida así he partido,
partido llevo mi cerebro, ¡ay triste!,
de su principio que está en este troneo.
Y en mí se cumple la contrapartida.»

CANTO XXIX

La mucha gente y las diversas plagas,
tanto habían mis ojos embriagado,
que quedarse llorando deseaban;

mas Virgilio me dijo: «¿En qué te fijas?
¿Por qué tu vista se detiene ahora
tras de las tristes sombras mutiladas?

Tú no lo hiciste así en las otras bolsas;
piensa, si enumerarlas crees posible,
que millas veintidós el valle abarea.

Y bajo nuestros pies ya está la luna:
Del tiempo concedido queda poco,
y aún nos falta por ver lo que no has visto.»

«Si tú hubieras sabido -le repuse-
la razón por la cual miraba, acaso
me hubieses permitido detenerme.»

Ya se marchaba, y yo detrás de él,
mi guía, respondiendo a su pregunta
y añadiéndole: «Dentro de la cueva,

donde los ojos tan atento puse,
creo que un alma de mi sangre llora
la culpa que tan caro allí se paga.»

Dijo el maestro entonces: «No entretengas
de aquí adelante en ello el pensamiento:
piensa otra cosa, y él allá se quede;

que yo le he visto al pie del puentecillo
señalarte, con dedo amenazante,
y llamarlo eseuché Geri del Bello.

Tan distraído tú estabas entonces
con el que tuvo Altaforte a su mando,
que se fue porque tú no le atendías.»

«Oh guía mío, la violenta muerte
que aún no le ha vengado -yo repuse-
ninguno que comparta su vergüenza,

hácele desdeñoso; y sin hablarme
se ha marchado, del modo que imagino;
con él por esto he sido más piadoso.»

Conversamos así hasta el primer sitio
que desde el riseo el otro valle muestra,
si hubiese allí más luz, todo hasta el fondo.

Cuando estuvimos ya en el postrer claustro
de Malasbolsas, y que sus profesos
a nuestra vista aparecer podían,

lamentos saeteáronme diversos,
que herrados de piedad dardos teñían;
y me tapé por ello los oídos.

Como el dolor, si con los hospitales
de Valdiquiana entre junio y septiembre,
los males de Maremma y de Cerdeña,

en una fosa juntos estuvieran,
tal era aquí; y tal hedor desprendía,
como suele venir de miembros muertos.

Deseendimos por la última ribera
del largo escollo, a la siniestra mano;
y entonces pude ver más claramente

allí hacia el fondo, donde la ministra
del alto Sir, inefable justicia,
castiga al falseador que aquí condena.

Yo no creo que ver mayor tristeza
en Egipto pudiera el pueblo enfermo,
cuando se llenó el aire de ponzoña,

pues, hasta el gusanillo, perecieron
los animales; y la antigua gente,
según que los poeta aseguran,

se engendró de la estirpe de la hormiga;
como era viendo por el valle oscuro
languidecer las almas a montones.

Cuál sobre el vientre y cuál sobre la espalda,
yacía uno del otro, y como a gatas,
por el triste sendero caminaban.

Muy lentamente, sin hablar, marchábamos,
mirando y eseuchando a los enfermos,
que levantar sus cuerpos no podían.

Ví sentados a dos que se apoyaban,
como al coeer se apoyan teja y teja,
de la cabeza al pie llenos de pústulas.

Y nunca vi moviendo la almohaza
a muchacho esperado por su amo,
ni a aquel que con desdanza está aún en vela,

como éstos se mordían con las uñas
a ellos mismos a causa de la saña
del gran peor, que no tiene remedio;

y arrancaban la sarña con las uñas,
como escamas de meros el cuehillo,
o de otro pez que las tenga más grandes.

«Oh tú que con los dedos te desuellas
-se dirigió mi guía a uno de aquéllos-
y que a veces tenazas de ellos haces,

dime si algún latino hay entre éstos
que están aquí, así te duren las uñas
eternamente para esta tarea.»

«Latinos somos quienes tan gastados
aquí nos ves -llorando uno repuso-;
¿y quién tú, que preguntas por nosotros?»

Y el guía dijo: «Soy uno que baja
con este vivo aquí, de grada en grada,
y enseñarle el infierno yo pretendo.»

Entonces se rompió el común apoyo;
y temblando los dos a mí vinieron
con otros que lo oyeron de pasada.

El buen maestro a mí se volvió entonces,
diciendo: «Diles todo lo que quieras»;
y yo empecé, pues que él así quería:

«Así vuestra memoria no se borre
de las humanas mentes en el mundo,
mas que perviva bajo muchos soles,

decidme quiénes sois y de qué gente:
vuestra asquerosa y fastidiosa pena
el confesarlo espanto no os produzca.»

«Yo fui de Arezzo, y Albero el de Siena
-repuso uno- púsome en el fuego,
pero no me condena aquella muerte.

Verdad es que le dije bromeando:
“Yo sabré alzar me en vuelo por el aire”
y aquél, que era curioso a insensato,

quiso que le enseñase el arte; y sólo
porque no le hice Dédalo, me hizo
arder así como lo hizo su hijo.

Mas en la última bolsa de las diez,
por la alquimia que yo en el mundo usaba,
me echó Minos, que nunca se equivoca.»

Y yo dije al maestro: «¿Ha habido nunca
gente tan vana como la sienesa?
cierto, ni la francesa llega a tanto.»

Como el otro leproso me escuchara,
repuso a mis palabras: «Quita a Stricea,
que supo hacer tan moderados gastos;

y a Niccolò, que el uso dispendioso
del elavo descubrió antes que ninguno,
en el huerto en que tal simiente erece;

y quita la pandilla en que ha gastado
Caccia d'Ascia la viña y el gran bosque,
y el Abbaagliato ha perdido su juicio.

Más por que sepas quién es quien te sigue
contra el sienés, en mí la vista fija,
que mi semblante habrá de responderte:

verás que soy la sombra de Capoeio,
que falseé metales con la alquimia;
y debes recordar, si bien te miro,
que por naturaleza fui una mona.»

CANTO XXX

Cuando Juno por causa de Semele
odio tenía a la stirpe teba,na,
como lo demostró en tantos momentos,

Atamante volvióse tan demente,
que, viendo a su mujer con los dos hijos
que en cada mano a uno conducía,

gritó: «¡Tendamos redes, y atrapemos
a la leona al pasar y a los leoneitos!»;
y luego con sus garras despiadadas.

agarró al que L^oarco se llamaba,
le volteó y le dio contra una piedra;
y ella se ahogó cargada con el otro.

Y cuando la fortuna echó por tierra
la soberbia de Troya tan altiva,
tal que el rey junto al reino fue abatido,

Hécuba triste, mísera y cautiva,
luego de ver a Polixena muerta,
y a Polidoro allí, junto a la orilla

del mar, pudo advertir con tanta pena,
desgarrada ladró tal como un perro;
tanto el dolor su mente tra^tornaba.

Mas ni de Tebas furias ni troyanas
se vieron nunca en nadie tan crueles,
ni a las bestias hiriendo, ni a los hombres,

cuan^to en dos almas pálidas, desnudas,
que mordiendo corrían, vi, del modo
que el cerdo cuando deja la pocilga.

Una cogió a Capoechio, y en el nudo
del cuello le mordió, y al empujarle,
le hizo arañar el suelo con el vi^ontre.

Y el aretino, que quedó temblando,
me dijo: « El loco aquel es Gianni Schichi,
que rabioso a los otros así ataca.»

«Oh -le dije- así el otro no te hínque
los dientes en la espalda, no te importe
el d^ecirme quién es antes que escape.»

Y él me repuso: «El alma antigua es ésa
de la perversa Mirra, que del padre
lejos del recto amor, se hizo querida.

El pecar con aquél consiguió ésta
falsificándose en forma de otra,
igual que osó aquel otro que se marcha,

por ganarse a la reina de las yeguas,
falsificar en sí a Buoso Donati,
testando y dando norma al testamento.»

Y cuando ya se fueron los rabiosos,
sobre los cuales puse yo la vista,
la volví por mirar a otros malditos.

Vi a uno que un laúd parecería
si le hubieran cortado por las ingles
del sitio donde el hombre se bifurea.

La grave hidropesía, que deforma
los miembros con humores retenidos,
no casado la cara con el vientre,

le obliga a que los labios tenga abiertos,
tal como a causa de la sed el hético,
que uno al mentón, y el otro lleva arriba.

«Ah vosotros que andáis sin pena alguna,
y yo no sé por qué, en el mundo bajo
-él nos dijo-, mirad y estad atentos

a la miseria de maese Adamo:
mientras viví yo tuve cuanto quise,
y una gota de agua, ¡ay triste!, ansío.

Los arroyuelos que en las verdes lomas
de Casentino bajan hasta el Arno,
y hacen sus cauces fríos y apacibles,

siempre tengo delante, y no es en vano;
porque su imagen aún más me reseca
que el mal con que mi rostro se descarna.

La rígida justicia que me hiere
se sirve del lugar en que pequé
para que ponga en fuga más suspiros.

Está Romena allí, donde hice falsa
la aleación sigilada del Bautista,
por lo que el cuerpo quemado dejé.

Pero si viese aquí el ánima triste
de Guido o de Alejandro o de su hermano,
Fuente Branda, por verlos, no cambiase.

Una ya dentro está, si las rabiosas
sombras que van en torno no se engañan,
¿mas de qué sirve a mis miembros ligados?

Si acaso fuese al menos tan ligero
que anduviese en un siglo una pulgada,
en el camino ya me habría puesto,

buscándole entre aquella gente infame,
aunque once millas abarque esta fosa,
y no menos de media de través.

Por aquellos me encuentro en tal familia:
pues me indujeron a acuñar florines
con tres quilates de oro solamente.»

Y yo dije: «¿Quién son los dos mezquinos
que humean, cual las manos en invierno,
apretados yaciendo a tu derecha?»

«Aquí los encontré, y no se han movido
-me repuso- al llover yo en este abismo
ni eternamente creo que se muevan.

Una es la falsa que acusó a José;
otro el falso Sinón, griego de Troya:
por una fiebre aguda tanto hieden.»

Y uno de aquéllos, lleno de fastidio
tal vez de ser nombrados con desprecio,
le dio en la dura panza con el puño.

Ésta sonó cual si fuese un tambor;
y maese Adamo le pegó en la cara
con su brazo que no era menos duro,

dieiéndole: «Aunque no pueda moverme,
porque pe^sados son mis miembros, suelto
para tal menester tengo mi brazo.»

Y aquél le respondió: «Al encaminate
al fuego, tan veloz no lo tuviste:
pero sí, y más, cuando falsificabas.»

Y el hidrópico dijo: «Eso es bien cierto;
más tan veraz testimonio no diste
al requerirte la verdad en Troya.»

«Si yo hablé en falso, el cuño falseaste
-dijo Sinón- y aquí estoy por un yerro,
y tú por más que algún otro demonio.»

«Acuérdate, perjuró, del caballo
-repuso aquel de la barriga hinchada-;
y que el mundo lo sepa y lo castigue.»

«Y te castigue a ti la sed que agrieta
-dijo el griego- la lengua, el agua inmunda
que al vientre le hace valla ante tus ojos.»

Y el monedero dilo: «Así se abra
la boca por tu mal, como acostumbra;
que si sed tengo y me hincha el humor,
te duele la cabeza y tienes fiebre;
y a lamer el espejo de Narciso,
te invitarían muy pocas palabras.»

Yo me estaba muy quieto para oírles
cuando el maestro dijo: «¡Vamos, miral
no comprendo qué te hace tanta gracia.»

Al oír que me hablaba con enojo,
hacia él me volví con tal vergüenza,
que todavía gira en mi memoria.

Como ocurre a quien sueña su desgracia,
que soñando aún desea que sea un sueño,
tal como es, como si no lo fuese.

así yo estaba, sin poder hablar,
deseando excusarme, y excusábame
sin embargo, y no pensaba hacerlo.

«Falta mayor menor vergüenza lava
-dijo el maestro-, que ha sido la tuya;
así es que ya desearé tu tristeza.

Y piensa que estaré siempre a tu lado,
si es que otra vez te lleva la fortuna
donde haya gente en pleitos semejantes:
pues el querer oír eso es vil deseo.»

CANTO XXXI

La misma lengua me mo^rdió primero,
haciéndome teñir las dos mejillas,
y después me aplicó la medicina:

así escuché que solía la lanza
de Aquiles y su padre ser causante
primero de dolor, después de alivio.

Dimos la espalda a aquel mísero valle
por la ribera que en torno le ciñe,
y sin ninguna charla lo cruzamos.

No era allí ni de día ni de noche,
y poco penetraba con la vista;
pero escuché sonar un alto cuerno,

tanto que habría a los truenos callado,
y que hacia él su camino siguiendo,
me dirigió la vista sólo a un punto.

Tras la derrota dolorosa, cuando
Carlomagno perdió la santa gesta,
Orlando no tocó con tanta furia.

A poco de volver allí mi rostro,
muchas torres muy altas creí ver;
y yo: «Maestro, di, ¿qué muro es éste?»

Y él a mí: «Como cruzas las tinieblas
demasiado a lo lejos, te sucede
que en el imaginar estás errado.

Bien lo verás, si llegas a su vera,
cuánto el seso de lejos se confunde;
así que marcha un poco más aprisa.»

Y con cariño cogíome la mano,
y dijo: «Antes que hayamos avanzado,
para que menos raro te parezca,

sabe que no son torres, más gigantes,
y en el pozo al que cerca esta ribera
están metidos, del ombligo abajo.»

Como al irse la niebla disipando,
la vista reconoce poco a poco
lo que esconde el vapor que arrastra el aire,

así horadando el aura espesa y negra,
más y más acercándonos al borde,
se iba el error y el miedo me crecía;

pues como sobre la redonda cerca
Monterrección de torres se corona,
así aquel margen que el pozo circunda

con la mitad del cuerpo torreaban
los horribles gigantes, que amenaza
aún desde el cielo Júpiter tronando.

Y yo miraba ya de alguno el rostro,
la espalda, el pecho y gran parte del vientre,
y los brazos cayendo a los costados.

Cuando dejó de hacer Naturaleza
aquellos animales, muy bien hizo,
porque tales ayudas quitó a Marte;

Y si ella de elefantes y ballenas
no se arrepiente, quien atento mira,
más justa y más discreta ha de tenerla;

pues donde el argumento de la mente
al mal querer se junta y a la fuerza,
el hombre no podría defenderse.

Su cara parecía larga y gruesa
como la Piña de San Pedro, en Roma,
y en esta proporción los otros huesos;

y así la orilla, que les ocultaba
del medio abajo, les mostraba tanto
de arriba, que alcanzar su cabellera

tres frisiones en vano pretendiesen;
pues treinta grandes palmos les veía
de abajo al sitio en que se anuda el manto.

«Raphel may ameeh zabi almi»,
a gritar empezó la fiera boea,
a quien más dulces salmos no convienen.

Y mi guía hacía él: «¡Alma insensata,
coge tu cuerno, y desfofa con él
cuanta ira o pasión así te agita!

Mírate al cuello, y hallarás la sogá
que amarrado lo tiene, alma turbada,
mira cómo tu enorme pecho aprieta.»

Después me dijo: «A sí mismo se acusa.
Este es Nembrot, por cuya mala idea
sólo un lenguaje no existe en el mundo.

Dejémosle, y no hablemos vanamente,
porque así es para él cualquier lenguaje,
cual para otros el suyo: nadie entiende.»

Seguimos el viaje caminando
a la izquierda, y a un tiro de ballesta,
otro encontramos más feroz y grande.

Para ceñirlo quién fuera el maestro,
decir no sé, pero tenía atados
delante el otro, atrás el brazo diestro,

una cadena que le rodeaba
del cuello a abajo, y por lo descubierta
le daba vueltas hasta cinco veces.

«Este soberbio quiso demostrar
contra el supremo Jove su potencia
-dijo mi guía- y esto ha merecido.

Se llama Efialte; y su intención hizo
al dar miedo a los dioses los gigantes:
los brazos que movió, ya más no mueve.»

Y le dije: «Quisiera, si es posible,
que del desmesurado Briareo
puedan tener mis ojos experiencia.»

Y él me repuso: «A Anteo ya verás
cerca de aquí, que habla y está libre,
que nos pondrá en el fondo del infierno.

Aquel que quieres ver, está muy lejos,
y está amarrado y puesto de igual modo,
salvo que aún más feroz el rostro tiene.»

No hubo nunca tan fuerte terremoto,
que moviese una torre con tal fuerza,
como Efialte fue pronto en revolverse.

Más que nunca temí la muerte entonces,
y el miedo solamente bastaría
aunque no hubiese visto las cadenas.

Seguimos caminando hacia adelante
y llegamos a Anteo: cinco alas
salían de la fosa, sin cabeza.

«Oh tú que en el afortunado valle
que heredero a Ezequiel de gloria hizo,
al escapar Aníbal con los suyos,

mil leones cazaste por botín,
y que si hubieses ido a la alta lucha
de tus hermanos, hay quien ha pensado

que veneraran los hijos de la Tierra;
bájanos, sin por ello despreciarnos,
donde al Cocito enfierra la friura.

A Tideo y a Tifeo no nos mandes;
éste te puede dar lo que deseas;
inclináte, y no tuerzas el semblante.

Aún puede darte fama allá en el mundo,
pues que está vivo y larga vida espera,
si la Gracia a destiempo no le llama.»

Así dijo el maestro; y él de prisa
tendió la mano, y agarró a mi guía,
con la que a Hércules diera el fuerte abrazo.

Virgilio, cuando se sintió cogido,
me dijo: «Ven aquí, que yo te coja»;
luego hizo tal que un haz éramos ambos.

Cual parece al mirar la Garisenda
donde se inclina, cuando va una nube
sobre ella, que se venga toda abajo;

tal parecíome Anteo al observarle
y ver que se inclinaba, y fue en tal hora
que hubiera preferido otro camino.

Más levemente al fondo que se traga
a Lucifer con Judas, nos condujo;
y así inclinado no hizo más demora,
y se alzó como el mástil en la nave.

CANTO XXXII

Si rimas bronceas y ásperas tuviese,
como merecería el agujero
sobre el que apoyan las restantes rocas

exprimiría el jugo de mi tema
más plenamente; más como no tengo,
no sin miedo a contarle me dispongo;

que no es empresa de tomar a juego
de todo el orbe describir el fondo,
ni de lengua que diga «mama» o «papa».

Más a mi verso ayuden las mujeres
que a Anfión a cerrar Tebas ayudaron,
y del hecho el decir no sea diverso.

¡Oh sobre todas mal creada plebe,
que el sitio ocupas del que hablar es duro,
mejor sería ser cabras u ovejas!

Cuando estuvimos ya en el negro pozo,
de los pies del gigante aún más abajo,
y yo miraba aún la alta muralla,

oí decirme: «Mira dónde pisas:
anda sin dar patadas a la triste
cabeza de mi hermano desdichado.»

Por lo cual me volví, y vi por delante
y a mis plantas un lago que, del hielo,
de vidrio, y no de agua, tiene el rostro.

A su corriente no hace tan espeso
velo, en Austria, el Danubio en el invierno,
ni bajo el frío cielo allá el Tanais,

como era allí; porque si el Pietrapana
o el Tambernie, encima le cayese,
ni «erae» hubiese hecho por el golpe.

Y tal como croando está la rana,
fuera del agua el mo'ro, cuando sueña
con frecuencia espigar la campesina,

lúvidas, hasta el sitio en que aparece
la vergüenza, en el hielo había sombras,
castañeteando el diente cual cigüeñas.

Hacia abajo sus rostros se volvían:
el frío con la boca, y con los ojos
el triste corazón t^estimoniaban.

Después de haber ya visto un poco en torno,
miré, a mis pies, a dos tan estrechados,
que mezclados tenían sus cabellos.

«Decidme, los que así apretáis los pechos
-les dije- ¿Quiénes sois?» Y el cuello irguiéron;
y al alzar la cabeza, chorrearon

sus ojos, que antes eran sólo blandos
por dentro, hasta los labios, y ató el hi^olo
las lágrimas entre ellos, encerrándolos.

Leño con leño grapa nunea une
tan fuerte; por lo que, como dos ehivos,
los dos se golpearon iracundos.

Y uno, que sin orejas se encontraba
por la friura, con el rostro gacho,
dijo: «¿Por qué nos miras de ese modo?

Si saber quieres quién son estos dos,
el valle en que el Bisenzo se derrama
fue de Alberto, su padre, y de estos hijos.

De igual cuerpo salieron; y en Caína
podrás buscar, y no encontrarás sombra
más digna de estar puesta en este hielo;

no aquel a quien rompiera pecho y sombra,
por la mano de Arturo, un solo golpe;
no Focaccia; y no éste, que me tapa

con la cabeza y no me deja ver,
y fue llamado Sassol Mascheroni:
si eres toseano bien sabrás quién fue.

Y porque en más sermones no me metas,
sabe que fui Camineion dei Pazzi;
y espero que Carliño me haga bueno.»

Luego yo vi mil rostros por el frío
amoratados, y terror me viene,
y siempre me vendrá de aquellos hielos.

Y mientras que hacia el centro camin^oábamos,
en el que toda gravedad se aúna,
y yo en la eterna lobrequeza temblaba,

si el azar o el destino o Dios lo quiso,
no sé; mas paseando entre cabezas,
golpeé con el pie el rostro de una.

Llorando me gritó: «¿Por qué me pisas?
Si a aumentar tú no vienes la venganza
de Monteperti, ¿por qué me molestas?»

Y yo: «Maestro mío, espera un poco
pues quiero que me saque éste de du^das;
y luego^o me darás, si quieres, prisa.»

El guía se detuvo y dije a aquel
que blasfemaba aún muy duramente:
«¿Quién eres tú que así reprendes a otros?»

«Y tú ¿quién eres que por la Antenora
vas golpeando -respondió- los rostros,
de tal forma que, aun vivo, mucho fuera?»

«Yo estoy vivo, y acaso te convenza
-fue mi respuesta-, si es que quieres fama,
que yo ponga tu nombre entre los otros.»

Y él a mí: «Lo contrario desearía;
márehate ya de aquí y no me molestes,
que halagar sabes mal en esta gruta.»

Entonces le cogí por el cogote,
y dije: «Deberás decir tu nombre,
o quedarte sin pelo aquí debajo.»

Por lo que dijo: «Aunque me descabelles,
no te diré quién soy, ni he de decirlo,
aunque mil veces golpees mi cabeza.»

Ya enroscados tenía sus cabellos,
y ya más de un mechón le había arrancado,
mientras ladraba con la vista gacha,

cundo otro le gritó: «¿Qué tienes, Boeca?
¿No te basta sonar con las quijadas,
sino que ladras? ¿quién te da tormento?»

«Ahora -le dije yo- no quiero oírte,
oh malvado traidor: que en tu deshonra,
he de llevar de ti veraces nuevas.»

«Vete -repuso- y di lo que te plazca,
pero no calles, si de aquí salieras,
de quien tuvo la lengua tan ligera.

Él llora aquí el dinero del francés:
“Yo vi -podrás decir- a aquel de Dura,
donde frescos están los pecadores.”

Si fuera preguntado “¿y esos otros?”,
tienes al lado a aquel de Beccarí,
del cual sejó Florencia la garganta.

Gianni de Soldanier creo que está
allá con Ganelón y Teobaldo,
que abrió Faenza mientras que dormía.»

Nos habíamos de estos alejado,
cundo vi a dos helados en un hoyo,
y una cabeza de otra era sombrero;

y como el pan con hambre se devora,
así el de arriba le mordía al otro
donde se juntan nueca con cerebro.

No de otra forma Tideo roía
la sien a Menalipo por despecho,
que aquél el cráneo y las restantes cosas.

«Oh tú, que muestras por tan brutal signo
un odio tal por quien así devoras,
dime el porqué -le dije- de ese trato,

que si tú con razón te quejas de él,
sabiendo quiénes sois, y su pecado,
aún en el mundo pueda yo vengarte,
si no se seca aquella con la que hablo.»

CANTO XXXIII

De la feroz comida alzó la boca
el pecador, limpiándola en los pelos
de la cabeza que detrás roía.

Luego empezó: «Tú quieres que renueve
el amargo dolor que me atenaza
sólo al pensarlo, antes que de ello hable.

Más si han de ser simiente mis palabras
que dé frutos de infamia a este traidor
que muerdo, al par verás que lloro y hablo.

Ignoro yo quién seas y en qué forma
has llegado hasta aquí, mas de Florencia
de verdad me pareces al oírte.

Debes saber que fui el conde Ugolino
y este ha sido Ruggieri, el arzobispo;
por qué soy tal vecino he de contarte.

Que a causa de sus malos pensamientos,
y fiándome de él fui puesto preso
y luego muerto, no hay que relatarlo;

mas lo que haber oído no pudiste,
quiero decir, lo cruel que fue mi muerte,
escucharás: sabrás si me ha ofendido.

Un pequeño agujero de «la Muda»
que por mí ya se llama «La del Hambre»,
y que conviene que a otros aún encierre,

enseñado me había por su hueco
muchas lunas, cuando un mal sueño tuve
que me rasgó los velos del futuro.

Éste me apareció señor y dueño,
a la caza del lobo y los lobeznos
en el monte que a Pisa oculta lucea.

Con perros flacos, sabios y amaestrados,
los Gualandis, Lanfrancos y Sismondis
al frente se encontraban bien dispuestos.

Tras de corta carrera vi rendidos
a los hijos y al padre, y con colmillos
agudos vi morderles los costados.

Cuando me desperté antes de la aurora,
llorar sentí en el sueño a mis hijitos
que estaban junto a mí, pidiendo pan.

Muy cruel serás si no te dueles de esto,
pensando lo que en mi alma se anqueaba:
y si no lloras, ¿de qué llorar sueles?

Se despertaron, y llegó la hora
en que solían darnos la comida,
y por su sueño cada cual dudaba.

Y oí elavar la entrada desde abajo
de la espantosa torre; y yo miraba
la cara a mis hijitos sin moverme.

Yo no lloraba, tan de piedra era;
lloraban ellos; y Anselmuccio dijo:
«¿Cómo nos miras, padre, ¿qué te pasa?»

Pero yo no lloré ni le repuse
en todo el día ni al llegar la noche,
hasta que un nuevo sol salía a mundo.

Como un pequeño rayo penetrase
en la penosa cárcel, y mirara
en cuatro rostros mi apariencia misma,

ambas manos de pena me mordía;
y al pensar que lo hacía yo por ganas
de comer, bruseamente levantaron,

deciendo: «Padre, menos nos doliera
si comes de nosotros; pues vestiste
estas miserables carnes, las despoja.»

Por más no entristecerlos me calmaba;
ese día y al otro nada hablamos:
Ay, dura tierra, ¿por qué no te abriste?

Cuando hubieron pasado cuatro días,
Gaddo se me arrojó a los pies tendido,
deciendo: «Padre, ¿por qué no me ayudas?»

Allí murió: y como me estás viendo,
vi morir a los tres uno por uno
al quinto y sexto día; y yo me daba

ya ciego, a andar a tientas sobre ellos.
Dos días les llamé aunque estaban muertos:
después más que el dolor pudo el ayuno.»

Cuando esto dijo, con torcidos ojos
volvió a morder la mísera cabeza,
y los huesos tan fuerte como un perro.

¡Ah Pisa, vituperio de las gentes
del hermoso país donde el «sí» sueña!,
pues tardos al castigo tus vecinos,

muévanse la Gorgona y la Capraia,
y hagan presas allí en la hoz del Arno,
para anegar en ti a toda persona;

pues si al conde Ugolino se acusaba
por la traición que hizo a tus castillos,
no debiste a los hijos dar tormento.

Inocentes hacía la edad nueva,
nueva Tebas, a Ugueccion y al Brigada
y a los otros que el canto ya ha nombrado.»

A otro lado pasamos, y a otra gente
envolvía la helada con crudeza,
y no cabeza abajo sino arriba.

El llanto mismo el lloro no permite,
y la pena que encuentra el ojo lleno,
vuelve hacia atrás, la angustia acrecentando;

pues hacen muro las primeras lágrimas,
y así como viseras cristalinas,
llenan bajo las cejas todo el vaso.

Y sucedió que, aun como encalecido
por el gran frío cualquier sentimiento
hubiera abandonado ya mi rostro,

me parecía ya sentir un viento,
por lo que yo: «Maestro, ¿quién lo hace?,
¿No están extintos todos los vapores?»

Y él me repuso: «En breve será cuando
a esto darán tus ojos la respuesta,
viendo la causa que este soplo envía.»

Y un triste de esos de la fría costra
gritó: «Ah vosotras, almas tan crueles,
que el último lugar os ha tocado,

del rostro levantar mis duros velos,
que el dolor que me oprime expulsar pueda,
un poco antes que el llanto se congele.»

Y le dije: «Si quieres que te ayude,
dime quién eres, y si no te libro,
merezea yo ir al fondo de este hielo.»

Me respondió: «Yo soy fray Alberigo;
soy aquel de la fruta del mal huerto,
que por el hijo el dátil he cambiado.»

«Oh, ¿ya estás muerto --díjeme yo- entonces?
Y él repuso: «De cómo esté mi cuerpo
en el mundo, no tengo ciencia alguna.

Tal ventaja tiene esta Tolomea,
que muchas veces caen aquí las almas
antes de que sus dedos mueva Atropos;

y para que de grado tú me quites
las lágrimas vidriosas de mi rostro,
sabe que luego que el alma traiciona,

como yo hiciera, el cuerpo le es quitado
por un demonio que después la riñe,
hasta que el tiempo suyo todo acabe.

Ella cae en cisterna semejante;
y es posible que arriba esté aún el cuerpo
de la sombra que aquí detrás inverna.

Tú lo debes saber, si ahora has venido:
que es Branea Doria, y ya han pasado muchos
años desde que fuera aquí encerrado.»

«Creo -le dije yo- que tú me engañas;
Branea Doria no ha muerto todavía,
y come y bebe y duerme y paños viste.»

«Al pozo -él respondió- de Malasgarras,
donde la pez rebulle pegajosa,
aún no había caído Miguel Zaque,

cuan­do éste le dejó al diablo un sitio
en su cuerpo, y el de un pariente suyo
que la traición junto con él hiciera.

Más extiende por fin aquí la mano;
abre mis ojos.» Y no los abrí;
y cortesía fue el villano serle.

¡Ah genoveses, hombres tan distantes
de todo bien, de toda laera llenos!,
¿por qué no sois del mundo desterrados?

Porque con la peor alma de Romaña
hallé a uno de vosotros, por sus obras
su espíritu bañando en el Coeito,
y aún en la tierra vivo con el cuerpo.

CANTO XXXIV

«Vexilla regis prodeunt inferni
contra nosotros, mira, pues, delante
-dijo el maestro- a ver si los distingues.»

Como cuando una espesa niebla baja,
o se oscurece ya nuestro hemisferio,
girando lejos vemos un molino,

una máquina tal creí ver entonces;
luego, por aquel viento, busqué abrigo
tras de mi guía, pues no hallé otra gruta.

Ya estaba, y con terror lo pongo en verso,
donde todas las sombras se eubrían,
traspareciendo como paja en vidrio:

Unas yacen; y están erquidas otras,
con la cabeza aquella o con las plantas;
otra, tal arco, el rostro a los pies vuelve.

Cuando avanzamos ya lo suficiente,
que a mi maestro le plació mostrarme
la criatura que tuvo hermosa cara,

se me puso delante y me detuvo,
«Mira a Dite -diciendo-, y mira el sitio
donde tendrás que armarte de valor.»

De cómo me quedé helado y atónito,
no lo inquietas, lector, que no lo escribo,
porque cualquier hablar poco sería.

Yo no morí, más vivo no quedé:
piensa por ti, si algún ingenio tienes,
cual me puse, privado de ambas cosas.

El monarca del doloroso reino,
del hielo aquel sacaba el pecho afuera;
y más con un gigante me comparo,

que los gigantes con sus brazos hacen:
mira pues cuánto debe ser el todo
que a semejante parte corresponde.

Si igual de bello fue como ahora es feo,
y contra su hacedor alzó los ojos,
con razón de él nos viene cualquier luto.

¡Qué asombro tan enorme me produjo
cuando vi su cabeza con tres caras!
Una delante, que era toda roja:

las otras eran dos, a aquella unidas
por enjima del uno y otro hombro,
y uníanse en el sitio de la cresta;

entre amarilla y blanca la derecha
parecía; y la izquierda era tal los que
vienen de allí donde el Nilo discurre.

Bajo las tres salía un gran par de alas,
tal como convenía a tanto pájaro:
velas de bareo no vi nunca iguales.

No eran plumosas, sino de murciélago
su aspecto; y de tal forma aleteaban,
que tres vientos de aquello se movían:

por éstos congelábase el Cocito;
con seis ojos lloraba, y por tres barbas
corría el llanto y baba sanguiñosa.

En cada boca hería con los dientes
a un pecador, como una agramadera,
tal que a los tres atormentaba a un tiempo.

Al de delante, el morder no era nada
comparado a la espalda, que a zarpazos
toda la piel habíale arrancado.

«Aquella alma que allí más pena sufre
-dijo el maestro- es Judas Iscariote,
con la cabeza dentro y piernas fuera.

De los que la cabeza afuera tienen,
quien de las negras fauces cuelga es Bruto:
-¡mírale retorcerse! ¡y nada dice!-

Casio es el otro, de aspecto membrudo.
Más retorna la noche, y ya es la hora
de partir, porque todo ya hemos visto.»

Como él lo quiso, al cuello le abracé;
y escogió el tiempo y el lugar preciso,
y, al estar ya las alas bien abiertas,

se sujetó de los peludos flancos:
y descendió después de pelo en pelo,
entre pelambre hirsuta y costra helada.

Cuando nos encontramos donde el muslo
se ensancha y hace gruesas las caderas,
el guía, con fatiga y con angustia,

la cabeza volvió hacia los zanejos,
y al pelo se agarró como quien sube,
tal que al infierno yo creí volver.

«Cógete bien, ya que por esta escala
-dijo el maestro exhausto y jadeante
es preciso escapar de tantos males.»

Luego salió por el hueco de un risco,
y junto a éste me dejó sentado;
y puso junto a mí su pie prudente.

Yo aleé los ojos, y pensé mirar
a Lucifer igual que lo dejamos,
y le vi con las piernas para arriba;

y si desconcertado me vi entonces,
el vulgo es quien lo piensa, pues no entiende
cuál es el trago que pasado había.

«Ponte de pie -me dijo mi maestro-:
la ruta es larga y el camino es malo,
y el sol ya cae al medio de la tereia.»

No era el lugar donde nos encontrábamos
pasillo de palacio, más caverna
que poca luz y mal suelo tenía.

«Antes que del abismo yo me aparte,
maestro -dije cuando estuve en pie-,
por sacarme de error háblame un poco:

¿Dónde está el hielo?, ¿y cómo éste se encuentra
tan boca abajo, y en tan poco tiempo,
de noche a día el sol ha caminado?»

Y él me repuso: « Piensas todavía
que estás allí en el centro, en que agarré
el pelo del gusano que perfora

el mundo: allí estuviste en la bajada;
cuando yo me volví, cruzaste el punto
en que converge el peso de ambas partes:

y has alcanzado ya el otro hemisferio
que es contrario de aquel que la gran seca
recubre, en cuya cima consumido

fue el hombre que nació y vivió sin culpa;
tienes los pies sobre la breve esfera
que a la Judea forma la otra cara.

Aquí es mañana, cuando allí es de noche:
y aquél, que fue escalera con su pelo,
aún se encuentra plantado igual que antes.

Del cielo se arrojó por esta parte;
y la tierra que aquí antes se extendía,
por miedo a él, del mar hizo su velo,

y al hemisferio nuestro vino; y puede
que por huir dejara este vacío
eso que allí se ve, y arriba se alza.»

Un lugar hay de Belcebú alejado
tanto cuanto la cáreava se alarga,
que el sonido denota, y no la vista,

de un arroyuelo que hasta allí desciende
por el hueco de un risco, al que perfora
su curso retorcido y sin pendiente.

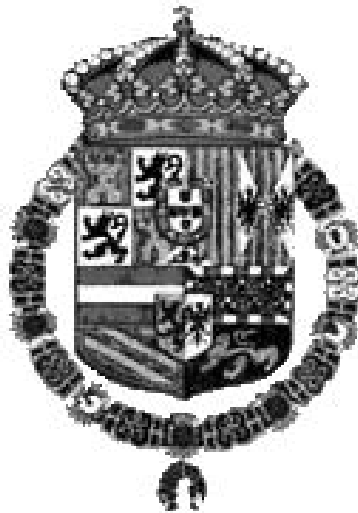
Mi guía y yo por esa oculta senda
fuimos para volver al elaro mundo;
y sin preocupación de descansar,

subimos, él primero y yo después,
hasta que nos dejó mirar el cielo
un agujero, por el cual salimos
a contemplar de nuevo las estrellas.



Cita con el Conde de Olivares

A principios de Noviembre el Conde de Olivares cita a los Actores en el Corral de la Pacheca y esta es la “invitación”.



A su Merced:

Solicito de su grata compañía y de la de sus amistades, para mantener una conversación del máximo interés para mi persona y confío en que puedan conceder el tiempo que les apremio.

Si es del gusto de vuestra Merced, les emplazo este mediodía en las gradas del Corral de la Pacheca, donde disfrutaremos de los ensayos de la obra "La Nueva Victoria de Gonzalo de Córdoba" de Lope de Vega.

Suyo en el Servicio a España,

Gaspar Felipe de Guzmán Pimentel y Acevedo

Conde de Olivares

Gentilhombre de la Cámara y Sumiller de Corps del Rey Felipe el Cuarto



El Mensaje Cifrado

Si los Actores consiguen registrar la Iglesia, pronto encontrarán algo que no esperaban y se trata del mensaje cifrado donde se constata una Conspiración contra la Corona.



HQODFRWHWRGRPDUFKDFRPRVHSHQVRODJHQ
WHFRPLHQCDDFXHVWLRQDUVHODLQFDSDFLG
DGGHOLPRVWRUSDUDDFDEDFRQHOSUREOHP
DJD00JRVHJXLPRVFRQHOSODQWDOBFRPRLQG
LFDVWHLVHQODDQWHULRUPLVLYDHASDQGLH
QGRHOUXPRUBFDSWDQGRDOLDFRVVHUXPRUH
DXQDSRVLEOHYLVLVWDGHODIUQFHVDDJDOLFLD
SDUDFDOPDUDORVFRUGHURVVHULDDGPLUDE
OHSRGHUHOPLQDUOD O.D.



Antecedentes de lo Sucedido

Si los Actores se avienen con el Capitán Alfonso de Viana o en último caso con el Conde de Fonseca, les podrán facilitar un “informe” o “diario” de lo acaecido hasta el momento.



A principios del mes de Junio del año 1.622, una mujer de Verín que cuidaba su ganado a las afueras de la ciudad, fue atacada por una Bestia feroz. Debido al aspecto de la Bestia, los perros, temblando de miedo, huyeron con la cola entre las patas; por el contrario, las vacas, valientemente agrupadas alrededor de la dueña, hicieron huir al animal. Finalmente la mujer, que no recibió herida alguna, regresó a Verín muy consternada, con el vestido y el corsé despedazados. De la descripción que hizo del monstruo que la había embestido, se dedujo que el miedo la había trastornado. Era un lobo rabioso. El hecho no tenía nada de extraordinario y no se volvió a hablar de ello.

Sin embargo, algunas semanas después, el rumor de que la Bestia había aparecido nuevamente se difundió por todo el Concejo. El 3 de Julio, en Ábades, dentro del Concejo, devora a una jovencita de catorce años; el 8 de Agosto ataca a una joven de Cabreiroá, y la destroza; tres jóvenes de quince años de la aldea Feces de Abaixo, una mujer de Feces da Cima, una muchacha de la aldea de Mandín y un pastor de Mourazos aparecen muertos en el campo y sus cuerpos horriblemente mutilados apenas pueden reconocerse. En Septiembre desaparecen una muchacha de Pazos, un hombre de los Queirogás y una mujer de Queizás de la que se recogen sus restos y los jirones de sus ropas esparcidos por el campo y el bosque. El 8 de Octubre un joven de Rasela regresa medio muerto



y aterrorizado al pueblo, había encontrado en el huerto a la Bestia que se desgarró la piel del cráneo y del pecho. Dos días después un niño de trece años se presenta, al igual que los otros, con la frente abierta y sin el cuero cabelludo. El día 19 del mismo mes, una muchacha de veinte años aparece despedazada en una pradera de los alrededores de Tamagos: la Bestia se había ensañado con ella bebiéndose toda su sangre y devorando sus entrañas.

Todo el Concejo se estremeció. El Capitán Alfonso de Viana, autoridad militar de las tropas de la zona y encargado de velar de la seguridad de un miembro del Consejo de Estado, con el fin de atrapar a ese misterioso animal encabezó a un intrépido grupo de campesinos, cercó y mató a un gran lobo, por lo que obtuvo una recompensa de dieciocho Ducados. Sin embargo, la gente del campo no se tranquilizaba pues ese lobo no era la Bestia, como pretendían hacerles creer. Y de hecho se supo casi inmediatamente que ésta se burlaba de los cazadores y continuaba con sus destrozos.

Una tarde de Octubre, Juan Pedro Pozos, campesino de la aldea de Tamagüelos, se encontraba arreglando unos bultos de ferraje en su granja. La tarde caía y la nieve cubría la aldea. De pronto, una sombra pasa delante de la estrecha ventana del cobertizo. El pánico se apodera de Pozos que se dirige a descolgar su fusil, se coloca en la buhardilla de la caballeriza y distingue cerca de la fuente un animal



monstruoso, de una especie que nunca había visto. *"¡Es la Bestia!... ¡Es la Bestia!"*, se dice a sí mismo. Aunque era muy fuerte y valiente, temblaba tanto que sus manos apenas si podían sostener el arma. No obstante, una vez hecha la señal de la cruz, se prepara, apunta y dispara. La Bestia cae, se levanta, sacude la cabeza sin moverse de lugar y mira hacia todos lados furiosa. Pozos vuelve a disparar, la Bestia lanza un grito aterrador, dobla las patas y huye haciendo "un ruido parecido al de una persona que se separa de otra después de una disputa". Desde esa tarde, Pozos quedó muy convencido de que a no ser por un milagro todos los habitantes del Concejo serían devorados...

Relatos como éstos propagaron el terror hasta los lugares más recónditos, el trabajo del campo fue abandonado y la gente sólo salía de sus casas en grupos bien armados. El Capitán Alfonso de Viana y sus soldados exploraban los bosques todos los días junto a más de mil doscientos campesinos, con mosquetes, guadañas, lanzas y garrotes que le servían de escolta. Tan pronto como se tenía noticia de algún daño causado por la Bestia, se lanzaban en masa a su persecución.

El Señor La Fuente, alcalde de Verín, el Señor Maceda, Comandante de las tropas de la provincia de Orense, el Señor de Ulloa, un noble de la región y Mourazos, el cazador más intrépido



de todo Orense, se habían puesto en campaña. Recorrieron el lugar desde Verín a los puntos mas alejados dentro del Concejo y sus portavoces iban de pueblo en pueblo reclutando a los campesinos que se movilizaban y salían decididamente por los senderos en busca del monstruo.

Un día, la cuadrilla comandada por el Dr. La Fuente se detuvo súbitamente después de haber caminando setenta y dos horas muy cerca del castillo de Monterrei. ¿Qué ocurría? Acababan de ver a la Bestia escondida tras un muro. Recostada sobre su vientre mientras acechaba a un joven pastor que cuidaba el ganado en la pradera. Pero la Bestia olfateó al enemigo y con unos cuantos saltos llega a un bosquecillo cercano. Esta vez la tienen pues cien campesinos cercan el pequeño bosque mientras que otros con precaución se deslizan en su persecución. Un cazador a diez pasos de la Bestia la dispara y la Bestia cae y se levanta, recibe un segundo disparo, cae de nuevo y una vez más se levanta y regresa al bosque cojeando. La persiguen, la disparan por todos lados y sale de nuevo a la pradera, cayendo con cada descarga, pero reincorporándose siempre. Por último, la ven regresar al bosquecillo y desaparecer. La buscan hasta la noche sin poder encontrarla. Como la dan por muerta vuelven al día siguiente en busca de sus restos y al amanecer, doscientos hombres bien armados exploraron todos los rincones de la zona. Pero pronto se supo que dos mujeres que se habían arriesgado a



ir al campo tras conocer la buena nueva de que habían matado a la Bestia, la vieron pasar llena de vida.

Dos días después a tres leguas de allí, habían traído a un joven ensangrentado con la piel del cráneo desgarrada y el costado abierto. El mismo día, una niña de Tinteros recibía una mordida en la mejilla y otra en el brazo en un campo cercano a la vivienda del Sr. de Ullca y también encontraron el cadáver despedazado de una muchacha de veintiún años a la que a pesar de su terror, sus padres habían obligado a ir a ordeñar las vacas. Era para desesperarse, pues de los diez mil cazadores que a finales de Octubre se habían puesto en campaña, no había uno solo que no pensara que todo intento sería inútil y que debían resignarse y sufrir con devota paciencia esta cruel calamidad.

Ahora sí se sabía que la Bestia no era un loco. Mucha gente la había visto y las descripciones que daban concordaban: era un animal fantástico del tamaño de un becerro o un asno, tenía el pelo grisáceo, la cabeza grande muy parecida a la de un cerdo, el hocico siempre entreabierto, las orejas cortas y rectas, el pecho blanco y muy ancho, la cola larga y peluda con la punta blanca. La Bestia parecía tener el don de la ubicuidad y en un mismo día la habían visto en lugares separados por ocho leguas de distancia. Le gustaba sentarse y hacer "muecas", a veces parecía alegre como una persona y fingía no tener maldad, incluso alguien aseguraba que la había escuchado reír y



hablar. Si tenía prisa atravesaba los ríos de dos o tres saltos, pero cuando tenía tiempo se la veía caminar sobre el agua sin mojarse. Era ya una tradición que cuando una madre regañaba a su hijo y lo amenazaba diciéndole que la Bestia vendría por él. Por otro lado, casi nunca devoraba el cadáver de sus víctimas: se conformaba con desgarrarlas, chupar su sangre, rasgar el cuero cabelludo, llevarse el corazón, el hígado y los intestinos.

La calamidad que afligía al Concejo de Verín estremecía a todo el reino. La noticia había pasado de los rumores de Verín a las gacetas de la Villa y Corte donde la Bestia era el tema de conversación. Unas rimas resumían trágicamente la situación con su invariable estribillo:

*Ha comido tanta gente
la Bestia de Verín,
¡ha comido tanta gente!*

El problema era tan grave que los aristócratas locales, realmente inquietos por esa situación solicitaron la intervención de la Corona para dar caza al o a los asesinos. Los lugareños recurrieron al propio Monarca recién coronado Felipe el Cuarto, quien ofreció una recompensa elevada al que pudiese darla caza. Esta noticia



trascendió las fronteras del país provocando la llegada masiva de cazadores de toda España así como de diversos lugares cercanos como Francia y Portugal. Como todos codiciaban la generosa recompensa ofrecida por el Monarca, la competencia individual fue tal, que incluso los numerosos rastreadores dejaban pistas falsas para engañarse unos a otros.

El propio Rey, aunque tenía otras preocupaciones, quiso compartir las desgracias de sus fieles habitantes de Galicia y su Valido, Bastasar de Zúñiga ordenó asignar una tropa. De acuerdo con estas instrucciones, el Capitán Alfonso de Viana, "encabezando" la partida, llegó a instalar su cuartel general en Verín y se reunió con los mejores cazadores de la región. Se prometió una gratificación de dos mil y luego de seis mil Ducados a quien matara a la Bestia. Al término del sermón dominical de cada parroquia se dio lectura a las disposiciones tomadas y el anuncio de tan ingeniosas medidas reconfortó en cierta forma a los campesinos. A menos que hubiera sido engendrado por el infierno, el monstruo sucumbiría. Para mayor seguridad, los Miembros del Consejo de Estado de su Majestad ordenaron que los restos de la Bestia fueran presentados durante una de sus reuniones, con el fin de que todos pudieran darse cuenta de que la Bestia había sido finalmente exterminada.



Este panorama fue aprovechado por los países enfrentados a España para ridiculizar al Monarca español, como los rebeldes de Flandes, quienes con sorna repitieron hasta la saciedad que "cómo un país puede proporcionar nada a sus súbditos en tierras lejanas, cuando su ejército no es capaz de cazar una simple fiera en su propio país". Las burlas indignaron a Su Majestad Felipe IV, quién para acabar definitivamente con la Bestia encargó a su hombre de confianza, el Conde de Olivares, dar captura e investigar a la Bestia una vez muerto su tío Don Bastasar de Lúñiga.

Esto conozco y de ello doy fe, por mi Honor como español y caballero. Doy fe por mi Rey y por mi Dios, quienes mandan en mi cuerpo y mi alma.

*Alfonso de Viana
Capitán de Dragones*



Mapa del Concejo de Verín

Si los Actores se avienen con el bueno de Tomás de Fonseca, este les podrá facilitar un mapa de la zona del Concejo de Verín y no es perfecto, pero mejor que nada para moverse por la zona.





Plano de Verín

*Como ya contamos, si la relación con los Fonseca es amistosa, les ofrecerán un plano del pueblo de Verín y no es tal cual, pero se aproxima bastante. Y mejor este plano que nada.
¿No?*

